

EL MINISTERIO DE TODOS LOS SANTOS

En países grandes y no suficientemente evangelizados, como China y Rusia, parece que Dios está desarrollando una estrategia nueva y sorprendente: movilizar a la multitud incontable de miembros del cuerpo de Cristo que parecen no tienen función definida, y realizar a través de ellos su obra. En tales lugares no dan abasto los 'ministros' convencionales, por lo cual Dios está ocupando a los más pequeños para predicar el evangelio, para establecer iglesias y aún para edificarlas.

El tema de este número de Aguas Vivas es «*el ministerio de todos los santos*». El asunto no es nuevo, pues tuvo sus primeros destellos siglos atrás cuando se pretendió recuperar el sacerdocio de todos los creyentes. Sin embargo, aquello que en teoría fue unánimemente aceptado y creído dista mucho de ser una realidad. No hay aún un efectivo «sacerdocio de todos los santos», como tampoco hay un verdadero «ministerio de todos los santos». Las causas son diversas, y muchas de ellas se esconden en los pliegues recónditos de una cristiandad demasiado estratificada.

Pero ahora vemos que Dios toma la iniciativa en recuperar el modelo bíblico (por lo que no es una 'estrategia nueva'). Al revisar atentamente el libro de los Hechos de los Apóstoles comprobamos que la primera gran expansión del evangelio en el mundo romano no se debió al trabajo de los Doce, ni de otros apóstoles, sino al trabajo de toda la iglesia de Jerusalén que fue dispersada con motivo de la muerte de Esteban - y a los incontables y anónimos creyentes que fueron evangelizados por ellos y que llevaron la semilla aún más allá del mundo conocido.

Tal modelo parece estar resurgiendo ante nuestros ojos, pese a nuestras férreas estructuras y deplorable tradición cristiana, que centra todo el quehacer de la iglesia en unos pocos más dotados. Va a ser necesario poner a todos a servir para poder alcanzar a los millones de personas que aún no conocen al Señor, antes que aparezca nuestro Señor en las nubes.

Rogamos al Señor Jesucristo que esta revista ayude a muchos hijos de Dios a reformular su visión, y a sumarse a los que ya se están poniendo en pie para servir.

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / AÑO 8 • Nº 46 • JULIO - AGOSTO 2007

TEMA DE PORTADA

Gracia, tribulación y gloria

El pasillo de la tribulación nos lleva de la habitación de la gracia a la habitación de la gloria. *Dana Congdon* 4

Un sacrificio de amor

El ministerio de Cristo –y el ministerio de todos los santos– es un sacrificio de amor por los demás. *Juvenal Santos de Moura* 13

La cruz en la reedificación de la Casa

El principio que gobierna la reedificación de la iglesia y la recuperación de todo de parte de Dios, es la cruz. *Rodrigo Abarca* 20

El servicio de los ministros y el de la Iglesia

Los ministros están para equipar a los santos, para que luego ellos hagan la obra del ministerio y edifiquen la Iglesia. *Marcelo Díaz* 28

El gozo en el servicio

El gozo del cristiano radica en la misión cumplida según la perfecta voluntad de Dios. *Roberto Sáez* 34

El libro de memoria

Nada del servicio prestado a Dios queda sin recompensa. *Eliseo Apablaza* 42

LEGADO

El vaso corporativo

Una exposición sobre la iglesia como cuerpo y sobre el servicio de los miembros. *T. Austin-Sparks* 48

El servicio de cada miembro

Un conocimiento específico de Cristo constituye un ministerio específico en el servicio del cuerpo de Cristo. *Watchman Nee* 52

Varón de dolores

Una mirada a los sufrimientos de Cristo – y de los que son de Cristo. *James Stalker* 58

ESPIGANDO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

El joven rico que se hizo pobre

Semblanza de Charles T. Studd 67

Los Hermanos Unidos

Testigos de la unidad de la Iglesia. *Rodrigo Abarca* 78

ESTUDIO BÍBLICO

Bosquejo de Salmos. *A. T. Pierson* 84

Símbolos y tipos del Antiguo Testamento.

A. B. Simpson 86

Viendo a Cristo en la crisis de la IglesiaUn estudio de la 2ª Epístola a Timoteo. *Stephen Kaung* 91**Los nombres de Cristo**Maestro. *Harry Foster* 102**BIBLIA****¿Cuánto sabe de la Biblia?**

Ponga a prueba sus conocimientos bíblicos 106

FAMILIA**La vida hogareña de los Mártires**¿Cómo fueron los hogares de los grandes hombres y mujeres de Dios del pasado? *D. Kenaston* 109**HISTORIAS****El último tratado**La valerosa fe de un niño. *Autor anónimo* 117**SECCIONES FIJAS**

Bocadillos de la Mesa del Rey 47

Citas Escogidas 66

Cosas viejas y cosas nuevas 104

Joyas de Inspiración 108

Maravillas de Dios 116

Página del lector 120



Foto de portada: «Lillium» (Autor: Mario Contreras).

Las imágenes de esta edición no tienen necesariamente relación con personas o lugares mencionados en los textos, salvo que se indique lo contrario.

El pasillo de la tribulación nos lleva de la habitación de la gracia a la habitación de la gloria.

Gracia, tribulación y gloria

Dana Congdon

Lecturas: Juan 1: 14-18, Romanos 5: 1-5.

Una visión profética de los últimos años

Aquellos que tienen un sentido profético de la historia notan que hace cuarenta años atrás, en mitad de los años 60, fue como si el enemigo se levantase del abismo para atacar a la iglesia. Cuando eso sucedió, empezaron a ocurrir tremendas cosas muy malignas. Israel fue atacado y hubo un intento de destruirlo, y también la iglesia fue asediada en muchos lugares.

Sabemos también que en esa época empezó la Revolución Cultural en China. Millones de cristianos fueron perseguidos y asesinados. Hubo una erosión en naciones que hasta entonces

había sido piadosas. Los valores y la vida familiar tuvieron un quiebre y empezaron a producirse muchos divorcios. En los Estados Unidos, los 'hippies' introdujeron el 'amor libre' y una nueva concepción de la sexualidad. Asimismo, se empezó a manifestar una gran rebeldía contra las autoridades establecidas, y también en esa época surgieron imperios malignos.

Pero Dios reaccionó contra ese ataque maligno. La Biblia nos dice que cuando el enemigo viene como un río, el Espíritu del Señor levanta bandera contra él. Hubo una reacción de parte de Dios, y empezamos a oír acerca de algo nuevo: el movimiento



carismático. En los Estados Unidos, se inició el llamado 'Movimiento de Jesús', y miles de jóvenes fueron salvos. Y en China, como en Chile y en los Estados Unidos, Dios derramó su gracia, como una reacción al mal que se estaba levantando.

La Biblia nos dice que cuando abundó el pecado sobreabundó la gracia. Algunos cristianos estudiosos del movimiento misionero revisaron algunas estadísticas, y quedaron sorprendidos con lo que allí descubrieron. Ellos reunieron datos de todas las misiones alrededor del mundo, y comprobaron que hubo un momento específico en el tiempo en que los números diferían totalmente de la historia de las misiones cristianas.

Particularmente en las tres décadas desde 1970 a 2000, descubrieron estadísticas asombrosas. Las denominaciones tradicionales continuaron con su tasa habitual de crecimiento de los años 40 ó 50. Pero cuando los misioneros vinculados a una denominación volvían a sus sedes y daban el reporte de lo que sucedía en los lugares de donde venían, contaban algo extraordinario. 'Parece que en estos últimos treinta años, hay más de quinientos millones de personas nacidas de nuevo'. ¿Qué estaba sucediendo?

Ellos miraban las estadísticas de sus propias denominaciones, y no veían ningún crecimiento superior a lo normal. Pero entonces empezaron a conocer informes de algunos movimientos 'no oficiales': iglesias que se reunían en casas, iglesias que no tenían pastores con un entrenamiento formal, iglesias que no tenían edificios.

En China, en las iglesias por las casas, hay registrados 71 millones de cristianos en los últimos treinta años. La sangre de los mártires cristianos que padecieron en la época de la Revolución Cultural ha sido la semilla de muchos otros que vinieron al Reino.

Entonces los estudiosos de las misiones tuvieron que inventar una nueva categoría, y llamaron a esta gente 'los cristianos de la Gran Comisión'. No saben cómo catalogarlos. 'Son evangélicos, sí, pero no exactamente evangélicos; son carismáticos, pero no exactamente carismáticos, porque no ponen el énfasis sólo en los dones. Son como pentecostales, pero no exactamente eso. Entonces, ¿quiénes son? No podemos decir exactamente quiénes son ellos'. Es una nueva categoría, pero es ahí donde está creciendo el reino de Dios. ¡Alabado sea Dios!

Hay una obra oculta levantándose en todo el mundo. Por la gracia de Dios, muchos están viniendo a su Reino. Él dice: «Id a las encrucijadas de los caminos, y que se llene mi casa». Y él está haciendo esto en los últimos días. Hay una cosecha que está ocurriendo ahora.

Dios se está moviendo en Rusia

Quiero contarles un ejemplo muy breve. En los últimos años, tuve el privilegio de viajar a Rusia. Como saben, la Cortina de Hierro fue levantada en 1991. En los últimos años pude ir a visitar dos iglesias en Siberia. En 1991, dos hermanos fueron a Ucrania, uno de 23 años y otro de 21. Y cuando visité esa área en 2001, las iglesias

en esas dos ciudades tenían 6.000 miembros. Dios abrió la puerta del Reino, y esos hermanos son siervos allí.

Dios se mueve tan rápidamente que ellos no tienen tiempo de construir edificios. Y esto es lo que sucede: Una hermana viene a la reunión y es salva, pero ella vive en una aldea a quince kilómetros de allí. Ella dice a los hermanos: 'Bueno, yo fui salva, pero estoy sola en esa aldea'. Y ellos le dicen: 'Bueno, enviaremos una hermana que va a hacer un estudio bíblico contigo'. Y va allí una hermana de 24 años de edad que ha sido salva hace sólo seis meses, y simplemente leen la Biblia. Las personas de la aldea oyen que va a venir alguien a leer la Biblia, y van a casa de ella. Ellos viven en cabañas con un solo cuarto, y allí se juntan cincuenta personas.

Ella abre su Biblia y empieza a leer: «Pablo, apóstol de Jesucristo...». Y alguien pregunta: 'Hey, ¿qué es un apóstol?'. 'A ver, ¿quién es ese Jesucristo?'. '¿Qué quiere decir justificación?'. Ella explica, o dice: 'No sé, yo soy salva hace seis meses'. Entonces, lee un capítulo, hay consultas, y luego les pregunta: '¿Quién quiere ser salvo?'. Cinco personas son salvas.

En dos meses hay allí una iglesia de cincuenta personas, y les envían un anciano – un hermano que ya es cristiano por más de un año. ¡Es un anciano! Y ese hermano va y los bautiza. Pero ya hay un problema: una hermana que fue salva es de otra aldea. Y entonces envían a esa hermana que acaba de ser salva y ella va a esa otra aldea y empieza a leer Ro-

manos, y en seis meses hay una nueva iglesia en esa otra aldea. Entonces, en esos dos lugares, ellos tienen como una iglesia central que es como decir Temuco. Los días domingos tienen una reunión evangelística, y acuden tres mil personas. Pero además de eso tienen trescientas iglesias en las casas. Eso fue la última vez que yo pude verlo. Ciertamente, hay más hoy.

Dios está reuniendo a las personas por su gracia. Su Reino está siendo edificado por su gracia. En Rusia la gente tiene hambre por el evangelio. Mi esposa y yo fuimos allá en la última Navidad. En la noche de Navidad hicieron una reunión evangelística en una cancha de hockey sobre hielo. Pusieron una especie de carpeta sobre el hielo. Nos sentamos allí. Estaba helado. Los hermanos y hermanas empezaron a cantar y a adorar a Dios.

Yo me levanté y prediqué el evangelio en Lucas capítulo 2, sobre el nacimiento de Jesús. Les dije a las personas que Dios nos ha dado muchas cosas: vida, inteligencia, un lugar para vivir; pero el don de su gracia fue su Hijo, y él lo envió a este mundo para morir en la cruz por nuestros pecados. Los rusos no resistieron esas buenas nuevas y más de cuatrocientas cincuenta personas fueron salvas esa noche. En todo lugar donde íbamos, las personas eran salvas. El evangelio ahora está llegando a áreas más lejanas, donde hay actividad demoníaca muy fuerte. Dios los está libertando de su cautiverio. Las personas están siendo salvas. Esta es la gracia maravillosa de Dios.

La habitación de la gracia

Miren lo que dice la Escritura en Romanos 5:1-2. *«Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes...»*. ¡Cuán maravilloso es estar firmes en Su gracia!

¿Dónde estás tú? ¿Cuál es tu lugar? ¿Dónde vives? Cuando los jóvenes en Estados Unidos van a estudiar a la universidad, deben llenar unos formularios donde les preguntan dónde viven. Yo les digo: Escribe: 'En Cristo', porque esa es tu habitación. ¿Tú vives en Cristo? ¿Sí? Entonces, estás en la habitación de la gracia.

Por la fe entramos a la habitación de la gracia, donde estamos firmes. ¡Cuán maravillosa es la habitación de la gracia! Ah, es como la 'churrascaría' en Brasil¹. ¡Ah, esas mesas llenas de carnes! Y tenemos paz con Dios. Entonces puedes probar un poco de esa paz. Fuimos justificados por la fe. ¡Ah, exquisito! Oramos, y él nos responde. ¡Ah, qué delicioso!

A mí me encanta ir a Rusia y visitar a los hermanos, porque para ellos todo es nuevo. Tú les dices: 'Dios es amor', y ellos dicen: '¡Ah, nunca escuchamos eso, delicioso!'. Los rusos están añadiendo nuevas palabras a su vocabulario: 'Redimidos... La sangre de Jesús... Reconciliados...'. Todas esas maravillosas palabras de la gracia. Ellos están 'gordos' por la gracia de Dios.

En los últimos años pude ir a visitar dos iglesias en Siberia. En 1991, dos hermanos fueron a Ucrania, uno de 23 años y otro de 21. Y cuando visité esa área en 2001, las iglesias en esas dos ciudades tenían 6.000 miembros.

¡Cuán maravilloso es estar en esa habitación de la gracia! En los últimos treinta años, millones de personas han sido conducidas a la habitación de la gracia. ¿Y qué hacemos cuando estamos allí? Gustamos y vemos que el Señor es bueno. Cuando nos reunimos delante de la mesa del Señor lo mínimo que podemos hacer es gustar y ver cuán bueno es el Señor. A veces, la semana transcurre y cometemos errores, nos airamos con nuestras esposas, pero venimos a la mesa del Señor, tomamos el pan y empezamos todo de nuevo. Somos salvos por su gracia, y porque Jesús nos amó primero, podemos amarnos el uno al otro.

¡Cuán maravillosa es la gracia de Dios! No he contado todas las delicias que hay sobre esa mesa. ¿Alguna vez fuiste a una 'churrascaría' en Brasil? Allí te traen carne continuamente. Hay carne y más carne. A mi esposa le encanta. Pero también hay una enorme mesa de ensaladas, con todo tipo de frutas muy raras. Mi esposa lo prueba todo, y yo le digo:

¹ Un restaurante de carnes.

‘No hagas eso, porque cuando llegue la carne, vas a estar satisfecha. Es por eso que te dan tanta ensalada’. (Como ustedes podrán imaginarse, yo espero la carne).

Todos estamos juntos en la habitación de la gracia, felices de permanecer aquí. Pero, ¿quién es digno de estar en la habitación de la gracia? Ah, todos nosotros tenemos una necesidad espiritual. Y a pesar de que somos pobres, hoy nos alimentamos de la mesa del Rey, y nos parece que podemos comer, comer y comer en esa habitación de la gracia. Pero nunca debemos olvidarnos de predicar el evangelio de la gracia a los que están perdidos. En estos últimos días, las personas están muy hambrientas. Entonces, no hay necesidad de discutir con ellas sobre la salvación. Tú simplemente vas a alguien que está quebrantado, y puedes decirle: ‘Ven y prueba que el Señor es bueno’. Mucha gente está siendo salva por la gracia.

A la gloria a través de la tribulación

Pero esta Escritura que leímos en Romanos 5 nos dice que algo sucede. Un día, mientras estamos comiendo en la habitación de la gracia, regocijándonos en la gracia de Dios, yo miro por la ventana de la esperanza, y a través de ella veo otra habitación. Es la habitación de la gloria.

Nosotros vivimos en la habitación de la gracia, pero vamos en dirección a la gloria. Hoy disfrutamos todos los beneficios de la gracia de Dios, pero un día tú miras por la ventana, y ves a Jesús en gloria, ves al amado de tu alma, lo ves en toda su hermosura, y

empiezas a desear ir a él. La esperanza de gloria se fortalece en nosotros. El versículo 2 dice que no sólo estamos firmes en la gracia, sino que también nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.

¿Cuánto alimento de su gracia nos da el Señor antes que miremos a su Hijo? Todas estas bendiciones, tan maravillosas como son, no son comparables con conocerlo a él. ¿Ya miraste por esa ventana?

Para muchas personas, ser cristiano es simplemente recibir bendiciones. Y en verdad, como cristianos, tenemos muchas bendiciones. Pero así como cuando Jesús caminó sobre la tierra y alimentó a las multitudes, muchos comieron el pan, pero pocos miraron por la ventanilla y vieron a Jesús, el pan vivo que descendió del cielo.

Por detrás de toda esta gracia, tenemos que ver al *Yo Soy*. Vemos a Jesús y lo anhelamos. Y empezamos entonces a vivir la vida cristiana, no por lo que él hace, sino por lo que él es. Entonces Jesús nos dice: «Venid a mí», porque él quiere transportarnos de la gracia a la gloria. Y Juan nos dice que cuando miramos a Jesús, todos tomamos de su plenitud, y gracia sobre gracia. Ese es el mirar de la gracia. Pero cuando le miramos por segunda vez, y vemos su gloria, él empieza a transformarnos de la gracia a la gloria.

¿Cómo hace él esto? ¿Cómo nos conduce de la habitación de la gracia a la gloria? En este pasaje, Pablo nos lo revela. Hay un camino desde la habitación de la gracia hasta la habitación de la gloria, y es a través del

pasillo de la tribulación. Nosotros recibimos su gracia, y ésta nos hace agradecidos y dichosos. Pero la gracia no nos cambia. Si vamos a ser transformados a su gloria, entonces la cruz tiene que empezar su obra en nuestras vidas, y empezamos a ir a Jesús a través del pasillo de la tribulación. ¿Ya has experimentado eso?

Hay millones de personas que han sido traídas al Reino, pero tú y yo sabemos que este es sólo el principio de la obra de Dios en el mundo. Él tiene que traerlos a su Reino, y de allí a su ciudad. ¿Qué significa eso? Que no sólo tienen que ser traídos a su Reino, sino también llevados ante su trono, donde él gobierna. Entonces, Jesús les dice a esos nuevos cristianos en su Reino: «Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame».

Y empezamos a experimentar la obra de la cruz, que nos lleva a los pies del trono de Jesús como nuestro Señor y Amo. Cuando eso empieza a ocurrir, el trabajo aún no está terminado. Él no sólo quiere llevarnos a la ciudad, sino también a la casa. Y para eso, la cruz tiene que hacer su obra completa en nosotros. El Señor tiene que eliminar de nosotros aquellas cosas de nuestra carne, de nuestra vida natural, que son un obstáculo para que estemos en su casa.

Su casa es preciosa. Él no puede permitir que en ella haya ladrones, no puede permitir que allí haya ambición, no puede permitir que allí haya enojo. La obra final en la casa de Dios es traernos a un lugar de amor. Este es el inicio, por la gracia,

pero hay una habitación final. Dios desea una casa donde haya ese primer amor, y cuando él tenga esa casa, entonces el Señor descenderá y nos tomará a sí mismo. Él está aguardando a que la novia se prepare, a que la casa sea edificada. Por eso no debe sorprendernos si nos encontramos en el pasillo de la tribulación. El Señor ha empezado a trabajar en tu vida.

En mi propia experiencia, yo estuve en la habitación de la gracia por más de diez años. Servíamos en la iglesia, predicábamos el evangelio, intentábamos ayudar a nuestros hermanos y hermanas, pero entonces, un día, yo vi al Señor. Lo vi a él como la Iglesia. Y descubrí que yo tendría que pasar por el camino de la cruz para llegar a ser parte de esa iglesia. De esa forma, el Señor tiene que tratar con cada uno de nosotros.

Muchos de nosotros vivimos por nuestra propia fuerza, por la fuerza de nuestra mente o de nuestra personalidad. Pero el Señor nos lleva por el pasillo tortuoso de la tribulación, para quebrantar nuestra fuerza natural, y muchas de las cosas en que poníamos nuestra confianza son removidas, porque él quiere que aprendamos a confiar en él.

Ese pasillo de la tribulación puede ser un tiempo muy difícil. Pero, ¿qué sucede cuando pasamos por él? A veces el pasillo es difícil, pero al pasar por él nos encontramos con el Señor Jesús, y empezamos a aprender de él en la comunión de sus sufrimientos.

¿Qué dice Pablo que ocurre a medida que pasamos por ese pasillo?

Cuando vivimos esos momentos difíciles, Dios está realizando su obra. El versículo 3 dice: «Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia».

En el momento de ser salvo, nadie tiene mucha paciencia. Amamos al Señor, pero somos muy impacientes. Oramos por algo y lo queremos ahora. Entonces el Señor empieza a enseñarnos paciencia. Y después de aprender paciencia, aprendemos carácter.² Y aunque el pasillo es difícil, allí se forma el carácter de Cristo en nosotros. Por eso la obra de la cruz es tan importante.

Y a medida que pasamos por el pasillo, él nos da esperanza. ¿Y por qué esa esperanza no avergüenza? Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo. Nosotros conocimos el amor de Dios cuando fuimos salvos. Pero al transitar por ese pasillo, somos cautivados por su amor, porque cuando llegas al fin de ti mismo, ahí él te abraza y te sostiene. Cuando nosotros somos infieles, él permanece fiel, y cuando confesamos nuestros fracasos, él nos trata como a sus propios hijos.

Pablo sabía lo que significaba pasar por el pasillo de la tribulación, pero también él encontró allí al Señor Jesús, y fue cautivado por él. Pablo sabía que había cometido muchos errores. Pero él dice: «Por su misericordia no nos desanimamos».

El Señor te está llevando por un pasillo, porque él quiere producir algo precioso en ti. Si vamos a pasar de la habitación de la gracia a la habitación de la gloria, tenemos que pasar por ese pasillo. No hay alternativa. Es en ese pasillo que Dios realiza una sustracción espiritual.

Muchos saben que el hermano Christian Chen es un matemático, pero Juan el Bautista fue el primer matemático, nuestro profesor de matemática espiritual. Juan dijo: «Es necesario que él crezca y que nosotros mengüemos». Eso quiere decir que hay una sustracción para ti y para mí. Y cualquier cosa que es sustraída de nuestra vida, es reemplazada por Cristo. Entonces somos llenos de la vida de Cristo, aun en el pasillo de la tribulación.

Tribulaciones en las asambleas

Ese pasillo no siempre se refiere a una experiencia individual. Nuestras asambleas pasan también por tiempos de tribulación.

Hay muchas formas en las cuales la tribulación viene a la asamblea. El enemigo emplea muchas tácticas para arruinar el testimonio. Yo conocí asambleas en la costa oeste de los Estados Unidos, y había una de ellas que se reunía con un testimonio muy precioso. Pero vino una obra del enemigo que produjo división entre los hermanos, causando gran sufrimiento. Los hermanos, que se amaban unos a otros, repentinamente se separaron. Algunos de ellos fueron acusados injustamente, y permanecieron en silencio soportando la vergüenza y la crítica, mientras veían cómo la

² La versión inglesa que usa el autor traduce 'carácter', en vez de 'prueba', en Romanos 5:4. En español, la Biblia de Las Américas traduce 'carácter probado'.

asamblea era reducida a la mitad de su tamaño original. Fue un tiempo de gran tribulación. Todo lo que podían hacer era permanecer en el pasillo de la tribulación. El Señor oyó su clamor; de pronto la puerta se abrió y vino un nuevo grupo de personas. Y algunos hermanos sencillos asumieron responsabilidades espirituales en la asamblea.

A través de esos tiempos de tribulación, aprendemos la humildad. El enemigo tiene pies muy fuertes, y él puede pisotearnos y destruirnos en un momento, a no ser que Dios nos cubra, nos guarde y nos mantenga juntos. Pero siempre que se manifiesta el orgullo, o cuando el hombre se hace muy fuerte, o los hombres entran en disputa unos contra otros, siempre que el primer amor se va, el Señor permite que el enemigo entre y nos lleve a la tribulación.

Nosotros estamos juntos por la misericordia de Dios. Hay una obra preciosa que el Señor está realizando en todo el mundo, pero tenemos que permanecer juntos, asidos del Señor. Y aun cuando el tiempo avanza y todo es bendición sobre nosotros, no sabemos si tal vez estamos muy próximos a la tribulación. Tenemos que prestar oído seriamente a la palabra de nuestro Señor a las iglesias en Apocalipsis, porque hay muchas formas en las cuales podemos ser distraídos.

¿Cuál es nuestro primer amor? El primer amor no es un tipo de amor; el primer amor es una Persona. ¿Amamos a Jesús por sobre todas las cosas? Y aunque estés pasando por problemas, ¿es él suficiente para ti?

El Señor da y el Señor quita. ¿Es Jesús suficiente? Si lo adoramos en tiempos de prosperidad, ¿no lo debemos adorar en tiempos de dificultad?

Muchas veces, el Señor nos bendice, nos bendice y nos bendice. Y cuando nos vemos en tribulaciones empezamos a murmurar contra él. No debemos hacer eso. Porque aun en la tribulación encontramos al Señor.

¿Cuál es la gran lección que aprendemos en el pasillo de la tribulación? Aún cuando ese camino es tan lleno de curvas, o cuando estamos en un lugar sin salida, o en las tragedias que experimentamos, ¿qué aprendemos de ello? Si tú estás allí, tú lo sabes. Aprendemos su gloria, cómo él nos está llevando de gloria en gloria. ¿Estás siendo llevado de gloria en gloria? ¿Ya has sido promovido de la gracia a la gloria? ¿Ya has tenido la visión de la hermosura del Señor que te llevó a decir: 'Sí, Señor, iré a dondequiera que vayas'? Entonces, no te sorprendas si descubres que estás pasando por tribulaciones.

A veces miramos a nuestro alrededor y vemos a algunos cristianos a los cuales parece que todo les sale bien. Casi todo el mundo conoce a alguien de quien podría decir: 'Me gustaría ser como éste, que tiene mucho dinero, una familia feliz, una buena casa, una esposa muy simpática'. Pero el Señor nos dice: 'No te preocupes por tu amigo. Yo trataré con cada uno de la manera como yo quiero. Pero tú, sígueme a mí'.

Dos consejos prácticos

Hay dos cosas que necesitamos en este pasillo. Primero, tenemos que respetar a cada hermano o hermana que está pasando por él. Dios está tratando con ellos, porque Dios los ama. No es el tiempo para que tú los critiques. Sé misericordioso. Si conoces a alguien que está pasando por momentos difíciles, sé misericordioso, ora, ayúdalo, guárdalo del enemigo. Tenemos que ser misericordiosos, tenemos que respetar a los hermanos y hermanas.

Hay una segunda cosa. Tú tienes que ser severo contigo mismo. Si tú estás pasando por el pasillo, si estás pasando por tribulación, no hay ninguna excusa – la gracia de Dios es suficiente. Jesús dijo: «Yo he vencido». Entonces, tú puedes vencer. Nosotros nos apegamos a su vida, permanecemos fieles a él. No nos sentamos a lamentarnos: '¡Oh, pobrecito de mí! Vengan todos, por favor, y compáñenme'. No, no.

¿Qué dice Pablo? «Esta leve tribulación no puede compararse a la gloria». Entonces, no miramos las cosas a nuestro alrededor, miramos a las cosas invisibles.

Espero que tú seas severo contigo mismo. Sé misericordioso con los otros, porque tú no sabes lo que les está sucediendo a ellos; pero sé inflexible contigo mismo, porque sabes que tú mereces lo que estás pasando. Entonces, si te afirmas en la gracia de

Dios, muy pronto nos encontraremos en la habitación de la gloria, con nuestro Señor. No más pecados, no hay imperfecciones, no más lágrimas, no más tristezas, no más muerte, sino vida, en nuestro Señor.

¡Oh, qué habitación tan gloriosa! Y de la misma manera como él te dio esas cosas deliciosas en la habitación de la gracia, a veces nos da a probar el sabor de la gloria. ¿Has gustado el sabor de la gloria? ¡Es mejor que el salmón de Chile! Cuando tú pruebas un poquito de esa gloria, tú dices: '¡Ah, yo quiero más de esa gloria!'. Entonces Dios te da gracia adicional para que continúes avanzando por el pasillo de la tribulación.

Nunca olvides esto: No importa cuán tortuoso sea el camino de la tribulación, cuando des la próxima vuelta, el Señor te estará esperando ahí. Sé fiel, disfruta de la habitación de la gracia. Hoy la hemos estado disfrutando.

Amamos la palabra de Dios y la comemos juntos. Y por su gracia él nos habla. Pero el Espíritu de Dios nos conduce de la gracia a la gloria, a través del pasillo de la tribulación. Entonces, regocíjate en su gracia, regocíjate en las tribulaciones, y un día nos regocijaremos en su gloria. Amén, que el Señor nos lleve allá en breve.

¡Alabado sea su nombre!

(Síntesis de un mensaje impartido en Temuco, en octubre de 2006).

El ministerio de Cristo —y el ministerio de los santos— es un sacrificio de amor por los demás.



Juvenal Santos de Moura

«Además de esto, por cuanto tengo mi afecto en la casa de mi Dios, yo guardo en mi tesoro particular oro y plata que, además de todas las cosas que he preparado para la casa del santuario, he dado para la casa de mi Dios» (1 Crónicas 29:3).

«Por tanto, todo lo soporto por amor de los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna» (2ª Timoteo 2:10).

Vamos a fijar nuestro pensamiento en esta palabra: «...*todo lo soporto por amor de los escogidos*». Guardemos esta palabra. Esta es nuestra demostración de amor por la casa de Dios. Lo sufrimos todo por amor de los escogidos.

Si nosotros lo sufrimos todo por amor de los escogidos, vamos a tener el ministerio de los santos, vamos a servir a los santos, vamos a hacer

todo para que ellos sean edificados, para que el Señor obtenga su iglesia gloriosa. Vamos a cooperar con él, y vamos a sufrir con él. Hay una promesa de que, si sufrimos con él, reinaremos con él.

Quisiera hablar algo sobre el sacrificio en el altar. El sacrificio representa nuestro ministerio. El ministerio es un sacrificio de amor. Si no hubiese un sacrificio de amor, no hay ministerio.

Holocausto por la mañana y por la tarde

«Cuando llegó el mes séptimo, y estando los hijos de Israel ya establecidos en las ciudades, se juntó el pueblo como un solo hombre en Jerusalén. Entonces se levantaron Jesús hijo de Josadac y sus hermanos los sacerdotes, y Zorobabel hijo de Salatiel y sus hermanos, y edificaron el altar del Dios de Israel, para ofrecer sobre él holocaustos, como está escrito en la ley de Moisés varón de Dios. Y colocaron el altar sobre su base, porque tenían miedo de los pueblos de las tierras, y ofrecieron sobre él holocaustos a Jehová, holocaustos por la mañana y por la tarde» (Esd. 3:1-3).

Los holocaustos eran ofrecidos por la mañana y por la tarde. Creo que hay una razón para que Dios haya colocado en la Escritura holocaustos de mañana y de tarde. Era una exigencia para el pueblo de Israel. No se podían dejar de ofrecer ningún día. Todos los días, en la mañana y en la tarde, tenían que ofrecer sacrificios.

Cristo tuvo dos ministerios durante su tiempo aquí en la tierra. Por la mañana, él estaba con el Padre, y en la tarde estaba sirviendo a los hombres. Por la mañana, en la cruz, él fue un sacrificio agradable a Dios, y por la tarde, él fue un sacrificio por toda la humanidad.

El holocausto de la mañana y de la tarde habla del ministerio de Cristo. El ministerio de Cristo en la mañana y el ministerio de Cristo en la tarde. ¿Hay algún significado ahí? El ministerio de Cristo por la mañana es un ministerio exclusivo, porque es un ministerio que se ejerce solamente delante de Dios, y si no hubiera ese ministerio delante de Dios, no habría un ministerio delante de los hombres. Luego, el holocausto de la tarde representa el ministerio delante de los hombres.

Cristo tuvo dos ministerios durante su tiempo aquí en la tierra. Por la mañana, él estaba con el Padre, y en la tarde estaba sirviendo a los hombres. Por la mañana, en la cruz, él fue un sacrificio agradable a Dios, y por la tarde, él fue un sacrificio por toda la humanidad.

Nosotros tenemos este mismo ministerio de Cristo en nosotros. Hemos de tener un ministerio exclusivo para Dios, y un ministerio inclusivo para los hombres. Podemos llamar al ministerio exclusivo, como dice el apóstol Pablo, 'mi carrera ... mi ministerio'. Dos cosas distintas. Mi carrera es para Dios; el ministerio se derrama para los hombres. El sacrificio de la mañana y el sacrificio de la tarde.

Por eso fue restaurado el altar, para que el ministerio de los santos fuese completo y se pudiera edificar la casa del Señor y después la ciudad del Señor, y allí la gloria del Señor viniera sobre la casa.

El Señor Jesús fue un sacrificio vivo de mañana y de tarde. Podemos ver algunos pasajes.

«*Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba*» (Mar. 1:35). Este es el Señor como el sacrificio de la mañana, el sacrificio exclusivo para el Padre. «*Pero muchos los vieron ir, y le reconocieron; y muchos fueron allá a pie desde las ciudades, y llegaron antes que ellos, y se juntaron a él. Y salió Jesús y vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas*» (Mar. 6:33-36). Aquí el Señor está sirviendo al pueblo; aquí él es el sacrificio de la tarde.

Avanzamos por el libro de Marcos hasta el final, y vamos a ver cuando el sacrificio del Señor fue consumado a las tres de la tarde, en la cruz, por los pecados de todos nosotros. Ese es el ministerio de Cristo.

Nosotros necesitamos cumplir el ministerio de Cristo. Y Pablo dice que para cumplir el ministerio de Cristo, debe cumplir lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo que es la iglesia. Necesitamos cumplir lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo que es la iglesia. Somos llamados para eso.

Damos gracias a Dios. Tenemos que hacer como hacía el apóstol Pablo. Él dijo: 'Me regocijo ahora en lo que padezco por vosotros. Este sacrificio no es pesado, lo hago con regocijo'. Él dice: «*Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios*» (Hech. 20:24).

Para que se cumpla esto, debemos sacrificar nuestras vidas. La palabra de Dios dice que Cristo murió por nosotros, y nosotros también morimos con él, para que no vivamos más para nosotros mismos, sino para aquel que murió por nosotros.

El ministerio es un sacrificio de amor

El ministerio es un sacrificio de amor. Los hermanos más antiguos en Curitiba cuentan que un día vino un anciano al frente, arrastrando sus pies, muy despacio, y dijo solamente una palabra. 'Hermanos, yo quiero decir algo. Quiero decir lo que es el amor: El amor es sacrificial'.

Dios probó su amor para con nosotros en que Cristo murió por nosotros, siendo nosotros aún pecadores. El amor sacrificial no hace acepción de personas. Si nosotros tenemos ese amor, veremos realmente a la iglesia creciendo, veremos la iglesia siendo edificada. Y el Señor va a tener su iglesia gloriosa, porque la iglesia gloriosa no es un gran espectáculo, sino es la simplicidad que hay en Cristo Jesús. Porque el apóstol Pablo dice: 'Yo temo que así como la serpiente engañó a Eva con su astucia, también ustedes sean engañados y se aparten de la simplicidad que hay en Cristo'.

En el pasado, la iglesia se apartó de la simplicidad que hay en Cristo y perdió la accesibilidad a Dios, perdió el acceso a Dios. Entonces surgió una clase mediadora. Ahora ya la iglesia no tiene acceso a Dios, porque perdió la simplicidad que hay en Cristo. La simplicidad que hay en

Cristo nos muestra que Dios es accesible, tanto que él puso en medio del jardín el árbol de la vida, porque él quería ser accesible, él quería que usted entrase en él y él entrase en usted.

Cuando comiese del árbol de la vida, Cristo entraría en Adán. Entonces el propósito de Dios sería llevado adelante. Pero Adán comió del árbol del conocimiento del bien y del mal, y parece que todo fracasó. Pero gracias a Dios, él no fracasó. Dios envió a su Hijo, y el propósito eterno fue cumplido. Sólo cuando Dios ve a Cristo, él ve todo completo, todo restaurado. Todo está en su plenitud, y el Padre está contento.

Cristo vio el trabajo de su alma. ¿Cuál es el trabajo de su alma? Usted, hermano. «Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho». Debemos agradecer al Señor, porque ahora él está restaurando la visión, la accesibilidad a Dios. Ya no hay una clase mediadora, ya no hay nicolaitas. Está el cuerpo de Cristo, la iglesia, los santos. ¡Aleluya!

Podemos verlo aquí en Efesios. Creo que el Señor está diciendo todo esto para nosotros, para despertar nuestro corazón. El ministerio de los santos por el amor sacrificial.

«...conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor, en quien tenemos seguridad y acceso...» (Ef. 3:11-12). ¡Acceso! No existe nadie sobre nosotros que no sea Cristo, la cabeza de la iglesia. ¡Por él tenemos acceso al Padre! ¡Aleluya! Todos nosotros somos sus hijos. ¡Gracias a Dios por esta obra maravillosa!

«...en quien tenemos seguridad y ac-

ceso con confianza...». El más niño de nosotros puede tener acceso con confianza, por nuestra fe en él. ¡Aleluya! El Señor no va a decir: 'Quédate a un lado, niño; tú eres muy pequeño para estar aquí'. No. Tenemos entrada, acceso, con confianza, por nuestra fe en Cristo Jesús. ¡Gloria al Señor Jesucristo!

Hebreos 10:19-20: «*Así que, hermanos, teniendo **libertad** para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne...*».

Tenemos libertad. «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». Y la verdad es ésta: Que nosotros tenemos acceso al Padre por medio de Jesucristo nuestro Señor. Esta es la verdad que necesitamos saber. Ya no necesitamos que alguien interceda por nosotros. Cristo es el camino nuevo y vivo; Cristo es la escala rodante.

Usted sabe que, cuando va por un camino, usted tiene que caminar. Pero, en el camino de Dios, quien camina es el camino, porque es el 'camino vivo'. Usted sólo necesita poner por la fe su pie en él, y entonces tendrá acceso al Padre, va a llegar al Lugar Santísimo. ¡Gracias a Dios! El camino es el que camina. No es el hombre el camino, ni es el hombre quien va dirigiendo sus pasos. No. Ahora tenemos un camino nuevo y vivo, y es el camino el que avanza. ¡Gracias a Dios por el camino vivo! Podemos entrar a Dios por el camino vivo.

Jesucristo dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí». No aprovecha el

que usted se esfuerce. Quizás usted hace una buena carrera, hace ejercicio, para aproximarse a Dios. No, debe creer, y tomar el camino vivo. El camino vivo le llevará al Padre. Él es el sacrificio de la mañana. ¡Gloria al Señor Jesucristo!

El evangelio de Marcos habla del sacrificio de Jesús, del sacrificio de la mañana y del de la tarde. El hermano Christian Chen resumió el evangelio de Marcos en una pequeña parábola, una historia. Pienso que tal vez es real. Él dice que el imperio romano existía una moneda que, por un lado, tenía un buey arando, y del otro lado tenía un altar. El buey estaba en el altar o el buey estaba arando. Ese es el ministerio del Señor Jesús: O está en el altar, exclusivamente para el Padre, o está en el campo, arando. O está sirviendo a Dios, o está sirviendo a los hombres.

¿Por qué él fue el siervo de los hombres? Porque nos consideró a nosotros superiores a él mismo. El apóstol Pablo dio un consejo a los filipenses: *«Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo»* (Flp. 2:3). ¡Gloria al Señor! ¡Qué maravilla!

En Brasil hay un movimiento que considera a unos como superiores a otros. Allí, usted tiene que tener a alguien que es superior a usted. Pero no es eso lo que la Biblia dice: 'Considera a los otros superiores a ti mismo'. No se necesita una cadena de mando en la iglesia. Ese no es el principio de Dios; ese es el principio de los hombres.

El Señor sabía que esto iba a ocu-

rrir. Entonces, miró a los apóstoles, y les dijo: «Entre vosotros no será de esa forma. Aquel que quiera ser el mayor, sea el siervo de todos». Es eso lo que el Señor nos dice a nosotros. No vamos a practicar otra cosa, sino la verdad de la vida del Señor Jesús. Ese es el ministerio de Cristo.

El Señor Jesús dio un mandamiento a los discípulos. Juan 13:34-35. *«Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros».*

¿Por qué el Señor habló de un nuevo mandamiento? ¿Cuántos son los mandamientos que el Señor escribió en el monte Sinaí con su dedo, con fuego? Dice el Deuteronomio que para ellos vino el fuego de la ley. Pero ahora el Señor Jesús dijo: *«Un mandamiento nuevo os doy».* Ese nuevo mandamiento costó un precio, porque fue escrito con su sangre.

El Señor escribió un nuevo mandamiento con su propia sangre. Por eso él tiene autoridad para establecerlo. Él no establecería un nuevo mandamiento si su vida no estuviese comprometida. Él comprometió su sangre. Entonces, él puede escribir el mandamiento nuevo. ¡Gracias a Dios!

El Señor nos ha compungido con su amor. No podemos acordarnos de su sacrificio sin conmovernos, porque el Señor nos amó siendo nosotros pecadores. Él tomó lo vil de este mundo y cuando vamos a Apocalipsis, vemos allí la iglesia gloriosa, la propiedad de Dios, sin mancha, completamente glorificada. ¡Gracias a Dios!

No tenemos ningún motivo para considerarnos superiores a otros, o querer ser mejores que otros. Jesús dijo: *«Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen ... orad por los que os ultrajan y os persiguen ... Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto».*

Una iglesia modelo

Me gustaría mostrar una iglesia que practicó el sacrificio de la mañana y el sacrificio de la tarde: *«Asimismo, hermanos, os hacemos saber la gracia de Dios que se ha dado a las iglesias de Macedonia; que en grande prueba de tribulación, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad. Pues doy testimonio de que con agrado han dado conforme a sus fuerzas, y aun más allá de sus fuerzas, pidiéndonos con muchos ruegos que les concediésemos el privilegio de participar en este servicio para los santos. Y no como lo esperábamos, sino que a sí mismos se dieron primeramente al Señor, y luego a nosotros por la voluntad de Dios»* (2ª Cor. 8:1-5).

Si estamos en la presencia de Dios, cuando nos damos al Señor, conoceremos la voluntad de Dios, y conociendo la voluntad de Dios, nos vamos a dar a los otros. Por la voluntad de Dios, ese es el ministerio de Cristo, es la operación del ministerio de Cristo.

El Señor no desperdicia nada, él no hace nada fuera de tiempo, no hace las cosas adelantadas ni atrasadas; él hace conforme a la voluntad de Dios. Cuando Pablo escribe a los efesios, él dice que Dios hace todo conforme al consejo de su voluntad.

Entonces, en nosotros también, al conocer la cruz de Cristo, va a operar el ministerio de Cristo en nosotros. Entonces nosotros estaremos completos en la voluntad de Dios.

Sin la voluntad de Dios no podemos servir. No podemos servir por nuestra propia cuenta. Necesitamos estar en el consejo de Dios; necesitamos estar en el sacrificio de la mañana y en el sacrificio de la tarde. Necesitamos gastarnos por el Señor.

¿Por quién nació la iglesia de Macedonia? ¿Por el apóstol Pablo? ¿Por Pedro, Santiago, Juan o Bernabé? No. Surgió por el ministerio de los santos.

«Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones, acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo ... Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor ... de tal manera que habéis sido ejemplo a todos los de Macedonia y de Acaya que han creído. Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor; no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada» (1ª Tesalonicenses 1:2-8).

¿Por quién llegó la palabra a Macedonia? En 2ª Corintios vemos la iglesia en Macedonia, una iglesia rica. Pablo dice que ellos se dieron primeramente al Señor. «Y después, a nosotros, por la voluntad de Dios». Una iglesia que conocía el ministerio de los santos, practicaba el ministerio

de los santos. Mas, ¿por quién entró la palabra allá? El apóstol Pablo nos dice que fue por los de Tesalónica.

El apóstol Pablo se quedó muy poco tiempo en la iglesia de Tesalónica. Es como si él tuviese que destetar pronto a esa iglesia. Y él partió. Y nosotros vemos cómo esos hermanos practicaron la fe y el amor, y la predicación del evangelio. Ese es el ministerio de los santos: el sacrificio de amor, el testimonio del evangelio.

Un llamado a ofrecer la vida

Creo que es suficiente lo que el Señor nos ha dado como encargo. Pero debemos ser como Daniel. Daniel se fue muy joven para Babilonia. Él era un hombre consagrado a Dios. En su juventud, él no gastó su

vida en las cosas del mundo. Cuando fue a Babilonia, su corazón estaba en Jerusalén, su corazón estaba en el altar. Él gastó toda su vida esperando el día de volver a Jerusalén. Y decía: «*Si me olvidare de ti, oh Jerusalén, pierda mi diestra su destreza. Mi lengua se pegue a mi paladar, si de ti no me acordare; si no enalteciere a Jerusalén como preferente asunto de mi alegría*» (Salmo 137:5-6).

Los que aman a la iglesia no van a olvidar de dar sus vidas, gastar sus vidas como sacrificio para que Jerusalén, para que la iglesia, el cuerpo de Cristo, sea edificado, para la gloria del Señor. No lo olviden: «*...todo lo soporto por amor de los escogidos*». Amén.

(Versión editada de un mensaje impartido en Callejones, en enero de 2007).

* * *

Dos mendigos

Dos hombres vienen mendigando a vuestra puerta. Uno de ellos es pobre, lisiado; está herido y casi muerto de hambre; el otro es una criatura sana, rebosante de salud y lozanía. Los dos usan las mismas palabras al pedir limosna. Sí, los dos dicen que están medio muertos de hambre; pero, indudablemente, el pobre y lisiado es el que habla con más sentido, experiencia y entendimiento de las miserias que menciona al pedir. Se descubre en él una expresión más viva cuando se lamenta de lo que le ocurre. Su dolor y su pobreza le hacen hablar en un espíritu de mayor lamentación que el otro, por lo cual será socorrido antes por cualquiera que tenga un ápice de afecto o compasión natural.

Así ocurre exactamente con Dios. Algunos oran por costumbre y etiqueta; otros en la amargura de sus espíritus. El uno ora por mera noción, puro conocimiento intelectual; al otro las palabras le salen dictadas por la angustia del alma. Sin duda que Dios mirará a éstos, a los de espíritu humilde y contrito, a los que tiemblan a su Palabra (Isaías 66:2).

Juan Bunyan

El principio que gobierna la reedificación de la iglesia y la recuperación de todo de parte de Dios, es la cruz.

La Cruz en la reedificación de la Casa

Rodrigo Abarca

Lectura: Esdras 3:1-6.

El pasaje de Esdras 3:1-6 corresponde a la época de la restauración del templo, cuando un pequeño remanente judío regresó desde Babilonia, donde había estado cautivo por setenta años, a la tierra de Israel, a la ciudad de Jerusalén que estaba en ruinas, y comenzó la reedificación de la casa del Señor. Pues, el rey Ciro de Persia había emitido un decreto autorizando el regreso de los cautivos para reconstruir el templo de Dios.

Lo primero que nos llama la atención en esta historia es el hecho de que sea un pequeño remanente. Cuando Ciro emitió el decreto dando completa libertad a cualquier judío



que quisiera regresar a su tierra a reedificar la casa de Dios, sólo unos pocos lo hicieron. Más de un millón de judíos vivían entonces en Babilonia, pero sólo cincuenta mil regresaron con Zorobabel. Después hubo un segundo retorno con Esdras, y luego un tercero en el tiempo de Nehemías.

El propósito de la restauración

El profeta Daniel, siendo ya anciano, comenzó a leer el libro de Jeremías, y descubrió que éste había profetizado que el tiempo en que Jerusalén iba a estar desolada y la casa de Dios en ruinas, sería de setenta años. Entonces, descubrió que los setenta

años ya se habían cumplido, y por tanto comenzó a orar, pidiéndole al Señor que cumpliera la palabra que había hablado por medio de Jeremías.

Versículos 20-22, la respuesta de Dios. *«Aún estaba hablando y orando, y confesando mi pecado y el pecado de mi pueblo Israel, y derramaba mi ruego delante de Jehová mi Dios por el monte santo de mi Dios; aún estaba hablando en oración, cuando el varón Gabriel, a quien había visto en la visión al principio, volando con presteza, vino a mí como a la hora del sacrificio de la tarde. Y me hizo entender, y habló conmigo, diciendo: Daniel, ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento».*

No vamos a hablar sobre la profecía. Sólo quiero mencionar una cosa. Se le dice a Daniel (vers. 25): *«Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén – desde el momento en que el rey Ciro dé la orden para que la ciudad sea reedificada y restaurada – hasta el Mesías Príncipe – que es el Señor Jesucristo –, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos».* Todo lo que se menciona aquí está relacionado con lo que se dice al principio: *«...desde la salida de la orden para restaurar y reedificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe...».*

La única razón por la cual la ciudad de Jerusalén y la casa de Dios tenían que ser restauradas, era la venida del Mesías Príncipe. Él Señor Jesucristo tenía que venir a esa ciudad y entrar por sus puertas, predicar en sus plazas y en sus calles, y tenía que morir fuera de los muros de esa ciu-

dad. Pero Dios le dice al profeta que la reedificación de la casa y la restauración de la ciudad de Jerusalén se iba a realizar *«...en tiempos angustiosos».* Notemos esto.

También nosotros estamos viviendo un tiempo de restauración. Dios está recuperando su ciudad y su casa que es la iglesia. Por supuesto, el Antiguo Testamento está lleno de figuras y tipologías, y la casa de Dios allí es figura de la iglesia, así como también lo es la ciudad de Jerusalén. Por tanto, la destrucción de la casa y su posterior recuperación y restauración en tiempos de Zorobabel, de Esdras y de Nehemías representa la restauración de la iglesia en nuestros días.

Restaurar significa recuperar algo que se ha dañado. Algo ha perdido su significado, su función, y necesita ser restaurado. La iglesia necesita ser restaurada. No por causa nuestra, no para nosotros, sino por causa del Señor Jesucristo. Porque el Mesías Príncipe tiene que venir a su Casa. El Señor viene por su iglesia; pero él viene por una iglesia recuperada, una iglesia santa, sin mancha, ni arruga. Él no viene por una iglesia en decadencia, en ruinas, avejentada y destruida; él viene por una iglesia gloriosa.

Y entonces se nos dice que esa restauración se lleva a cabo en tiempos angustiosos. Pues, el contexto en que ocurre la destrucción y la posterior restauración de la casa es de batalla y guerra, y esto conlleva angustia.

La batalla por la restauración

En estos días hablamos acerca del ministerio de todos los santos, un as-

Para llegar al ministerio de todos los santos tenemos que recorrer cierto camino. La obra de Dios no es algo que nosotros podamos organizar y echar a andar. No es una máquina que podamos poner a funcionar en cualquier momento. El ministerio de todos los santos es el resultado de una obra que sólo Dios puede hacer.

pecto esencial de lo que el Señor quiere que la iglesia sea: Que todos los hermanos se levanten a servir, a hacer su parte en el cuerpo de Cristo. Todavía no estamos viviendo plenamente esa experiencia. Es algo que aún necesita ser restaurado.

Hubo un tiempo en que todos los hermanos servían, todos trabajaban, todos hacían parte de la edificación de la casa de Dios. La época en que comenzaron todas las cosas, con la iglesia del Nuevo Testamento en Jerusalén, y a lo largo del tiempo de los apóstoles. Pero siguieron otras edades, en que los hermanos quedaron atrapados en sistemas, formas, convenciones humanas, que amarraron su servicio, y sólo unos pocos quedaron en la posición de servir y trabajar. La mayoría de los hermanos quedó fuera del ministerio; la casa de

Dios perdió su función, su naturaleza, y fue deformada, y por ello, necesita ser restaurada.

Pero, la restauración ocurre en un tiempo de batalla. Dios está edificando su casa, y el propósito de esa casa es la manifestación del Señor Jesucristo en ella. Dios tiene un testimonio de sí mismo que manifestar en la tierra, y para ello necesita su casa. Esta es la casa donde se manifiesta la voluntad de Dios, el propósito de Dios y la gloria de Dios. No hay otro lugar que Dios haya escogido para este fin.

Ahora, Satanás también sabe eso. Si uno observa la historia del pueblo de Israel, verá que desde el momento en que el rey David tomó la fortaleza de Sion, comenzó una batalla constante entre la ciudad de Jerusalén, que Dios estaba edificando, y todas las otras naciones que estaban a su alrededor. Curiosamente, Jerusalén nunca fue una ciudad grande en tamaño ni en importancia económica, y sin embargo, constantemente, desde su fundación, los grandes imperios de la antigüedad vinieron contra ella, uno tras otro, para intentar tomarla y destruirla.

Hay una batalla, porque hay un enemigo de Dios que está haciendo todo lo posible para impedir que la ciudad de Dios sea edificada. Los babilonios lograron destruir la ciudad de Jerusalén y su templo. Pero, en el capítulo 14 de Isaías descubrimos que el verdadero rey de Babilonia, la verdadera cabeza espiritual del imperio babilónico, era Satanás.

Podemos ver que Satanás es quien

está detrás de todo ese acoso y ese intento de impedir que exista sobre la tierra una ciudad y una casa que expresen al Señor. Es una batalla que conmueve los cielos y la tierra. Nuestro problema es que muchas veces no estamos conscientes de que estamos en una batalla. Y eso también es obra de Satanás.

El principio que gobierna todo es la Cruz

Cuando los judíos regresan para restaurar la ciudad y la casa de Dios, y reedificarla desde las ruinas, debieron partir de cero. En relación a esto, vamos a ver algunos principios básicos.

Para llegar al ministerio de todos los santos tenemos que recorrer cierto camino. La obra de Dios no es algo que nosotros podamos organizar y echar a andar. No es una máquina que podamos poner a funcionar en cualquier momento. El ministerio de todos los santos es el resultado de una obra que sólo Dios puede hacer. No es que vamos a poner a los hermanos a funcionar y a trabajar, como si fuera algo que podemos hacer nosotros. Este es un punto fundamental.

«Entonces se levantaron Jesús hijo de Josadac y sus hermanos los sacerdotes, y Zorobabel hijo de Salatiel y sus hermanos, y edificaron el altar del Dios de Israel, para ofrecer sobre él holocaustos, como está escrito en la ley de Moisés varón de Dios» (Esdras 3:2).

Lo primero que los retornados volvieron a colocar fue el altar. Porque lo primero que se coloca es precisamente aquello que va a gobernar toda la obra de restauración y reedificación.

¿Qué es el altar? Vamos a ver: *«Y colocaron el altar sobre su base, porque tenían miedo de los pueblos de las tierras, y ofrecieron sobre él holocaustos a Jehová, holocaustos por la mañana y por la tarde» (3:3).*

Observe dos cosas: En primer lugar, se dice que el altar fue reedificado para ofrecer holocaustos por la mañana y por la tarde; y en segundo lugar, porque tenían miedo de los pueblos de las tierras. Esos pueblos representan los poderes espirituales que son enemigos del pueblo de Dios, y que constantemente, a lo largo de los libros de Esdras y Nehemías, intentan estorbar e impedir que la casa de Dios sea reedificada.

Este altar que se menciona aquí primero es el altar que estaba fuera del santuario, donde los sacerdotes ofrecían sacrificios y holocaustos. Y este altar representa la cruz. Por tanto, el principio que gobierna la reedificación y la recuperación de todo, de parte de Dios, es la cruz. Sin la obra de la cruz no se puede recuperar nada.

Para que la iglesia del Señor sea recuperada y restaurada al modelo de Dios que es el Señor Jesucristo, se requiere la obra de la cruz, no sólo al principio, sino durante todo el camino y aun hasta el final. Ellos levantaron el altar para ofrecer holocaustos en la mañana y en la tarde; es decir, la obra de la cruz debe estar gobernando permanentemente todo el proceso de reedificación.

¿Por qué la cruz primero? ¿Qué significa la cruz? Ésta tiene dos gran-

des aspectos. Primero, la cruz tiene una dimensión particular, aplicada a cada uno de nosotros en diferentes formas. Pero también la cruz tiene una dimensión corporativa y colectiva.

Ahora nos interesa ver esta dimensión colectiva de la cruz. *«Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades»* (v. 14-16).

Hermanos amados, ¿qué creó Dios en la cruz de Cristo? En el aspecto negativo, como nos dice Romanos, nuestro viejo hombre –particular, individual–, ese pecador que yo era y tú eras fue crucificado juntamente con él. Ese es el aspecto individual. Pero luego de eso hay otro aspecto: No sólo tú y yo fuimos crucificados juntamente con él, sino también, cuando el Señor murió sobre la cruz, Dios hizo de todos nosotros, en él, sobre la cruz, *«...un solo y nuevo hombre»*.

Así que la iglesia, como cuerpo de Cristo, fue creada sobre la cruz. Hay, entonces, una relación indisoluble entre la cruz y la casa de Dios que es la iglesia. La iglesia nació en la cruz. Entonces, desde su nacimiento la iglesia está unida indisolublemente a la cruz. Y si la iglesia va a ser restaurada, tenemos que volver a ese punto.

¿Qué es la cruz? Es el fin, el tér-

mino de nosotros mismos. En la cruz se acabaron todas las divisiones, todas las separaciones, todo lo que viene del hombre natural, del hombre caído, todo lo que viene de la carne, de los pensamientos humanos, de la naturaleza humana, aun los buenos pensamientos, las buenas ideas, las buenas intenciones, lo mejor y lo peor de nosotros. Todo eso junto murió en la cruz.

A veces nosotros asociamos la cruz con lo malo. Pero no pensamos lo mismo sobre nuestra naturaleza humana. Aún acariciamos la idea de que hay alguna cosa buena en ella; tenemos algunos buenos pensamientos, algunas buenas ideas. Todo esto ha traído ruina y derrota a la iglesia. No es meramente que el pecado ha traído daño a la iglesia, sino que las buenas ideas, los buenos pensamientos, también han traído ruina y destrucción. Esto es tanto o más peligroso que el pecado mismo en la casa de Dios.

¿Será que nosotros tenemos derecho a crear algo en la casa de Dios según nuestras ideas? Si usted es ingeniero y sabe cómo funciona una empresa, ¿puede traer eso y crear una iglesia que funcione como una empresa?

Usted puede ser el mejor de los gerentes manejando una empresa, pero ese conocimiento no tiene utilidad en la casa de Dios. El problema es que muchas veces pensamos que nuestras ideas, nuestros conceptos, tienen valor aquí. Por eso, la obra de restauración tiene que comenzar con el fin de todo lo que es del hombre. Si no venimos al Señor y aceptamos la

obra de la cruz radicalmente en nuestro ser, no estamos en condiciones de restaurar la casa de Dios. Todo el problema de la ruina espiritual en que se encuentra una gran parte de la cristiandad en nuestros días, se debe precisamente a que los hermanos y hermanas no aceptan la obra de la cruz. Por eso tenemos que partir por la cruz.

La Cruz significa plena consagración

«...y ofrecieron sobre él holocaustos a Jehová, holocaustos por la mañana y por la tarde» (Esdras 3:3). En el altar se ofrecían varios tipos de sacrificios: de expiación, por el pecado, etc.; pero aquí particularmente se mencionan los holocaustos y las ofrendas. En Romanos 12:1, Pablo comienza a hablarnos de la edificación de la iglesia: *«Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional»*.

Cuando Pablo habla esto, está pensando precisamente en el sacrificio del holocausto. Todos los sacrificios por el pecado tipificaban el sacrificio del Señor Jesucristo sobre la cruz. Por eso no es necesario volver a presentar sacrificios por los pecados, porque el Señor ya presentó de una vez y para siempre un solo sacrificio por los pecados. Pero aquí hay un sacrificio que se puede seguir ofreciendo: este sacrificio vivo que es el holocausto del cual se habla en el Antiguo Testamento.

¿Qué era el holocausto? Ocurría cuando una persona, sin relación con el pecado, quería ofrecerse a sí mis-

ma a Dios. Como en el Antiguo Testamento no había forma de hacer eso de manera puramente espiritual, entonces se traía un animal, que representaba al oferente. Ese animal era entregado a los sacerdotes, y ellos lo ponían sobre el altar para ser quemado por completo. Ellos no podían tomar nada de ese sacrificio; podían comer de los otros sacrificios, pero del holocausto no se podía tomar nada. Era una ofrenda exclusiva para el Señor, y se dejaba allí hasta que se consumía por entero.

Cuando Pablo habla de sacrificio vivo, está empezando en el mismo punto donde se comienza en Esdras: la reedificación de la casa. Él está diciendo que para que la casa de Dios, la iglesia, sea edificada, es necesario que cada uno de nosotros se presente a sí mismo, ya no como en el Antiguo Testamento, con un animal para el holocausto, sino con su propio cuerpo como holocausto al Señor, para ser consumido en el altar de Dios.

Si nosotros no nos presentamos con holocausto para que Dios consuma por completo nuestra vida, no podemos edificar la casa de Dios. Dios no tiene siervos de medio tiempo, ni de tres cuartos de tiempo. Si no eres de tiempo completo, no puedes servir al Señor.

Nosotros tenemos una mala costumbre. Esto es parte de lo que necesita ser restaurado. Decimos: 'Hermano, ¿usted sirve al Señor a tiempo completo?'. Y estamos preguntando si alguien se dedica totalmente al Señor, o si tiene un trabajo secular donde obtiene algún ingreso. Pero en la Escritura no existe el concepto de

tiempo completo o tiempo parcial; no existe el concepto de que algunos hermanos se dedican a tiempo completo y otros se dedican parcialmente al Señor, y la mayoría de su tiempo restante lo dedican a otras cosas.

No, hermanos, aquí dice: «...*hermanos, os ruego...*». No dice: 'Os ruego, apóstoles; os ruego, ancianos'. ¿Qué dice? 'Os ruego, hermanos'. Para nosotros se dice esto. La Escritura dice: «*Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo...*». Un holocausto continuo delante de Dios. ¿Hasta cuándo? Hasta que sea completamente consumido. Eso es lo que Pablo tiene en mente.

Ahora, para el Señor, usted no trae un animal. ¿Qué puede ofrecer usted al Señor que él acepte como holocausto? ¿Qué es lo que Dios quiere que usted traiga, según el apóstol Pablo? Su cuerpo. Porque lo que se hace y lo que no se hace en esta tierra, se hace o no se hace con el cuerpo. Esto es básico para que la iglesia se edifique: Usted tiene que estar presente, no sólo 'en el espíritu', sino en el cuerpo.

«...*que presentéis vuestros cuerpos...*», o sea, usted tiene que estar. ¿Sabe lo importante que es que simplemente esté? Estamos hablando de cosas bien sencillas y básicas. ¿Creen que vamos a llegar a la meta, si ni siquiera estamos en el punto de partida? El punto de partida es presentarse al Señor. Tienes que estar. ¿Cuántos hermanos no están hoy día?

El Señor se está moviendo en una cierta dirección en estos días, pero hay hermanos que ni siquiera se dan

cuenta de lo que Dios está haciendo, porque nunca están. En la obra de Dios, las cosas de segunda mano no sirven. Si se lo contaron y usted no estuvo, usted se lo perdió. Ah, hermanos, cuántas cosas han pasado, y nosotros no estuvimos allí, simplemente porque no presentamos nuestros cuerpos al Señor. En lo que sea que la iglesia haga, sólo que usted esté, ya es algo para el Señor. Usted no es poca cosa. Todos somos útiles al Señor.

Los que piensan en el Señor

«...*que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable al Señor...*». Cuando usted está, eso agrada al Señor. El Señor nos toma en cuenta. Pero si usted no está, ¿cómo cree que el Señor lo va a tomar en cuenta? En Malaquías 3:16 dice: «*Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre*».

Ah, hermano amado, el Señor toma nota de lo que usted piensa y de lo que usted dice. El Señor toma nota cuando usted dice: 'No voy a ir, es tan aburrido, voy a perder el tiempo'. Pero cuando usted dice: 'Ven y subamos a la casa del Señor...', cuando usted dice: 'Hermano, vamos a tener comunión con los hermanos', el Señor lo escribe en un libro de memoria para los que piensan en su nombre, los que se acuerdan de él en la mañana y en la noche. El Señor toma nota de ellos y los usa. A veces vemos hermanos llenos de talentos. Y uno dice: 'Ese hermano sería tan útil al

Señor'. Pero no ocurre nada. Y a otro hermano que parece que no tiene ningún talento el Señor lo usa. ¿Cuál es la diferencia? Que unos piensan en el Señor y otros nunca piensan en él. ¿Y qué dice el Señor de aquéllos? «*Y serán para mí especial tesoro...*».

Cuando el rey Ciro dio el decreto y salió la orden, empezó a correr la voz: 'Podemos regresar a Jerusalén'. Pero sólo cincuenta mil regresaron. Esos son los que están escritos en el libro de Dios. De los otros no hay registro, ni memoria de ellos. Hasta los salmos que los pocos cantaron llorando por Sion, quedaron escritos. «*...allí nos sentábamos y aun llorábamos acordándonos de Sion*». Y Dios tomó nota. «*Y serán para mí especial tesoro ... en el día en que yo actúe*».

El Señor va a actuar, y ese día, ellos serán su especial tesoro. «*...y los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve. Entonces os volveréis, y discerniréis la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve*». ¿Quién sirve a Dios? El que piensa primero en Dios, y el que ama a su compañero. ¡Ven, hermano, ya dieron la orden, podemos volver! Regresemos, vamos a

reedificar el templo, volvamos a Jerusalén!'. Pues, ¿Está la casa de Dios en Babilonia? No, ¡en Jerusalén!

¡Había tanto que perder para edificar la casa y tan poco que ganar! La restauración será «*...en tiempos angustiosos...*». ¿A quién le gusta la angustia? A ninguno de nosotros. Pero, si el precio es esa angustia, ¿qué va a hacer usted? La Escritura dice que los hombres de Nehemías, cuando edificaban los muros, con una mano tenían la espada y con la otra edificaban, y no se sacaron sus ropas de noche ni de día, todo el tiempo, hasta que el muro fue edificado.

Entonces, la reedificación de la casa, primero pide de nosotros el holocausto continuo. Si usted quiere ser parte del ministerio de todos los santos, si quiere servir al Señor, primero preséntese a él. Y no presente una parte, presente todo. Porque él no acepta partes; o es todo, o es nada.

Recuerde siempre, la cruz es el principio que gobierna la restauración y la reedificación de la casa de Dios. Sin cruz, sin holocausto, sin sacrificio, no hay restauración.

(Versión editada de un mensaje impartido en Callejones, enero de 2007).

* * *

El poder del silencio

¿Cuándo aprenderemos que Dios no está en el viento del órgano, ni en el fuego de los aleluyas, sino en el silbo apacible y delicado? ¿Quién que lo haya presenciado no se acuerda del bendito silencio que sigue al sermón en el tabernáculo del Sr. Spurgeon? El pueblo se va, llevando en su corazón la palabra de amonestación, de exhortación y esperanza como el último sonido que cayó sobre el oído. Se marchan al compás de una conciencia que acusa o excusa, y no a la música del órgano. ¡Qué poder tiene el silencio!

A. J. Gordon



El servicio de los ministros y el de la iglesia

Los ministros están para equipar a los santos, para que luego ellos hagan la obra del ministerio y edifiquen la iglesia.

Marcelo Díaz

En esta oportunidad, quiero compartir con ustedes algo más tocante al tema del ministerio de todos los santos, que, por cierto, no está cumplido entre nosotros perfectamente. Pero sí anhelamos ardientemente que se manifieste.

Cuando yo era joven, fui a un instituto bíblico para recibir preparación para el ministerio. Allí la pregunta más frecuente era: '¿Qué ministerio tienes?'. Se supone que allí iban todos los que tenían un llamado de Dios a servirle, de manera que nadie podía ignorar cuál era el suyo. Las respuestas más habituales eran: evangelista, pastor y maestro. Así, todos los que estudiábamos allí nos repartíamos entre estos ministerios.

Hoy les hago a ustedes la misma pregunta que a mí me hicieron en aquel entonces. '¿Qué ministerio tienes?'. ¿Será que el servicio en el Señor se ha reducido a sólo tres o cinco ministerios? La respuesta es categóricamente 'No', pues existe en las Escrituras y en la vida normal de la iglesia un ministerio mucho más grande, tan amplio que en él todos tienen cabida, y que sin embargo es uno. Es 'el ministerio de todos los santos'.

Gran parte de la vida se nos pasa queriendo conocer de qué se trata esto, cómo puedo servir al Señor o, en otras palabras, cuál es mi ubicación en el cuerpo de Cristo. Es una cuestión que debíamos tener más o menos resuelta.

Todos debemos estar sirviendo, todos debemos estar en el ministerio de todos los santos. Es tan importante saber que hemos sido llamados a este ministerio y participar en él, que Dios ha provisto dones especiales para capacitar y equipar a los santos con el fin de que puedan llevar adelante su trabajo. Estos son los llamados ministros de la palabra, dones de Dios dados a los hombres.

El servicio de los ministros de la Palabra

El Señor quiere manifestarse a través de su iglesia, quiere llenarlo todo de su gloria. Todas sus riquezas y sabiduría quiere expresarlas a los hombres, y para esto usará a los santos, a los llamados de su nombre, a quienes enviará capacitándolos en diversos servicios conforme a las riquezas de su gracia.

Una de las formas de equiparlos y manifestar su voluntad clara y nítida es a través de su palabra. Para esto usará a los ministros de la palabra, quienes tienen el trabajo de ministrar a Cristo a la iglesia, pues sólo Cristo es el alimento necesario y suficiente para el crecimiento espiritual. Es cierto –y lo decimos con tristeza– que en este tiempo muchos ministros han tomado el servicio que les corresponde a los santos, y lo han acaparado para sí. También los santos han descansado en los ministros buscando su comodidad. Pero eso no está bien. Y aún cuando esto es cierto en muchos contextos cristianos, Dios sigue bendiciendo a su iglesia, proveyendo ministros de Cristo para su pueblo. Gracias al Señor por compartir de lo suyo.

El Señor ha dado a la iglesia apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros, estos cinco ministerios se desprenden de la palabra, y transmiten la voz del Señor, transmiten la voluntad del Señor, inspirados en las Escrituras que ya han sido reveladas.

Para ver un poco la acción de estos ministerios y la relación con la iglesia quiero que leamos en el libro de los Hechos capítulo 20:17 para extraer alguna lecciones. Aquí se encuentra Pablo, actuando como apóstol (ministro de la palabra), como uno que ha sido enviado a hacer la obra. Estando en Mileto hace un llamado a los ancianos de la iglesia en Éfeso. Esta iglesia tuvo un inicio maravilloso y Pablo participó activamente en ello (Cap. 19). Fíjense qué interesante es este discurso. Voy a ir leyendo y sacando algunas aplicaciones.

Verso 17. *«Enviando, pues, desde Mileto a Éfeso, hizo llamar a los ancianos de la iglesia. Cuando vinieron a él, les dijo...»*. Aquí ya hay una relación del ministerio de la palabra y el gobierno de la iglesia. El ministerio de la palabra tiene que ver con los dones de la palabra (Efesios 4), y el gobierno de la iglesia tiene que ver con los ancianos, hombres locales constituidos por el Señor, confirmados por los apóstoles, para servir entre los hermanos y coordinar el servicio de la iglesia.

Pablo manda llamar a los hermanos para compartir un mensaje que él tiene, porque según él entendía, ya no les vería más. Esto es realmente importante, noten la recepción al llamado, el respeto y la sujeción mutua entre ambos. Pablo exhorta a los ancianos y ellos reciben la palabra con

necesidad, afecto, amor, dependencia. Es tal la respuesta de agradecimiento al Señor que le abrazan, le besan y le acompañan hasta el último momento (v. 37-38). Hermanos, esto verdaderamente es un ejemplo, porque los ancianos podrían no responder al llamado o podrían decir: '¿Por qué tengo que ir? ¿Quién es éste? ¿Es mayor que yo, es mejor que yo?'. Pero aquí vemos el modelo de Dios en corazones tratados por el Señor dando importancia a lo que verdaderamente es importante –la voluntad de Dios– y siguiéndola, se sujetan los unos a los otros.

En el versículo 18, Pablo les comienza a hablar con mucho amor. *«Vosotros sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que entré en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad, y con muchas lágrimas, y pruebas...»*.

Pablo dice de sí mismo: 'Ustedes han visto mi testimonio, cómo me he comportado como ministro de la palabra entre ustedes. Aquí ya hay una pista para ver esta relación de apóstoles y ancianos. Un ministro de la palabra soberbio, iracundo, engreído y autoritario, nunca va a ser bien recibido. Uno que ministra a Cristo, que lleva al Cristo celestial para transmitirlo a través del mensaje, debe andar con humildad, edificar la iglesia con humildad. Y junto a ello sus obras deben testificar por él.

Así vemos que en sólo estos dos versículos extraemos lecciones para los obreros y ancianos que dan razón de mutualidad, sujeción, obediencia, dependencia, amor, testimonio y humildad.

El mensaje de los ministros

Ahora, en relación a la ministración de la palabra quiero que nos detengamos en el contenido del mensaje. Aquí se muestran por lo menos cinco aspectos en la ministración de un obrero, que como bien dice Pablo debe darse en un contexto de proclamación pública y en la intimidad de las casas. *«...y cómo nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas ... testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo»* (v. 20-21).

En el ministerio de la palabra, la primera ministración es el arrepentimiento para con Dios, y lo segundo la fe en nuestro Señor Jesucristo.

Esta es la esencia del evangelio. Si no hay llamado al arrepentimiento, no hay evangelio. El Señor comenzó su mensaje con: «Arrepentíos y convertíos...». El primer mensaje de un ministro del Señor es el arrepentimiento. La palabra *arrepentimiento* implica un cambio, un viraje. Un nuevo nacimiento.

Pero cuántas veces en el trabajo espiritual nos encontramos con personas que son medio 'buenas', medio 'creyentes'. Tratamos de motivarlas a que sigan en el evangelio, y no resulta. Caminan un tiempo, y no funciona; ¿por qué? Porque el primer paso, el del arrepentimiento, no lo tienen bien asegurado. Recuerden que el primer rudimento es el arrepentimiento de obras muertas, y el segundo, la fe en Dios (Heb. 6:1).

Lo segundo es la fe en nuestro Señor Jesucristo. Frente a Cristo pongo fe, él es el autor y consumidor de

nuestra fe. La fe es la visión que trasciende a lo temporal, es ver lo que no se ve y dejar de ver lo que se ve. Parece paradójico, pero en la realidad ocurre que cuando un cristiano deja de ver lo que no se ve, se estanca, se detiene, se acomoda y cambia sus lanzas y espadas por palas y picotas. Y luego viene su ruina. Los deseos de la carne se apoderan de su fe y pronto quiere agrandar sus graneros para su seguridad. Sin fe es imposible agradar a Dios.

«Ahora, he aquí, ligado yo en espíritu, voy a Jerusalén... Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios» (vers. 22, 23).

Tenemos el arrepentimiento para con Dios y la fe en Jesucristo, y ahora «el ministerio para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios». Los ministros de la palabra son ministros del evangelio de la gracia de Dios.

¿Hay algo más precioso que la gracia? El evangelio es gracia de Dios, regalo de Dios. No dice «el evangelio de la ley de Dios» como algunos lo interpretan trasformándolo en ley, lleno de mandatos, obligaciones, sacrificios de la carne. El evangelio es gracia, gracia que salva y opera para vida eterna. ¡Bendita gracia!

Continúa en el verso 25 diciendo: *«Y ahora, he aquí, yo sé que ninguno de todos vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino de Dios, verá más mi rostro»*. El cuarto aspecto es el Reino de Dios, es decir el gobierno de Dios, la autoridad de Dios. No nuestra autoridad, no nuestro gobierno.

Hay ambientes cristianos en los que se ha recibido revelación con respecto al reino de Dios, pero con el pasar del tiempo se ha transformado en el reino de los hombres. Entonces, el reino de Dios termina siendo el gobierno de unos pocos hombres. A quienes entran en este contexto, se les ponen demandas y exigencias en nombre de Dios, y termina siendo el reino de los dogmas, estatutos y reglamentos. ¡El reino es de Dios! Dios hace la obra, Dios liberta al pecador, Dios expulsa los demonios, Dios revela su palabra, Dios hace todo.

Y por último, versículos 26-27: *«Por tanto, yo os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos; porque no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios»*. Allí está el último aspecto y tal vez el más trascendente, pues es el consejo de Dios, revelado en el Génesis cuando dice: *«Hagamos al hombre»*. Pablo demoró tres largos años en transmitir este consejo a la iglesia: *«Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno»* (v. 31).

Uno que ministra a Cristo, que lleva al Cristo celestial para transmitirlo a través del mensaje, debe andar con humildad, edificar la iglesia con humildad. Y junto a ello sus obras deben testificar por él.

¿Cuál es el propósito de Dios, el deseo de Dios? Detengámonos brevemente en la carta a los efesios, para interiorizarnos respecto de este misterio. En esta carta vemos como el cielo se acerca a la tierra, como lo terrenal es absorbido por lo celestial. Es tan maravillosa la revelación de su consejo, que Pablo lo define de la siguiente manera: *«...dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo ... así las que están en los cielos como las que están en la tierra»* (Ef. 1:10). Es decir resumir, concluir todo cuanto existe en el cielo y en la tierra en y bajo nuestro Señor Jesucristo. Por eso el Señor Jesús ascendió al cielo llenándolo todo de su gloria, para luego derramarse a nosotros y llenarlo todo en la tierra. Como el apóstol Pedro testifica: *«A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís»*.

También Pablo lo explicita diciéndonos en Efesios 4:7-9. *«Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo. Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres. Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra?»*.

Jesús, habiendo descendido primero a las partes más bajas de la tierra, tomó cautiva la cautividad, y subió, y el Padre lo entronizó. Arriba se llenó todo de Cristo, y cuando se llenó todo el universo de Cristo, Dios

por su Espíritu comenzó a repartir dones a los hombres, a la iglesia.

La exaltación del Hijo es la base del derramamiento del Espíritu Santo, de los dones de Dios, de la gracia de Dios. Cristo subió y llenó todo de su gloria, y los cielos no pudieron contener su gloria. Entonces el Espíritu Santo comenzó a derramar de Cristo hacia nosotros.

«El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo. Y él mismo constituyó...». Repartió de sí mismo, de su gloria, de su plenitud, de todo lo que había en los cielos. Él tomó de sí y lo puso en la iglesia, y constituyó *«...a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros...»*. Dones de Cristo, que revelan una parte de él, para mostrarnos su plenitud, su luz, su belleza, su grandeza.

De modo que cuando un ministro de la palabra comienza a hablar el misterio de Dios, está entregando una porción de Cristo a la iglesia. Pero estos dones de Dios no son un fin en sí mismos; tienen su lugar, tienen su valor, su posición. Ellos son Cristo caminando, Cristo profetizando, Cristo evangelizando, Cristo pastoreando, Cristo enseñando, Cristo llenándolo todo *«...a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo»*.

Los ministros están para perfeccionar a los santos, para equiparlos. Ellos son para la iglesia, para que los santos se alimenten de Cristo, tomen de la plenitud de Cristo, y luego ellos hagan la obra del ministerio y edifiquen la iglesia.

Algunos interpretan esto como dos fuentes de servicio: la primera es la obra del ministerio que es hacia los no creyentes, lo que Pablo llama en 2ª Corintios 5:18 el ministerio de la reconciliación, un ministerio hacia fuera; y segundo el ministerio hacia adentro, que es la edificación de la iglesia. Con el fin de, o «...*hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*» (Ef. 4:13).

En estos textos hay una secuencia importante, que es: Dios reparte dones; los dones operan en la iglesia, se levantan ministros de la palabra y edifican a la iglesia para que los santos hagan la obra del ministerio. Termina con el versículo 16: «...*de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor*».

La secuencia termina con la actividad propia de cada miembro. Hay dones... Se manifiestan los ministros de la palabra... Equipan a los santos... Y los santos equipados comienzan a tener una actividad propia.

Las operaciones de todos los santos

¿Cuál es tu servicio en la obra de Dios? ¿Cuál es tu actividad? A veces, tenemos rebaños llenos de ovejitas gordas, equipadas con la palabra, pero sin ninguna actividad. Los ministros tienen una actividad que les es dada por el Señor Jesucristo para equiparte, para que tú hagas lo que el

Señor tiene diseñado en su plan, y que te es singular.

Hermano, el fin es que tú sirvas en la iglesia, en la obra del ministerio y en la edificación del cuerpo de Cristo. Si no lo estás haciendo, ruega al Señor. 'Señor, muéstranos tu gracia, abre nuestros ojos. ¿Cómo te puedo servir mejor, cómo puedo serte útil?... No quiero estar perdiendo todos estos años en mí mismo'.

Por último veamos en 1ª Corintios 12:4. Dice: «*Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo*». La palabra *operación* es la misma palabra que se traduce como *actividad* que recién leímos. Hay actividades, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo.

Concluimos entonces en lo siguiente. Cristo descendió a lo profundo pero también ascendió hasta lo sumo llenando todo el cielo de su Gloria, para luego derramarla en abundancia hacia la tierra depositándola en su iglesia. Nosotros debemos procurar tener libertad para recibir todo cuanto Dios quiera derramarnos, libertad para que el Espíritu de Dios se exprese con los dones que Dios ha dado. Especialmente dones de la palabra equipando a los santos. Entonces, veremos muchos dones operando, ministrando, actuando. Y Cristo, por su espíritu, gobernando todo.

Así sea, Señor Jesús.

El gozo del cristiano radica en la misión cumplida según la perfecta voluntad de Dios.



El gozo en el servicio

Roberto Sáez

El pasaje de Proverbios 8:30-32 es un diálogo de la Inteligencia y la Sabiduría, siendo el Señor Jesucristo la Inteligencia y Dios el Padre la Sabiduría. La Inteligencia da testimonio diciendo: «*Con él estaba yo ordenándolo todo, y era su delicia de día en día, teniendo solaz delante de él en todo tiempo. Me regocijo en la parte habitable de su tierra –tal vez una referencia a Sion o a la iglesia–; y mis delicias son con los hijos de los hombres. Ahora, pues, hijos, oídme, y bienaventurados los que guardan mis caminos*».

En Filipenses, aparece la alegría como un tema bastante central. Dieciocho veces en la epístola aparece la palabra 'gozo', y vamos a ver algunos

de esos textos. «...*Siempre en todas mis oraciones rogando con gozo por todos vosotros*» (Flp. 1:4). «...*Cristo es anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré aún*» (1:18). «...*completad mi gozo...*» (2:2). «...*me gozo y regocijo con todos vosotros. Y asimismo gozaos y regocijaos también vosotros conmigo*» (2:17). «*Así que le envío con mayor solitud, para que al verle de nuevo, os gocéis, y yo esté con menos tristeza. Recíbidle, pues, en el Señor, con todo gozo...*» (2:28-29). «*Así que, hermanos míos amados y deseados, gozo y corona mía...*» (4:1). «*Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!*» (4:4). «*En gran manera me gocé en el Señor ... he aprendido a contentarme,*

cualquiera que sea mi situación...» (4:10-13).

En la vida cristiana, que se caracteriza también por ser una vida de servicio, la fuente del servicio está en el gozo del Señor. Si no hay gozo del Señor, no hay ninguna manera de servir a Dios. La vida cristiana sería una carga pesada, sería un asunto que en vez de traernos alegría, traería insatisfacción. Pero sabemos que la vida cristiana es la vida más feliz, la más atractiva, la vida que alcanza mayores logros.

La vida cristiana es la vida de Cristo mismo, la vida que existió siempre, la vida eterna que estaba con Dios y que se nos manifestó en Jesucristo. No existe una vida superior a la vida cristiana, porque la vida cristiana es la vida de Dios. Es la vida que compartía eternamente el Padre con su Hijo, en donde el Padre siempre estaba comunicándole su vida al Hijo, y el Hijo también devolviéndole el mismo efecto al Padre, cara a cara, en una eterna comunión, en una reciprocidad de dar y recibir, en la mutualidad de una vida armoniosa.

Si Dios fuera una sola persona, ¿con quién estaba deleitándose eternamente, como hemos leído en Proverbios? La Inteligencia y la Sabiduría se alegraron, se deleitaron recíprocamente. Esa calidad de vida, ese relacionarse de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, en una perfecta comunión, nos invita a deleitarnos, a alegrarnos en la perfección, en los atributos santos y perfectos que tiene Dios.

En esa relación, el Hijo tenía el placer de obedecer al Padre. El Padre

se sentía absolutamente dichoso de tener un Hijo que era aprobado en todo. Dios el Padre, es el padre más feliz de todos, y el Hijo de Dios es el más feliz de todos los hijos.

«*Te ungió Dios con óleo de alegría, más que a tus compañeros*». Esa unción del Señor Jesucristo, que es la Cabeza, encuentra su representación simbólica en el Salmo 133, donde se habla de la unción de Aarón. La unción cayó sobre su cabeza y se escurrió por su barba –y en el hebreo dice que se metió entre las vestiduras superiores, es decir, que el aceite ungió su cuerpo–, y pasó hasta el borde de sus vestiduras.

Nosotros somos el cuerpo de Cristo. Aquella unción de la Cabeza ha sido traspasada al cuerpo, así que el óleo de la alegría que cayó sobre Jesús también nos alcanzó a nosotros. Por eso es que tantas veces el apóstol Pablo menciona la palabra 'gozo', y por qué tantas veces el Señor Jesús habló proféticamente, diciendo: «Para que vuestro gozo sea completo ... para que vuestro gozo sea cumplido».

¿Qué significará que nuestro gozo esté completo? ¿Es que acaso habrá un gozo que es incompleto? El gozo del Señor es un gozo perfecto, es un gozo completo, y es un gozo que está también en la iglesia. Pero nosotros necesitamos saber qué significa el gozo del Señor.

En qué consiste el gozo del Señor

No hay satisfacción mayor que la de quien sabe que está en este mundo con una misión, que está aquí comisionado por Dios. Con eso tiene que

ver la palabra el Ungido, el Cristo. Tiene que ver con tener una misión. Saber que se está en este mundo para cumplir una misión, una misión que ha sido encomendada desde el cielo, desde el Padre, de la persona que tiene la mayor autoridad, y que se está aquí para cumplir esa misión, esto constituye un gran motivo de alegría.

Pero, además, saber que se tiene el poder para cumplir la misión, eso aumenta un poquito más el gozo. Y además, saber que se conocen las reglas, los caminos de Dios, se conoce la manera justa cómo proceder, constituye otro poquito más de gozo.

Y cuando se está aquí, y el primer día que se da por inaugurado el ministerio del Cristo, viene, por el bautismo de Juan en el río Jordán, la paloma, el Espíritu Santo, y Jesús es unguido para cumplir su misión. Y saber que a partir de ese momento la unción del Santo, la plenitud del Espíritu está con él, esto ya es un gozo tremendo, indescriptible.

Saber que se está aquí para cumplir una misión con todas estas condiciones, ya esto es el gozo del Señor de una manera como tal vez nunca podríamos imaginarlo.

Cuando el Señor Jesús comienza su ministerio, es llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por Satanás el diablo. Va a comenzar a realizar la obra que el Padre le ha encomendado, y se tiene que enfrentar con cuarenta días de ayuno, nada menos que con Satanás el diablo. Y se enfrenta con él como hombre, no como Dios.

Y nuestro Señor tiene la satisfacción, el gozo, en el inicio de su minis-

terio, de vencer a Satanás. Cuando alguien triunfa, se alegra. Cuando a alguien le resultan las cosas bien, se alegra. Si el Señor Jesús hubiera fracasado en su misión, no habría tenido su gozo completo.

La idea del gozo completo es que en cada misión, en cada obra, en cada enfrentamiento con el mal, en cada enfrentamiento con Satanás, en cada situación de la vida, frente a un enfermo, frente a un muerto, frente a lo que fuera, el Señor había venido a cumplir una misión y tenía que hacer las cosas como Dios le había mandado que las hiciera. Y tiene que enfrentar todo tipo de estratagemas y sutilezas con que Satanás lo quiere hacer caer. Y ya desde el primer momento de su ministerio, el Señor Jesús está venciendo.

El Señor Jesús venció al pecado en la carne, en la naturaleza humana – no en la carne en cuanto a que él hubiera vencido con sus propias fuerzas– siendo un hombre lleno del Espíritu Santo, un hombre lleno de la vida de Dios. El Señor Jesús no usó su propia naturaleza divina para enfrentar las situaciones, sino que él dependió en todo de Dios, de su Padre, y de la comunión con el Espíritu San-

La vida cristiana contempla el servicio, contempla el gozo, contempla la victoria. Por lo tanto, lo mismo que vivió el Señor Jesucristo tiene que vivirlo la iglesia.

to, para cumplir la misión que el Padre le encomendó.

Esta es la vida cristiana. La vida cristiana tiene una manera de ser, tiene un estilo de vida. Y esta vida consiste en que el Hijo siempre ha agradado a Dios. Lo agradó siempre en la eternidad con su vida divina, y ahora lo está agradando en una nueva naturaleza. Está agradando al Padre con su naturaleza humana, rindiéndose al Padre, sujetándose al Padre, obedeciendo al Padre y cumpliendo la misión.

Jesús tiene el placer, el gozo, de obedecer al Padre, hasta las últimas consecuencias. Dice: «Porque me preparaste cuerpo», entrando en el mundo, «como en el rollo del libro está escrito de mí, el hacer tu voluntad me ha agradado». El Señor Jesús encuentra una complacencia, una satisfacción, en hacer la voluntad de aquel que le envió. Este es el gozo del Señor.

Queremos conocer en qué consiste el gozo del Señor, porque el gozo del Señor es nuestra fortaleza para servir, porque el gozo del Señor es la satisfacción de la vida cristiana. Esta satisfacción es la que tiene que estar en todos nosotros para poder servir al Señor eficazmente.

Nuestro Señor lo experimentó a lo largo de su ministerio, cuando tuvo que sanar un enfermo, cuando tuvo que tratar con una mujer pecadora, cuando tuvo que tratar con los hombres legalistas, cuando tuvo que tratar con todas las estructuras de la vida social, de la vida política, enfrentar a los herodianos que eran políticos, enfrentar a los fariseos que

eran religiosos, enfrentar a los pecadores que eran a quien él principalmente había venido a salvar.

Y en el escenario de esta vida él está como navegando en diversas situaciones, enfrentando situaciones. Sus palabras causan incomodidad, quiebran esquemas. Sus intervenciones, al hacer milagros, al perdonar a una mujer pecadora, al confirmar el perdón de los pecados a ciertas personas, todo lo que hace el Señor Jesús causa una complicación en la estructura mental de los hombres.

El Señor encuentra satisfacción en vivir aquí en este mundo como hombre y enfrentar este mundo con todos sus problemas, y encuentra satisfacción que en la forma como él va viviendo, va cumpliendo su misión. Él tiene la vida más feliz, él tiene la unción más alegre, él es la persona más feliz que ha existido en todo el universo, él está aquí para esta realidad, para cambiar el lamento en baile, la noche en día, la muerte en vida. Él está aquí para hacer este tremendo milagro. ¡Gloria al Señor!

El gozo de la misión cumplida

La vida cristiana, que es la vida de Cristo, es la vida más atractiva. De todas las vidas que existen, no hay ninguna más atractiva que la vida de Cristo. Por eso, nunca a nadie le han escrito tantos libros. Ya Juan, cuando escribió el evangelio que lleva su nombre, dijo que si se escribieran las cosas que Jesús hizo, las cosas que Jesús enseñó, no cabrían en el mundo los libros.

El mundo está lleno de libros que se han escrito acerca de la persona

del Señor Jesucristo. Nunca a nadie se le han dedicado tantos arreglos musicales tan maravillosos. Nunca a nadie se le han hecho canciones tan hermosas como al Señor Jesús. Nunca nadie ha reunido tanta gente en torno a sí como el Señor Jesús. Nunca nadie ha sido capaz de reunir tantos profesionales que le rindan la vida, tantos hombres inteligentes que abandonen cualquier cosa valiosa de esta vida por servir al Señor. A nadie jamás los hombres se le han rendido tan absolutamente como a nuestro Señor Jesucristo. Y es que él es el más dichoso de todos, es que él es el más feliz, el más perfecto.

Los hombres miden la felicidad por sus logros. Un hombre siente que su vida está realizada cuando logra cosas, como un buen empleo, una casa, cuando puede sostener una familia, comprar un buen auto, o cuando puede educar a sus hijos. Pero, ¿quién puede tener más logros que el Señor Jesucristo?

El Padre le dio a él el universo, todas las cosas – y no sólo eso, sino que él después las recuperó con su gestión redentora y logró lo que jamás nadie podría haber logrado. Si midiéramos la felicidad por los logros, no hay nadie que tenga más logros que nuestro Señor Jesucristo. Él fue capaz de sufrir la cruz, porque delante de él había un gozo. Por el gozo puesto delante de él, sufrió la cruz, menospreció el oprobio, y por haber logrado eso, se sentó a la diestra de la majestad en las alturas. ¡Gloria al Señor!

El gozo del Señor somos nosotros. Cuando Juan escribe acerca de este gozo, él habla de que este gozo vino

y se manifestó en términos de una vida, una vida que hemos palpado, que hemos tocado, que hemos visto. Así Juan habla de esta vida, la vida de Dios, del cielo, la vida eterna, la vida suprema se manifestó. La hemos visto, la hemos tocado, la hemos escuchado.

Juan dio testimonio de esta vida, y dijo que esta vida era la vida de la comunión entre el Padre y el Hijo, y que esta vida era la que anunciaban los apóstoles. El anuncio de ellos era esta vida. Y dice Juan en 1ª Juan 1:4: «Para que vuestro gozo sea cumplido». En griego, este texto dice más exactamente: 'Porque vuestro gozo está completo'. No dice: 'Para que vuestro gozo esté completo', sino que dice 'porque nuestro gozo está completo'.

Hay satisfacción en los logros, hay satisfacción cuando las cosas se hacen bien, cuando todo nos resulta bien. Y el Señor Jesús fue prosperado en las cosas que el Padre le encomendó. Él tenía que venir a salvar a los pecadores, tenía que venir a sanar a los quebrantados de corazón, tenía que venir a liberar a los oprimidos, y en todas estas cosas el Señor Jesús fue victorioso.

Y por eso él, al final de su ministerio, en esa oración sacerdotal del capítulo 17 de Juan, cuando él conversa con su Padre le dice: «Padre, devuélveme aquella gloria que tenía contigo antes que el mundo fuese. Padre, yo he acabado la obra que tú me diste que hiciera». Todavía no había ido a la cruz y ya estaba dando por concluida la obra. Había vivido tres años y medio, y en los tres años

y medio lo hizo todo bien. Estaba concluyendo su misión.

El Getsemaní fue un punto crucial en el ministerio de Jesús. Allí podría haber quedado el gozo incompleto. «Padre, si hubiera otra forma...», pero finalmente dijo: «Que se haga como tú quieres y no como yo quiero». Y venció una vez más. Una vez más vio el gozo delante de él, una vez más pudo sufrir y pudo menospreciar el sufrimiento. Porque en la vida cristiana podemos ver que el sufrimiento está ahí, que el problema está ahí, que la amargura está ahí, pero que el gozo del Señor es superior a cualquier dolor, a cualquier adversidad.

Es verdad que todo su ser fue estremecido al tener que enfrentar la cruz. Y su temor más grande no es tanto enfrentar la cruz, sino fallar en la misión que el Padre le ha encomendado, porque si él falla, el gozo queda incompleto.

Luego tenemos al Señor enfrentando la muerte. Y aún le queda algo por hacer. En los infiernos, en la mansión de los muertos, él tiene que enfrentar al emperador de la muerte. Tiene que producir una reconciliación del cielo con la tierra, porque en el cielo había habido una parte de las criaturas de Dios que se habían rebelado, y eso no había sido arreglado. Dios no había sido aún reivindicado en su autoridad.

El Autor de la vida viene a enfrentar el imperio de la muerte, viene a cumplir la profecía: «Oh, muerte, yo seré tu muerte, oh muerte, yo seré tu plaga» – como dice una versión portuguesa. Aquí está el Autor de la vida. Está enfrentando al más grande

enemigo. Está por cumplirse la obra más maravillosa, está por conseguir el logro más grande: enfrentar la muerte y destruirla. Y nuestro Señor no tiene necesidad de usar ninguna cosa diplomática para enfrentar al enemigo, sino que avanza hasta su silla y le arrebató las llaves de la muerte y del Hades. ¡Gloria al Señor!

Nuestro Señor ha enfrentado al peor enemigo, y al enemigo se le han agotado sus armas. Jesús es la vida. Él sabe que la muerte no puede destruir la vida. Él sabe que la muerte sujeta solamente a los pecadores. Él no tiene pecado, él ha vencido, él tiene una hoja intachable. Sabe que nada le puede hacer el enemigo, él está confiado, él está feliz, él está pleno, está dichoso. Tiene el gozo más perfecto.

Entonces él va, abre los cerrojos de las prisiones donde las almas de los redimidos estaban cautivas, las saca de allí y se las lleva. Y llevó cautiva la cautividad, y subió al cielo, y ascendió en resurrección triunfal y gloriosa, y subió y subió, y nada lo pudo detener.

Y allá arriba en los cielos los ángeles con aclamaciones reciben a su Rey, a Aquel que ha vencido, a Aquel que reconcilió el cielo con la tierra, porque mediante la sangre de su cruz reconcilió las cosas que estaban en el cielo con las cosas que estaban en la tierra. Y el Padre lo esperaba con la corona de honra y de gloria, y el Padre exalta al Hijo, por cuanto se ha humillado, por cuanto ha vencido, y le da el nombre que es sobre todo nombre, diciendo: «He aquí, Jesús es Señor y Cristo». ¡Aleluya!

¿Puede haber un gozo más grande que ese? ¿Puede imaginarse la fiesta que hubo en los cielos? ¿Habrá habido una fiesta en toda la historia de la humanidad más celebrada? ¿Habrá habido un motivo de alegría más grande que nuestro Señor haya retornado a la gloria, con el triunfo, con la satisfacción, con el gozo de la misión cumplida? ¿Habrá una satisfacción mayor?

El gozo del Señor es nuestro gozo

No hay nadie que tenga una satisfacción más grande que la que obtuvo nuestro Señor Jesucristo. Y este es el gozo que tiene la iglesia, esta es la fortaleza que tiene la iglesia. De aquí obtiene la iglesia el poder para servir, de aquí obtenemos el poder para vivir. De aquí obtenemos la gran lección que tenemos que sacar para poder vivir la vida cristiana en todas sus demandas – porque la vida cristiana, así como tuvo demandas para nuestro Señor, las tiene para nosotros, porque la misma victoria del Señor la tenemos que vivir nosotros.

La suya no fue una guerra distinta de la que tenemos nosotros. Nosotros tenemos que enfrentar al enemigo con los mismos pasos que dio el Señor, con una vida rendida, con una vida crucificada. Tenemos que enfrentar esta vida y enfrentar al mal y enfrentar al enemigo.

El Señor venció al enemigo; el enemigo ya está vencido. Pero, por alguna razón, el programa de Dios contempla que el maligno todavía esté haciendo sus maldades en este mundo. El programa de Dios contem-

pla el mal, aunque Dios no es el autor del mal. El programa de Dios para nuestro perfeccionamiento contempla el mal para nuestra regulación. Porque si el mal no existiera, ¿con qué nos probaría, con qué nos ensayaría, con qué Dios lograría el objetivo de lo que él se ha propuesto hacer con nosotros?

Así que el mal, aunque no se origina en Dios y no es la voluntad de Dios, sin embargo Dios lo permite porque en su programa él quiere perfeccionarnos. Pero lo que tenemos que tener claro es que el enemigo ya está vencido, y el gozo que tiene el Señor es saber que él tiene el poder, que él cumplió la misión.

Usted tiene que saber que tiene una misión. Usted ha sido llamado. Todos los que estamos aquí, que somos del Señor, hemos sido llamados. Hemos sido llamados para seguir las pisadas del Señor. Y nosotros estamos aquí para reproducir la vida cristiana.

Y la vida cristiana contempla el servicio, contempla el gozo, contempla la victoria. Por lo tanto, lo mismo que vivió el Señor Jesucristo tiene que vivirlo la iglesia. Y por eso, no hay nada más que nos pueda fortalecer más, nada que nos pueda animar más, nada que nos pueda sostener más que saber en qué consiste el gozo del Señor.

La vida cristiana no es una ilusión, no es una mera aspiración – la vida cristiana es una perfecta realidad. Y nosotros estamos aquí para experimentar la vida cristiana. Y si parte de la vida cristiana es servir, pues vamos a servir. Y si parte de la

vida cristiana es tener tal calidad de vida que seamos capaces de vencer las adversidades, menospreciar los dolores y angustias – entonces yo me aferro de la vida cristiana.

Si ser cristiano implica servir al Señor, yo estoy dispuesto a servirle. Y esto es lo que dice el apóstol Pablo. Por eso que habla: «Regocijense, alegréngense. Otra vez les digo. No estén afanados por nada, no estén preocupados de nada, no estén angustiados por nada. Sean conocidas delante de Dios vuestras peticiones». Y todos estos consejos prácticos, ¿de dónde vienen sino de uno que ha aprendido a estar contento cualquiera sea su situación?

Pablo está en la cárcel. Estar privado de la libertad es una situación incómoda. Pero desde esta posición, de la cárcel, Pablo escribe cuatro epístolas: Colosenses, Efesios, Filipenses

y la carta a Filemón. Cuando Pablo estaba dictando estas cartas, aquellos soldados escucharon todo lo que Pablo dictó, todo lo que les compartió a las iglesias. Y, ¿qué piensan ustedes que les pasó a esos hombres?

Cuando él termina la epístola, dice: «Los de la casa de César». ¿Quiénes son los de la casa de César? Seguramente los soldados que recibieron la palabra y se convirtieron escuchando las enseñanzas de Pablo. «Así que, hermanos, quiero que sepan que estar preso para mí ha redundado en beneficio del evangelio, así que yo me alegro, me gozo de estar así, en estas condiciones. Así que no estén preocupados por mí».

Hermanos, este es el gozo del Señor. ¡Su gozo es nuestro gozo! ¡Aleluya!

(Versión editada de un mensaje impartido en Rucacura, enero de 2007).

* * *

La clave de la victoria

El misionero inglés en la China, Hudson Taylor, admiraba la vida victoriosa y sabía que todo debería ser hallado en Cristo. Con todo, cuando comenzó a recorrer el camino cristiano, se esforzó en permanecer en Cristo y descubrió que no lograba hacerlo, pues le parecía que, con frecuencia, era derrotado. Esa lucha duró hasta el momento en que Dios le concedió a Hudson Taylor una revelación, mostrándole que ya estaba en Cristo. La necesidad que sentía de ser restaurado no iba a ser sanada por el hecho de pedir que fuese colocado en Cristo. Al contrario, él era una persona regenerada y, por lo tanto, ya estaba en Cristo. La respuesta para su necesidad era simplemente descansar en ese hecho, pues este era el significado de permanecer en Cristo. Como él ya estaba en Cristo, no había cómo estar todavía más en él. Así, él alcanzó la victoria – esta es la puerta de la fe. Hudson Taylor ahora entró por la puerta. Y después de la entrada por medio de un acto de fe, él logró aprender a tomar posesión de ese hecho día a día y a confiar en Dios con una actitud de fe.

Watchman Nee, Vida cristiana equilibrada

Nada del servicio prestado a Dios queda sin recompensa.

El libro de memoria

Eliseo Apablaza

Vamos a ver uno de los capítulos más hermosos del Antiguo Testamento. Se trata de Nehemías 3. Al leerlo, se ve la atención que el Señor presta a todas las cosas que nosotros hacemos por amor de su Nombre. El Señor dice que ni un vaso de agua dado a uno de sus discípulos, por pequeño que sea, quedará sin recompensa. Hay recompensa de justo a quien recibe a un justo y hay recompensa de profeta a quien recibe a un profeta (Mt. 10:41-42). Estas distinciones, tan sutiles a nuestro entender, nos indican que todo lo que el Señor hace es perfecto, y que todo está consignado a cabalidad. Nadie podrá decir en aquel día: 'Señor, a

ése le estás dando más recompensa de lo que merece', o 'A mí me estás dando menos de lo que merezco'. El Señor tendrá el detalle de todas las cosas que hicimos por amor de su Nombre.

Y es que hay un libro en los cielos donde se registra todo esto. En Malaquías 3:16 dice: «*Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre.*» Evidentemente, este no es un libro para condenar. Dice que es para los que temen al Señor y para los que piensan en su nombre. Este es un libro

de recompensas. Malaquías vivió en días de profunda crisis, en los cuales el pueblo se había apartado de Dios. Sin embargo, aun en esas circunstancias, Dios está atento a lo que hace su remanente fiel, para tomar nota de su fidelidad. Igual ocurre hoy en día.

Veamos Nehemías capítulo 3, donde tenemos una muestra de lo que es aquel libro de memoria que está en los cielos.

Sabemos que Nehemías tuvo carga por Jerusalén cuando gran parte de la ciudad todavía estaba en ruinas. El Señor permitió que el rey al cual servía le diera permiso y aún le proveyera de los recursos para ir a Jerusalén. Cuando llegó, Nehemías propuso lo que traía en su corazón a los que allí vivían, y, pese a la oposición de muchos, ellos iniciaron la obra de la reconstrucción del muro y de sus puertas.

En este capítulo se deja constancia de las personas y de los grupos de personas que tomaron parte en esa reconstrucción. Algunos reedificaron tramos del muro. Otros reedificaron puertas. Y aun otros reedificaron tramos de muro y puertas.

En este capítulo quedó todo registrado con acuciosidad. Si estaba enfrente de la puerta, si estaba cerca o si estaba más allá. Si era esta torre o era la otra, si era esta puerta o la otra; si participó éste o aquél, si participaron éstos o aquéllos.

El sello de la aprobación de Dios

Vamos a destacar ahora algunas cosas. Hay algo asombroso aquí. En este capítulo aparecen exactamente

cuarenta nombres de personas. Esto es tremendamente significativo. Nosotros sabemos que el cuarenta no es un número cualquiera en la Escritura.

El diluvio duró cuarenta días y cuarenta noches. Cuarenta días estuvo Israel en el desierto. Cuarenta días estuvo Moisés en el monte Sinaí (dos veces). Jonás anunció destrucción sobre Nínive en cuarenta días. Cuarenta días ayunó el Señor en el desierto. Después de su resurrección, el Señor se apareció cuarenta días a sus discípulos, etc.

¿Será fortuito que aquí aparezcan cuarenta nombres involucrados en la obra de reconstrucción? No es fortuito. Esto es una señal de que Dios quiere decirnos aquí algo importante. Es que hay un libro de memoria delante de Dios que habla acerca de los que toman parte en su obra.

Aparte de los cuarenta, aparecen aquí diez grupos de personas. Esto también es muy significativo. Están los sacerdotes hermanos de Eliasib (3:1), los sacerdotes de la llanura (3:22) y los sacerdotes (3:28), los levitas (3:17), los sirvientes del templo (3:26), los plateros (3:32), los comerciantes (3:32), los varones de Jericó (3:2), los tecoitas (3:5) y los moradores de Zanoa (3:13). En total, diez grupos.

La Escritura, inspirada por el Espíritu Santo, es perfecta en todas las cosas. Nosotros sabemos que entre la Pascua de los judíos y Pentecostés hay cincuenta días. Luego que el Señor Jesús resucitó, se apareció por cuarenta días a sus discípulos y les dijo que se quedaran en Jerusalén

hasta la venida del Espíritu Santo. Cuando llegó Pentecostés, se produjo su derramamiento. ¿Cuántos días transcurrieron entre la ascensión del Señor y Pentecostés? Diez días. Si sumamos cuarenta más diez, tenemos cincuenta.

El diez es el número de la perfección del hombre, en tanto que el cinco (o el cincuenta) es el número de la responsabilidad del hombre ante Dios. Así que las obras son la responsabilidad del hombre delante de Dios.

Un registro acucioso

En Nehemías 3:3 vemos que la tarea de los hijos de Senaa era reedificar la puerta del Pescado: «*Los hijos de Senaa edificaron la puerta del Pescado; ellos la enmaderaron, y levantaron sus puertas, con sus cerraduras y cerrojos.*» Noten ustedes que la obra de ellos terminó con los cerrojos, no antes. He aquí todo el proceso: la enmaderaron, la levantaron, pusieron sus cerraduras, y finalmente sus cerrojos. La reconstrucción de la puerta no quedó hasta las cerraduras, ellos también pusieron los cerrojos. Ellos hicieron una obra perfecta. Así tienen que ser hechas las cosas para Dios.

En el versículo 3 dice, además, que toda una familia –los hijos de Senaa– edificaron la puerta del Pescado. Seguramente el padre (Senaa) estaba muerto, y por eso los hijos edificaron en su nombre la puerta, de lo contrario diría: ‘Senaa y sus hijos’. Noten, en cambio, que la puerta Vieja fue restaurada sólo por dos personas: «*Por Joiada hijo de Paseah y Mesulam*

En la obra de Dios hay la posibilidad de extender nuestro servicio según la consagración y disposición de cada uno.

hijo de Besodías» (3:6). Así que en el versículo 3 tenemos a una familia completa reedificando una puerta, y en el versículo 6 tenemos a dos personas reedificando otra puerta.

«*E inmediato a ellos restauraron los tecoítas; pero sus grandes no se prestaron para ayudar a la obra de su Señor*» (3:5). Aquí vemos que los tecoítas hicieron su parte y, por el versículo 27, sabemos que, además, hicieron otro tramo: «*Después de ellos restauraron los tecoítas otro tramo, enfrente de la gran torre que sobresale, hasta el muro de Ofel*». Los tecoítas son los únicos que aparecen haciendo voluntariamente un doble trabajo. ¡Qué gloria la de los tecoítas! De ningún otro grupo se dice eso.

Noten también que los tecoítas trabajaron sin sus líderes: éstos no se prestaron para la obra del Señor. ¿Por qué el Espíritu Santo dice eso? ¿Por qué no dice simplemente «los tecoítas reedificaron esto y después reedificaron más allá otro tramo»? Dice: «*Pero sus grandes no se prestaron para ayudar*». Menciona a los que trabajaron y a los que se negaron a trabajar. El Señor también toma nota de los remisos.

En el versículo 32 dice que el tramo comprendido entre la sala de la esquina y la puerta de las Ovejas fue

restaurado por los plateros y los comerciantes. Y en el versículo 8 dice que uno de los plateros, Uziel, restauró un tramo. Es decir, Uziel, como platero, junto a los de su oficio, restauró un tramo; y luego él, por sí solo, restauró otro. Aquí Uziel es mencionado aparte, y tiene una gloria y una recompensa que los demás plateros no tuvieron.

¿Qué nos puede enseñar esto? Que en la obra de Dios hay lugar para la disposición y entrega personal. Tú puedes participar con tu grupo, por ejemplo, los diáconos, pero tú tienes libertad para servir más allá de eso. Así ocurre en la Escritura con Esteban y con Felipe. Ellos estaban entre los siete diáconos de la iglesia en Jerusalén, pero ambos realizaron una obra que excedió su ministerio de diaconado. Esteban hizo grandes prodigios y señales entre el pueblo, dando testimonio de la fe; fue, además, el primer mártir. Felipe, en tanto, predicó el evangelio en Azoto, en Samaria, y luego en Cesarea, donde la Escritura lo presenta como evangelista (Hch. 21:8). ¿Era diácono solamente o también evangelista? Era también evangelista. De manera que en la obra de Dios, hay la posibilidad de extender nuestro servicio según la consagración y disposición de cada uno.

En el versículo 12 dice: «*Junto a ellos restauró Salum hijo de Haloos, gobernador de la mitad de la región de Jerusalén, él con sus hijas.*» Salum restauró con sus hijas. En Israel, quien no tenía hijos varones se sentía deshonrado. Salum sólo tenía hijas. Ellas también tomaron parte en la obra. Se

piensa que en el Antiguo Testamento las mujeres están relegadas, pero aquí las hijas de Salum tienen una recompensa segura delante de Dios por su obra.

En el versículo 13 dice que Hanún, con los moradores de Zanoa, restauraron una puerta y mil codos del muro (unos 450 metros). Es decir, no sólo restauró una puerta, como otros hicieron. El restauró, además, un tramo del muro. Tiene una doble honra.

En el versículo 20 vemos que Baruc restauró «*con todo fervor*» el tramo desde la esquina hasta la puerta de la casa de Eliasib sumo sacerdote. Notemos que edificó frente a la casa de Eliasib, el sumo sacerdote (la máxima autoridad religiosa en Israel). ¿Motivaba eso, acaso, su fervor? ¿Tenía él una convicción muy fuerte de estar sirviendo a Dios? ¿Cómo habrá sido el trabajo de Baruc que el Espíritu Santo dejó constancia de su fervor! Baruc no lo hizo de cualquier forma, porque ésta es la única persona de quien se dice con qué ánimo lo hizo. No importa sólo lo que hagamos, sino también cómo lo hagamos.

En el versículo 1 dice: «*Entonces se levantó el sumo sacerdote Eliasib con sus hermanos los sacerdotes, y edificaron la puerta de las Ovejas.*» La parte del trabajo de Eliasib fue reedificar la puerta de las Ovejas. Esto nos hace recordar al Señor, quien es la Puerta de las ovejas (Juan 10:7). Eliasib era sumo sacerdote, el que presentaba las ofrendas delante de Dios. El, como sumo sacerdote, reedificó la puerta de las Ovejas, y otros –Baruc y

Meremot- edificaron el muro frente a su casa (3:20-21). ¿No es este un ejemplo claro de servicio mutuo?

Eliasib, por su alta investidura, ofrenda delante del Señor, y otros sirven al sumo sacerdote, ayudándole en la obra que él descuida por servir al Señor.

En el versículo 23 dice que Benjamín y Hasub restauraron «frente a su casa»; y que Azarías restauró «cerca de su casa». He aquí dos adverbios de lugar. Parece ser un detalle tan pequeño, pero también es consignado por el Espíritu Santo.

El versículo 28 dice: «Desde la puerta de los Caballos restauraron los sacerdotes, cada uno enfrente de su casa». En 3:1 veíamos que el sumo sacerdote no reedificó enfrente de su casa, en cambio los sacerdotes sí. Ellos trabajaron sólo enfrente de sus propias casas. El sumo sacerdote tenía una encomienda especial, pero ellos no. Ellos no hicieron como hizo el sumo sacerdote, sino como Dios les indicó que hiciesen.

En el versículo 30 dice que uno de los reedificadores fue Hanún, «hijo sexto de Salaf». Si se menciona el hijo sexto de un hombre, ¿por qué no se menciona ninguno de los otros cinco? Ellos no hicieron nada, de lo contrario habrían quedado registrados. ¿Por qué no dice simplemente «los hijos de Salaf»? Porque importaba el sexto: Hanún. Hermano, si tu familia no sirve al Señor, tú tienes que hacerlo de todas maneras. El Señor no te

va a dar a ti un pago conforme a la injusticia de tu familia, como tampoco le va a dar a tu familia el pago por tu justicia.

Al final del versículo 30 se dice que Mesulam restauró «enfrente de su cámara». Esto nos sugiere una obra pequeña; sin embargo, Mesulam es uno de los cuarenta. En el versículo 31 vemos la obra que hizo Melquías, una obra mucho mayor. Tanto Melquías como Mesulam están consignados.

Sea pequeña o sea grande su obra, todos quedan consignados en este libro de memoria delante de Dios. Ellos y sus obras, y aun la forma cómo la hicieron. ¿Por qué razón? Porque «cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor» (1ª Corintios 3:8b).

A la luz de Malaquías 3:16, ¿qué es Nehemías 3, sino un libro de memoria delante de Dios, respecto de los hombres y de las mujeres que tomaron parte en la reconstrucción del muro y de las puertas de Jerusalén? No era una obra de hombres, era la obra del Señor. No era solamente la reconstrucción de los muros de Jerusalén: era la obra de su Señor.

Así pues, el Señor lleva un libro de memoria exacto, perfecto y completo de toda la obra de amor que los hijos de Dios hacen por causa de su Nombre.

Que el Señor nos ayude para ser diligentes en su obra. Amén.

Tomado del libro Consagración y Servicio.

EL PRIMER SÚBDITO

Jesús se acerca a Jericó. Un ciego que está junto al camino, mendigando, al oír la multitud que viene, pregunta:

– ¿Qué sucede? ¿Por qué tanto alboroto?

Con desgano, una voz le contesta:

– Es Jesús, el nazareno, que viene...

Entonces algo ocurre con el ciego. El hombre se transforma, su rostro se ilumina. Se yergue sobre su cansada espalda, y grita:

– ¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!

Los que le oyen quedan estupefactos. Ha dicho “¡Hijo de David!”. Ellos entienden perfectamente la tremenda invocación del ciego, y les parece blasfemia. Así que, apresuradamente, le hacen callar.

Sin embargo, el ciego insiste. Su “blasfemia” sube de tono por la porfía de su reiteración. ¡Decir que Jesús es Hijo de David significa, nada menos, que decir que Jesús es el Cristo!

La gente dice de él: “Es Jesús, el nazareno”; pero el ciego dice: “Es Jesús, el Hijo de David”.

La gente era ciega para ver la verdadera condición de Jesús; pero el ciego veía de verdad. Para la gente, era una locura, de manera que el hombre no era sólo ciego, sino también loco.

Sólo un rey, descendiente de David, puede ser Hijo de David. Pero ese hombre de Nazaret... Sólo el Cristo es el Hijo de David. Pero ese nazareno...

El ciego, con sus palabras, hace detener la marcha de Jesús. (¿Podemos ver por qué el Señor no podía dejar de atenderle?). El Rey (todavía sin corona), le manda a llamar. El ciego acude. El Rey le pregunta:

– ¿Qué quieres que te haga?

El ciego dice:

– Señor, que reciba la vista.

El Rey dice:

– Recíbela, tu fe te ha salvado.

Eso es todo. El reino de los cielos se ha acercado. El Rey ya tiene un súbdito.

Una exposición sobre la iglesia como cuerpo y sobre el servicio de los miembros.



El vaso corporativo

T. Austin-Sparks

Hay dos títulos o designaciones de la Iglesia que son, a mi juicio, supremos entre las designaciones. El primero es «Cristo»: *«Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo»* (1ª Corintios 12:12). Esa parece ser la designación más alta de la Iglesia. La otra es «el nuevo hombre». Y estas dos son representadas por otra designación: *«la Iglesia que es su Cuerpo»*. En el sentido en el que Pablo lo quiso decir, el Cuerpo es Cristo presentado corporativamente. De nuevo, es «un nuevo hombre.» En esas dos designa-

ciones →*Cristo*» y «*un nuevo hombre*»—nosotros tenemos la idea completa de representación, y eso es expuesto supremamente como una cosa corporativa.

Hay un Cuerpo, y nosotros somos miembros los unos de los otros; y la importancia del individuo tiene que estar sujeta a la importancia del Cuerpo entero. La importancia del individuo está sujeta en el Cuerpo al Cuerpo. Es a lo que el apóstol está llevando cuando, por la gracia de Dios que le fue dada, él exhorta a cada hombre a no pensar más favorablemente de sí mismo de lo que debe pensar, porque nosotros somos

miembros los unos de los otros. La importancia individual no debe exceder de, o en, el Cuerpo como algo por sobre el Cuerpo – algo en sí mismo. Hay una importancia del miembro individual, como el apóstol lo deja absolutamente claro... y una gran importancia; pero esa importancia del individuo no debería sobresalir.

Eso nos trae a otro aspecto vital de la gran verdad del Cuerpo de Cristo, como es presentada en la Palabra de Dios, y ese es el Espíritu Santo y el orden en el Cuerpo. Usted no puede leer estos escritos de Pablo (desde Romanos a Filemón) por el Espíritu Santo a la luz de hechos como los que usted ve, o de condiciones como las que usted se encuentra, sin quedarse prácticamente sin aliento. Es un entendimiento asombroso que Pablo tiene acerca del Cuerpo. Usted sólo tiene que dar un paso atrás cuando las lee, y sentir que es algo asombroso, o imposible.

Muchos se han rendido a la última conclusión. Usted está suficientemente consciente de la importancia de esto. Esta no es simplemente una presentación de enseñanzas sobre

Cuando el individuo está sujeto a Cristo, ese individuo es traído por el Espíritu Santo a una función y relación apropiada con cada otra expresión de Cristo.

grandes temas, grandes ideas; esto tiene que ver con el propósito último de Dios representado en este universo – una expresión de Dios en forma humana. Ese es nuestro destino, eso es aquello para lo que nosotros existimos; y nosotros perdemos nuestro fin a menos que reconozcamos esto. Nosotros no tenemos un conocimiento y entendimiento adecuado de lo que Dios está haciendo, y por qué Él está tratando con nosotros como lo hace, hasta que vemos este propósito de Dios en nuestro ser conformado a la imagen de Su Hijo, el surgimiento en este universo de un Hombre corporativo que es Cristo en su plena expresión.

Primeramente, el Cuerpo crece y se edifica a través del orden. Pablo deja esto absolutamente claro. Es cuando el Cuerpo está concertado adecuadamente que crece. Crece con el crecimiento que da Dios. Eso tiene como base el estar bien concertado y de cada coyuntura que trabaja en su debida medida. Por consiguiente, el crecimiento y la edificación son posibles por medio de este orden. Casi no necesitamos retornar otra vez a la analogía del cuerpo físico que se presenta a la mente del apóstol cuando él escribe sobre el Cuerpo de Cristo.

Es muy cierto que no hay crecimiento en el cuerpo –ningún desarrollo– a menos que haya un orden en el cuerpo... lo que él llama una buena concertación. Es maravilloso cómo el Señor ha creado cosas en el mundo físico para que su posición satisfaga mejor su propósito. Conciba cualquier otro orden en el arreglo de

nuestros miembros, y vea cómo eso nos perjudicaría. No queremos ser humorísticos, sino simplificar esta materia y explicar bien el principio. Pero suponiendo que sus dedos pulgares estuvieran en el otro lado de sus manos y usted tuviese que trabajar de esa manera... ¡Tomaría todo por fuera! Imagine algo que es anormal, y vea en seguida cómo la limitación aparece.

Ahora, el Señor tiene un orden que, si es reconocido y si funciona, conduce al pleno crecimiento – así está determinado para cumplir el propósito de Dios; y nosotros no podemos cumplir ese propósito sin el orden de Dios, así como no podemos realizar las posibilidades físicas de nuestros cuerpos con un cuerpo desordenado. El factor inclusivo en este orden es el señorío de Cristo... y, por supuesto, el tenerlo a Él: *«...asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios»*.

El señorío de Cristo y el hecho de tenerlo a Él, es el factor inclusivo. Cada facultad tiene su centro en Él como la Cabeza. Ninguna parte de un cuerpo puede funcionar si la cabeza es cortada de él o de alguna forma se separa en el sentido de la función. Si entre la cabeza y el cuerpo se produce una desconexión, ya sea por un desorden nervioso o una fractura, el cuerpo entero es descompuesto e incapaz de funcionar. Todo se reúne en la cabeza. Así el señorío de Cristo llega a ser esencial al orden de Su Cuerpo, la Iglesia.

Ahora debemos considerar el

asunto de la función individual de los miembros. Lo primero no es abordar el tema de nuestra propia función – en qué consiste ésta. Esa no es la primera consideración. Nuestro relacionamiento con otros tampoco es algo a lo cual le daremos vueltas en nuestra mente. Lo primero que debemos hacer es estar sujetos a Cristo; y cuando el individuo está sujeto a Cristo, ese individuo es traído por el Espíritu Santo a una función y relación apropiada con cada otra expresión de Cristo. La armonía entra en esa manera. Es espontánea.

En segundo lugar, los miembros de Cristo son partes funcionales de Cristo. Esto es consecuencia de que somos un espíritu, pues estamos unidos al Señor. Librémonos de la idea física y reconozcamos cómo el Cuerpo de Cristo es la unión de espíritus renovados por el Espíritu Santo. No es la unión de muchos cuerpos físicos bajo el nombre de Iglesia. Ésa es meramente una congregación. Aquello que nosotros somos juntos en espíritu, es lo que nos hace la Iglesia. Las congregaciones no hacen una Iglesia.

La Iglesia es espiritual... porque es la unión de espíritus. No estamos hablando sobre algo físico, sino sobre el Cuerpo espiritual, la Iglesia. *«Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él»* (1ª Corintios 6:17). Ésa es la naturaleza de la unión, y ésa es la naturaleza de la membresía del Cuerpo. La membresía de Cristo es algo más que nuestro relacionamiento físico. ¡De cuántas nociones tenemos que librar-nos!

Si nosotros tenemos nuestros nombres anotados en un registro de la iglesia, decimos que nos hemos unido a la iglesia. La membresía de la iglesia es la membresía de Cristo a través de la unión con Él en nuestros espíritus, y esa unión es provocada por el morar de Cristo en nuestros espíritus.

La próxima cosa que Pablo nos enseñará es que debe haber un reconocimiento mutuo del Cuerpo de Cristo: *«...a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener»* (Romanos 12:3). Si alguien hace esto, estará anulando a los otros miembros... o poniéndolos en un lugar menor del que debería ser ocupado por ellos. Hace mucho daño al Cuerpo de Cristo cuando un miembro domina la si-

tuación. Sometimiento mutuo a, y reconocimiento de, el uno al otro representa lo que el Señor anhela tener.

Aún más, debe haber un ministrar de Cristo de unos a otros. Nosotros tenemos algo de Cristo – una facultad de Cristo para ministrar a Cristo; es decir, una medida de Cristo para ser ministrada por nosotros... y nuestro servicio es ministrar Cristo a otros. De esa manera el Cuerpo crece. ¿No es Cristo nuestra Vida... y no podemos nosotros, como funcionando en Cristo, ministrar Vida –Su Vida– los unos a los otros? Ciertamente podemos. Para esto hemos sido llamados. Así el Cuerpo crece. Oh, que el Señor nos permita ser ministros mayores de Vida –Su Vida– los unos a los otros, y no de muerte.

* * *

No en la cabeza, sino en el corazón

Cuando recién había aceptado a Cristo, tenía mi Biblia, un himnario y algunos pocos libros, incluyendo los de Andrés Murray y Tomás de Kempis, y mediante la lectura de libros me eduqué a mí mismo lo mejor que pude. Leí la filosofía de todos los grandes pensadores, y como ustedes saben, muchos de esos hombres no creían en Dios ni tampoco en Cristo.

Recuerdo haber leído el libro de White titulado “La guerra de la ciencia con el cristianismo”, y si cualquier hombre puede leer eso y decir todavía que es salvo, no es salvo por haber leído ese libro; es salvo por el Espíritu Santo que está dentro de él diciéndole que es salvo.

¿Sabes qué hacía después de leer un capítulo o dos y encontrar argumentos que no podía rebatir? Me ponía de rodillas y con lágrimas le agradecía a Dios con alegría diciéndole que no importaba lo que dijeran los libros: “Yo te conozco, mi Salvador y mi Señor”. Eso no estaba en mi cabeza, estaba en mi corazón.

A. W. Tozer, en *Manantiales de lo alto*.

Un conocimiento específico de Cristo constituye un ministerio específico en el servicio del cuerpo de Cristo.



EL servicio de cada miembro

Watchman Nee

Individuos vs. Miembros

¿Cuántos de los que somos cristianos sabemos que no sólo somos creyentes sino también miembros del cuerpo de Cristo? Hemos de entender que en la vida adámica, no sólo hay lo pecaminoso o lo natural que tiene que ser tratado, sino que el temperamento individualista también tiene que ser tratado. ¿Qué quiere decir el carácter individualista de la vida adámica? Es la actitud de vida que insiste en mantener mi existencia independiente, mi vida independiente, o mi acción individual como si yo fuera el único que vive en el mundo. Este tipo de vida nos estorba la entrada en la realidad del cuer-

po de Cristo. Hemos de saber que la antítesis del cuerpo es el individuo. Para que podamos entrar en la realidad del cuerpo tenemos que ser salvados del individualismo.

El cuerpo de Cristo no sólo es una enseñanza. Se necesita entrar en el cuerpo de Cristo por la experiencia propia. Todo el que no ha entrado no sabe lo que hay dentro. El que es salvado puede distinguir fácilmente quien es salvado o no; de manera parecida, el que ya ha entrado en las realidades del cuerpo de Cristo puede también discernir fácilmente si los otros han entrado en la realidad del cuerpo o no. Cuando tú eres salvo no sólo oyes la doctrina de la salvación

sino que también ves que Cristo es la vida que vive. En la salvación entras en otra esfera. Y después de haber estado en esta nueva esfera mirando hacia atrás, puedes discernir claramente la situación de los que no son salvados. Asimismo los que viven verdaderamente en el cuerpo de Cristo pueden darse cuenta de manera vivida de las condiciones de todos los que no han vivido en el cuerpo. Las personas pueden entender el libro de Romanos y no ser salvados; de manera parecida, los hombres pueden apreciar la carta a los Efesios y no conocer el cuerpo de Cristo. Cuando tú dejas el pecado y entras en Cristo, eres salvo. Pero, necesitas ser rescatado de ser individualista para entrar experiencialmente en el cuerpo de Cristo.

Dios nos permite ser individuos, pero no nos permite ser individualistas. Antes de entrar experiencialmente en el cuerpo de Cristo estamos llenos de individualismo. Aún nuestra búsqueda espiritual es motivada por esta característica. ¿Por qué buscamos la santidad? Para que yo mismo pueda ser santo. ¿Por qué deseamos el poder? Para que yo pueda personalmente tener poder. ¿Por qué buscamos los frutos de la labor? Para que yo, como individuo, pueda disfrutar esos frutos. ¿Por qué deseamos el reino? Para que yo mismo pueda poseer el reino. Todo está relacionado con el 'yo'. Esto no es el cuerpo; esto es individualismo.

De la misma manera que Pedro en el día de Pentecostés salvó en un día a tres mil personas, sueño yo con salvar a tres mil en un día, para que

yo también pueda producir mucho fruto. Sin embargo, hemos de recordar que los otros once apóstoles se levantaron con Pedro. ¿Se quejaron envidiosamente los otros apóstoles, diciendo que si Pedro podía salvar a tantas personas también deberían ellos hacer lo mismo? ¿O construyó Pedro jamás una torre de orgullo, diciendo que él podía salvar a personas a quienes los otros no podían salvar? Sabemos que todo esto no ocurrió. Porque Dios no busca un vaso individual sino que busca un corporativo. Si tú ves verdaderamente el cuerpo de Cristo, ni serás envidioso ni orgulloso. Tanto si la obra realizada es tuya como si es hecha por otros, no importa. Todo esto es asunto del cuerpo, no hay nada que sea puramente individual.

Por lo tanto, hemos de considerarnos no sólo como creyentes, sino considerarnos aún más como miembros. Yo soy miembro; por lo tanto no soy la unidad –ni tan siquiera la mitad– sino sólo una pequeña parte del cuerpo de Cristo. Es innegable que el ver el cuerpo y reconocerse como un miembro más es una gran salvación. Anteriormente muchas cosas estaban centradas en torno a nuestro ser individual. Tanto si era asuntos de trabajo o de la vida normal, todo era muy individualista. El día en que discernimos el cuerpo fuimos rescatados de manera natural de este individualismo. En la salvación, primero vemos a Cristo y luego somos salvados. De la misma manera primero vemos el cuerpo y luego de manera natural somos rescatados del individualismo y llegamos a ser miembros del cuerpo

en la realidad. No en el sentido de que digamos exteriormente que actuaremos conforme al principio del cuerpo cuando la situación se presentara, sino en el sentido de actuar conforme al principio del cuerpo porque hemos recibido la revelación y hemos entrado en el cuerpo de Cristo con la experiencia. Habiendo sido tratada la vida natural, nos damos cuenta espontáneamente que somos miembros.

¿Cómo vivo en la capacidad de miembro del cuerpo de Cristo? Se necesita tomar al cuerpo como unidad y límite de todo lo que obro y vivo. En la esfera física, cuando la mano trabaja, no es la mano sino el cuerpo el que trabaja; cuando mis pies andan, no son mis pies, sino el cuerpo el que anda. Un miembro físico nunca hace nada para sí, todo cuanto hace es para el cuerpo. También es así en la esfera espiritual. Todas las acciones de un miembro del cuerpo de Cristo son gobernadas por el cuerpo de Cristo, no por el miembro individual. Tanto si Dios me pone en el primer lugar como en el último, no hay diferencia, me es igual. Porque sólo el que no ve, conoce o experimenta el cuerpo de Cristo será orgulloso o envidioso.

Nos hemos de dar cuenta de la relación que existe entre el miembro y el cuerpo. Un miembro no puede ser un sustituto del cuerpo entero; sin embargo, puede afectar al cuerpo entero. La derrota personal y el pecado personal influenciarán el cuerpo. El fracaso secreto de un individuo quizá no sea conocido por los demás, pero es conocido por el diablo. La derrota

secreta de una persona quizá no sea percibida por los demás, pero los espíritus malévolos sí lo sabrán. La derrota de un miembro afecta a toda la iglesia. Por esta razón, hemos de buscar una vida de amor; es para el cuerpo entero. Hemos de buscar una vida santa; es también en beneficio del cuerpo. Hemos de querer el progreso espiritual; también esto es en beneficio del cuerpo.

Preguntémonos con toda franqueza: ¿Soy un individualista independiente, o soy un miembro del cuerpo? ¿Soy sólo un creyente, o soy también un miembro? Sin duda, eres un cristiano, pero si no puedes estar con otros más de cinco minutos sin tener algún tipo de problemas, o sin sentirse incompatible con los demás, ¿cómo puedes demostrar que tú vives como miembro? El Señor no está satisfecho de este tipo de vida. Que Dios nos dé luz para que podamos ver claramente el cuerpo de Cristo. Después de haberlo visto seremos rescatados de modo natural del individualismo y viviremos espontáneamente como miembros.

El servicio de cada miembro

Cada miembro tiene su parte en el servicio del cuerpo de Cristo. Todo el que pertenece al Señor tiene su puesto. Él tiene a Cristo dentro, y lo que él tiene en Cristo tiene una característica propia. Es esta característica la que se vuelve el rasgo distintivo del servicio de uno. El servir a la iglesia es servir con lo que a uno le pertenece a Cristo.

La parte del servicio que tenemos en el cuerpo de Cristo se basa en

Un miembro físico nunca hace nada para sí, todo cuanto hace es para el cuerpo. También es así en la esfera espiritual.

nuestro conocimiento de él. Sin embargo, este no es un conocimiento común, porque el conocimiento común de Cristo no basta. Sólo un conocimiento específico de él constituye un ministerio específico en el servicio del cuerpo de Cristo. Por lo tanto, el servicio específico se basa en el conocimiento específico del Señor. Al haber aprendido lo que los otros no han aprendido, recibes del Señor una lección específica, y con este conocimiento específico de él puedes servir. En el cuerpo humano, por ejemplo, los ojos ven, los oídos oyen, y la nariz huele. Todos tienen sus propias funciones, y cada uno tiene su posición. Ocurre de modo parecido con los miembros del cuerpo de Cristo. No puede ver, oír u oler cada miembro; pero cada miembro tiene su habilidad especial. Esto es, pues, el ministerio de aquel miembro.

¿Cuál es tu ministerio especial? El que aprendes especialmente del Señor; el que recibes específicamente de él. Sólo un miembro específico puede servir a la iglesia y hacer que crezca. Sólo lo que viene de arriba puede hacer incrementar el cuerpo. Todo lo que aprendes ante el Señor es lo que puedes transmitir de la vida de la cabeza al cuerpo, y lo que puedes proveer a la iglesia que ella no lo tenga.

Así que cada miembro necesita buscar diligentemente del Señor lo que la iglesia no posee para así transmitir esto al cuerpo de Cristo.

Hoy el Señor está buscando a personas a quienes se haya dado vida y por medio de los cuales pueda realizarse la obra del incremento de la vida del cuerpo. Son utilizados para proveer vida a la iglesia que ella no ha conocido nunca, para añadir la medida de la estatura del Señor y son los cauces de la vida para el cuerpo. Es por medio de ellos que la vida que reciben del Señor fluye a la iglesia, y hace aumentar la estatura del cuerpo de Cristo.

El servir al cuerpo de Cristo significa proveerlo con la vida que un miembro recibe de la cabeza; esto es, el miembro provee la vida de la cabeza a la iglesia. Cuando los ojos de un miembro ven, el cuerpo entero puede ver. En otras palabras, aquel miembro del cuerpo de Cristo que tiene visión penetrante en las cosas espirituales se hace los ojos del cuerpo para así dotar de vista al cuerpo. Las manos no pueden con su sentido del tacto discernir el olor de algo; pero la nariz sí; sirve al cuerpo con su habilidad del olfato. Así que el olfato se hace el ministerio específico de la nariz al cuerpo. También los oídos sirven al cuerpo, pero con la audición. Así que la audición es el ministerio específico de aquel miembro del cuerpo de Cristo y hace de oído al cuerpo. Y el resultado de la función de cada servicio será el incremento de la fuerza del cuerpo, ocasionándole mayor conocimiento de Cristo. Así que el servicio o ministerio del miem-

bro es servir a la iglesia con Cristo, y así impartir a Cristo a los demás.

El servicio al cuerpo de Cristo se basa en el conocimiento de Cristo; y este conocimiento viene de la experiencia de la vida, no de la doctrina. El hombre reemplaza a menudo la vida con la doctrina o las enseñanzas. Esto es una gran equivocación, puesto que la doctrina por sí sola no es de valor. Las personas pueden haber oído una enseñanza, recitarla y hasta predicar sobre ella, pero su entendimiento no ha sido abierto porque realmente no ven. El conocer una enseñanza no ayuda a las personas. El conocer una enseñanza da a lo más, más pensamiento al cerebro. Dios quiere mostrar una doctrina con la vida. Por lo tanto da primero vida y después la doctrina. Esto es verdad desde el Antiguo Testamento al Nuevo. Por ejemplo, Dios consiguió que Abraham fuera el padre de la fe. Todo el que estudia la vida de Abraham, ve la doctrina de la fe. O para dar otro ejemplo, Abel se dio cuenta de que sin la sangre no se podía acercar a Dios. Así que la vida de Abel representa la enseñanza de ser justificado por la sangre de Cristo (Rom. 5:9).

En el Nuevo Testamento, vemos que ocurre lo mismo. Fijaos en que los Evangelios preceden a las Epístolas. Los Evangelios cuentan primero lo que Cristo ha hecho, y sólo después explican las Epístolas lo que verdaderamente sale de ello. Primero la experiencia de Cristo, luego la doctrina de Cristo. Primero la vida de Cristo, luego las enseñanzas de Cristo.

Primero la vida, luego la doctrina. Primero un problema, luego la solución. Primero una experiencia, luego la enseñanza. Martín Lutero pasó y sufrió muchas tribulaciones; sin embargo, no conseguía la justificación. Hasta que un día Dios le mostró que la justificación es por la fe. Sólo por la fe era justificado; y desde entonces presentó la enseñanza de la justificación por la fe. Primero la fe, luego la doctrina correspondiente.

No nos detengamos examinando, analizando e investigando la doctrina. Todas estas actividades no son sino cañas que no te sostendrán cuando te enfrentes con las dificultades de la vida real. Es Dios el que te llevará. Primero la experiencia, luego la doctrina.

Si una persona no tiene un conocimiento experimental de Cristo, esta persona no tiene ministerio. Es por haber recibido en vida algo particular de él que se forma un ministerio. La característica de un miembro es el ministerio o servicio de este miembro. La mano, por ejemplo, tiene su característica particular; por lo tanto, es esta característica la que pasa a ser su ministerio al cuerpo. Todo el sufrimiento, la disciplina o las pruebas son utilizadas por Dios para incorporar su palabra en nosotros, para que podamos tener algo que ofrecer a la iglesia. Aparte de Cristo, aparte de la vida, no hay nada de servicio para el cuerpo de Cristo. Cristo es la vida; es con él que proveemos a la iglesia lo que edifica. El que no tiene vida lleva la muerte a una reunión de oración, aunque sólo diga «amén». El sentarse con una persona con vida hará que

los demás sientan la vida que está en él. La medida en que uno conoce a Cristo establece la proporción de vida que este miembro puede proporcionar a la iglesia.

Hoy día, Dios busca a personas en que depositar una cantidad abundante de la vida de Cristo para que ellas la pasen a otros. La vida necesita un cauce. Y Dios quiere que el hombre sea este cauce de vida. Él utilizará al hombre para transmitir vida al cuerpo. Si la vida no pasa más allá de ti o de mí, no podremos proveer de vida a los demás, y la iglesia se quedará sin ella.

Porque en vez de proveer de vida extendemos muerte en la iglesia. No hay nunca una derrota personal que no afecte adversamente a la iglesia. En consecuencia, en el cuerpo de

Cristo, cuando sufre un miembro, todos los miembros sufren con este miembro. Aunque un miembro sea derrotado en su propia habitación, por ejemplo, si descuida la oración, el cuerpo sufrirá. Cada miembro puede influir a los demás. Así, no vivamos para nosotros mismos. Mantengámonos adheridos firmemente a la cabeza y busquemos la comunión. Antes de tomar ciertas decisiones, tengamos comunión. Todo está en el cuerpo, por medio del cuerpo y para el cuerpo; no en el individuo, ni por medio del individuo, ni para el individuo. ¡Que Dios haga que veamos su cuerpo! Que utilice también nuestro ministerio para servir a la iglesia conforme a nuestro conocimiento verdadero de Cristo.

Tomado de El Cuerpo de Cristo: La Realidad.

* * *

Señales del llamamiento al ministerio

Hay, en primer lugar, la conciencia de un fuerte impulso interior, que está más presente en las horas más santas, pero que nunca está lejos, y con frecuencia se siente puro y fuerte en el alma. Hay, en segundo lugar, un cierto apoyo de la Providencia, por el cual otras puertas parecen estar cerradas, y abierta aquella que conduce a la meta deseada. Además de éstos, hay una adaptación natural, un consenso de opinión entre amigos y consejeros, y una constante voz del Espíritu por medio de la Palabra.

F. B. Meyer, en Jeremías, sacerdote y profeta

Lo que significa amar

Amar es hacerse vulnerable. Si amas algo verás cómo se atormenta el corazón, y hasta es posible que te lo rompan. Si quieres cerciorarte de que permanezca intacto, no debes darle tu corazón a nadie, ni siquiera a un animal. Envuélvelo cuidadosamente en pasatiempos y pequeños lujos; evita todo enredo; asegúralo en el cofre o ataúd de tu egoísmo... El único lugar fuera del cielo donde puedes estar perfectamente a salvo de todos los peligros del amor... es el infierno".

C. S. Lewis, en Los cuatro amores

Una mirada a los sufrimientos de Cristo – y de los que son de Cristo.



Varón de dolores

James Stalker

El trabajo no es más que la mitad de la vida; el sufrir es la otra. Hay un hemisferio del mundo en la luz del trabajo, pero hay otro en la sombra del sufrimiento.

No se trata de que en cualquier vida estos estados se alternen con la misma regularidad con la cual la tierra pasa de la oscuridad a la luz, y vuelve de nuevo desde la luz a la oscuridad. Nada es más misterioso que las proporciones en que ambos elementos están distribuidos en diferentes cantidades. Algunos disfrutan la alegría del esfuerzo exitoso casi todos los días, y saben poco o nada de la enfermedad, el desamparo o la derrota. Otros parecen haber sido marca-

dos por el sufrimiento, como si fuera parte de ellos mismos. Durante toda su vida son «ejercitados en el quebranto»; casi siempre están de luto, porque a menudo la muerte está golpeando a su puerta para reclamar sus seres queridos. Su propia salud es precaria; y casi cualquier sueño de conquista elevada y firme que puedan albergar, ellos saben que cuando la excitación mengüe, no tienen la fuerza física para llevar a cabo su visión.

Si tú eres hombre afortunado, que apenas conoces los quebrantos de salud y te alegras en tu trabajo, cuyo resultado ves día a día más grande y más imponente detrás de ti. Si vas y

estás de pie al lado de la cama de un inválido tendido con enfermedad incurable, puedes reconocer allí una mente más capaz que la tuya, un corazón tan dispuesto como el tuyo para el amor y la alegría; pero una cadena invisible se enrolla alrededor de los miembros y los oprime; y, aunque el martirio pueda mantenerse durante diez o veinte años, esa figura nunca se levantará de allí con su propia fuerza.

¿Qué piensa tu filosofía de semejante visión? Con todo, es sólo un caso extremo de lo que está ocurriendo en mil formas. Los hijos del dolor son numerosos, y ningún hombre sabe cuán pronto su propia vida de trabajo puede cambiarse en una vida de sufrimiento. En cualquier momento un rayo puede caer desde el cielo y alterarlo todo. Una nube, no más grande que la mano de un hombre, puede crecer y extenderse hasta que cubre el cielo con ropajes de oscuridad de horizonte a horizonte. Y, aun cuando tal horrible calamidad no sobrevenga, el tiempo trae a todos su propia porción de sufrimiento.

*No hay rebaño, por más cuidado,
que no tenga su cordero muerto;
no hay hogar, por más defendido,
donde no haya una silla vacía.*

El sufrimiento, entonces, no es un elemento de la vida que pueda ser ignorado. Si necesitamos de alguien que nos muestre cómo trabajar, en no menor medida necesitamos a alguien que nos enseñe cómo sufrir. Y aquí, de nuevo, el Hijo del Hombre no nos decepciona. Junto con ser él el gran

Capitán del trabajo, que convoca al joven y al vigoroso a atreverse y a conquistar, es también el Amigo del que sufre, en torno al cual se reúne el débil, el defraudado y el agonizante. Cuando en la cruz él clamó: «Consumado es», no sólo se estaba refiriendo a la obra de su vida exitosamente cumplida, sino también a la copa de sufrimiento bebida hasta la última gota.

II

1. Jesús padeció lo que podemos llamar las privaciones comunes de la humanidad. Él nació en un establo y fue puesto en un pesebre, así desde el principio mismo de su carrera dio un paso en el hemisferio oscuro del sufrimiento. Poco sabemos de su condición social: no podemos decir si en casa de María la sombra de pobreza o infelicidad lo envolvió mucho o poco en sus redes. Sin embargo, sabemos más tarde, de su propia boca, que «las zorras tenían cuevas y las aves del cielo tenían nidos, pero el Hijo del Hombre no tenía dónde recostar su cabeza». No es frecuente que un hijo de los hombres sea reducido a una condición tan inferior, al punto de envidiar el cubil de las bestias y el nido de los pájaros.

Como una regla, al aproximarse la muerte, cuando se deshace la habitación del alma, esto viene siempre acompañado de mayor o menor sufrimiento. Sin embargo, el sufrimiento físico de Jesús al final fue extremo. Sólo basta recordar el sudor sangriento del Getsemaní; de los azotes, cuando su cuerpo, curvado ante un pequeño poste, fue golpeado con

toda la fuerza de los crueles soldados; la introducción de la corona de espinas en su cabeza; de las complicadas torturas de la crucifixión. Es posible que no nos sea dado afirmar que nadie alguna vez sufrió tanta agonía física como él, pero esto es al menos probable; porque la singularidad de su organismo físico con toda probabilidad lo hizo mucho más sensible que otros al dolor.

2. Él padeció intensamente por el hecho de poder anticipar el mal que vendría. Cuando una gran pena o dolor viene de repente, la persona queda a veces tan perturbada que eso actúa como una especie de sedante, y todo pasa incluso antes que el afectado pueda comprender lo que está sucediendo. Pero saber que estamos en las garras de una enfermedad que tal vez en seis meses se transformará en una agonía intolerable antes de irse, llena la mente con un horror anticipado que es incluso peor que la realidad cuando viene. Jesús conocía de antemano sus sufrimientos y los predijo a sus discípulos; y estas comunicaciones se tornaron más y más vívidas y minuciosas mes a mes, como si ellas estuvieran tomando un asidero más fuerte en Su imaginación. Este horror anticipado que vendría culminó en Getsemaní; el pavor de lo que estaba por venir provocó en su mente tanta perturbación, tal espanto y agonía, que el sudor brotó como grandes gotas de sangre de Su rostro.

3. Él padeció por sentir que estaba causando sufrimiento a los otros. Las personas abnegadas, sin egoísmo, se sienten más intensamente heridas por su propia debilidad o infelicidad,

al ver que justamente aquellos a quienes les gustaría hacer felices fueron hechos miserables a través de su relación con ellos. ¡Cuán repugnante debe haber sido para el niño Jesús la historia de los bebés de Belén, a quienes la espada de Herodes golpeó con violencia cuando estaban buscándolo a él! O, si su madre le ocultó tal hecho, él debe haber sabido por lo menos cómo ella y José tuvieron que huir con él a Egipto para escapar de la envidia de Herodes.

Cuando su vida se acercaba a su fin, este sentimiento de que el relacionamiento con su persona sería fatal para sus amigos se acrecentó cada vez más en su mente. Cuando fue arrestado, él intentó evitar que los Doce tuviesen su mismo destino, suplicando a sus captores: «Dejen ir a éstos». Pues él sabía de antemano, muy claramente, que el mundo que lo odiaba a él también los odiaría a ellos, y dijo que vendría el tiempo cuando cualquiera que los matasen pensarían que estaban rindiendo servicio a Dios. Fue necesario que él viese la espada atravesando el corazón de su madre cuando ella lo contemplaba muriendo de una muerte aún más vergonzosa que para nosotros es la muerte en la horca.

4. El elemento de la vergüenza fue durante todo el tiempo uno de los principales ingredientes en su copa de aflicción. Para una mente sensible no hay nada más intolerable; es lejos más duro de soportar que el dolor físico. Jesús pasó por ella en casi todas sus formas, siendo perseguido por la misma toda su vida. Él fue afrentado por la humildad de su nacimiento.

Los sacerdotes de alta cuna y los rabinos educados se burlaban del hijo del carpintero que jamás estudió, y los ricos fariseos lo ridiculizaban. Fue tildado una y otra vez de loco. Evidentemente éste fue el pensamiento de Pilato acerca de él; y cuando él apareció delante de Herodes, el licencioso monarca y sus hombres de guerra lo juzgaron como si fuera «un don nadie».

Los soldados romanos adoptaron una actitud de burla salvaje hacia él durante todo su juicio y crucifixión, tratándolo de la forma como los niños atormentan a uno que es débil de mente. Le escupieron en el rostro, le vendaron los ojos, y entonces, golpeándolo con violencia, preguntaban: «¡Profetiza quién te golpeó!». Hicieron de él un rey del escarnio, con la capa de desecho de un soldado por manto, una caña por cetro, y las espigas por corona. Tales ultrajes hicieron, sin duda, hervir de ira su mente divina. Él oyó que Barrabás fue preferido en lugar de Él por la voz de sus propios compatriotas, y fue crucificado entre ladrones, como si fuera

¿Quién puede acercarse a esa figura postrada bajo los olivos en el jardín, o escuchar esa voz resonando desde la cruz, sin sentir que hay un dolor allí cuyas profundidades no podemos sondear?

el peor de los peores. Una granizada de burlas siguió cayendo sobre él en sus horas de agonía. Los transeúntes le dirigían muecas burlescas, agregando con sus labios los insultos más viles; e incluso los ladrones que fueron crucificados con él le lanzaban injurias en su rostro.

Aquel que tenía plena conciencia de su poder irresistible, tuvo entonces que someterse a ser tratado como el más débil de los débiles, y él que era la Sabiduría del Altísimo tuvo que someterse a ser usado como si fuera menos que un hombre.

5. Para Jesús lo que más lo hirió, siendo el Santo de Dios, fue ser considerado y tratado como el mayor de los pecadores. Para aquel que ama a Dios y la bondad no puede haber nada tan odioso como ser considerado sospechoso de hipocresía y de estar perpetrando crímenes contrarios a su vocación pública. Con todo, fue justamente esa la acusación hecha contra Jesús. Se le acusaba de estar en colusión con los poderes del mal y expulsar demonios por Belcebú, el príncipe de los demonios. Él, para quien el nombre de Dios era como unguento derramado, fue acusado de blasfemo y transgresor del día de reposo.

Aun sus mejores hechos fueron malinterpretados; y por ir a buscar a los perdidos allí donde ellos podían ser hallados, tuvo que soportar ser llamado glotón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores. Al reclamar ser el Mesías, la mayoría de las clases le tomó por un farsante inescrupuloso; las autoridades, tanto religiosas como seculares, lo decidie-

ron así en tribunal solemne. Incluso sus propios discípulos al final lo desampararon; uno de ellos lo traicionó; y el principal de ellos maldijo y juró que no lo conocía. Cuando él murió, probablemente no había ni un solo ser humano que creyese que él era lo que decía ser.

6. Si para el alma santa de Jesús era doloroso ser considerado culpable de pecados que él no había cometido, todavía debe haber sido más doloroso sentir que estaba siendo empujado al pecado mismo. Este intento fue hecho a menudo. Satanás lo intentó en el desierto, y, aunque sólo esta única tentación suya sea dada en detalles, sin ninguna duda él volvió a menudo al ataque. Hombres malvados intentaron lo mismo: ellos recurrieron a toda clase de artimaña para hacerlo perder su temple y hablar imprudentemente con sus labios. «Ellos empezaron a estrecharle en gran manera, y a provocarle que hablase de muchas cosas; acechándole, y procurando cazar alguna palabra de su boca para acusarle».

Aun sus amigos, que no entendían el plan para Su vida, intentaron hacerlo desviarse del curso prescrito para él por la voluntad de Dios – y esto tantas veces que Jesús cierta vez tuvo que reprender a uno de ellos como si fuera la tentación personificada, diciéndole: «¡Apártate de mí, Satanás!».

Nada podría mostrar más claramente que tal expresión, tan diferente de aquel que la profirió, cuán agudamente él sentía el propósito de la tentación, y el horror que se despertaba en él ante la posibilidad de transgredir la voluntad de Dios, aun-

que fuese por el grosor de un delgado cabello.

7. Aunque la proximidad del pecado despertaba tal aborrecimiento en su alma santa, y ese toque fue para él como el toque del fuego sobre la carne delicada, fue todavía llevado a un contacto más íntimo con el mismo, resultando en el más profundo sufrimiento. El pecado hizo sentir su pestilente presencia sobre él de muchas maneras. Él, que no podía tolerar la visión de nada impuro, fue obligado a contemplarlo en sus peores formas bien cerca de sus propios ojos. Su propia presencia en el mundo lo hizo manifestarse, pues la bondad perturba el mal que yace en el fondo de los corazones malvados. La santidad de la Persona con quien ellos tenían que tratar, intensificó la virulencia de fariseos y saduceos, y los crímenes de Pilato y Judas. ¡Qué vasto océano compuesto de todas las más viles pasiones de la naturaleza humana él contempló cuando, colgando de la cruz, sus ojos se posaron sobre las caras trastornadas de la multitud! Era como si todo el pecado de la raza humana estuviera cayendo sobre él, y Jesús sintió como si él mismo fuese totalmente hecho pecado.

En una gran familia de malhechores, donde el padre y la madre son borrachos, los hijos están en la cárcel, y las hijas viven empapadas en vergüenza, puede haber uno, una hija, pura, sensata, sensible, que vive en la casa del pecado como un lirio entre los espinos. Y ella hace de todo el pecado de la familia el suyo propio. A los otros miembros no les preocupa; la vergüenza de su pecado no repre-

senta nada para ellos; es el comentario del pueblo, pero a ellos les tiene sin cuidado. Sólo en el corazón de aquella hija los crímenes cometidos y su desgracia se reúnen como un haz de lanzas, rompiendo y mutilando. El único miembro inocente de la familia soporta la culpa de todo el resto. Ella incluso esconde la crueldad de ellos hacia ella, como si toda la vergüenza de eso fuese ella misma. Tal posición fue la que Cristo tuvo en la familia humana. Él entró en ella voluntariamente, viniendo a ser hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne. Él se identificó con ella. Él fue el centro sensible de todo. Él reunió dentro de su corazón la vergüenza y la culpa de todo el pecado que observó. Los criminales no sintieron nada, pero él lo sintió. Eso lo aplastó; rompió su corazón; y él murió bajo el peso del pecado de otros, que él hizo suyos.

Intentamos concentrar nuestros pensamientos en el misterio de Getsemaní y en el terrible clamor del Gólgota: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*». Pero esto continúa siendo un misterio. ¿Quién puede acercarse a esa figura postrada bajo los olivos en el jardín, o escuchar esa voz resonando desde la cruz, sin sentir que hay un dolor allí cuyas profundidades no podemos sondear? Nos aproximamos cuanto podemos, pero algo nos dice: «Hasta aquí puedes llegar, pero no más». Sólo sabemos que era el pecado que lo estaba aplastando. «Al que no conoció pecado, por nosotros fue hecho pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él».

III

Los resultados de los sufrimientos de Cristo son el tema principal del Evangelio; pero aquí diremos sólo algunas palabras al respecto.

1. La Epístola a los Hebreos dice que «...*habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación...*» y, de nuevo, que «...*por lo que padeció aprendió la obediencia*».

Éstas son declaraciones misteriosas. ¿Era él imperfecto para necesitar ser hecho perfecto? ¿O desobediente, para que le fuese requerido aprender la obediencia? Ciertamente, esto no puede significar que la tilde más pequeña estuviera faltando para completar Su carácter en cualquier sentido. No, sino que, simplemente, por ser él un hombre, con una historia humana y un desarrollo humano, tenía que ascender, por así decirlo, un peldaño de obediencia y perfección, y, aunque cada paso fue superado en su propio y preciso momento, y él emergió de allí perfecto, todavía cada nuevo paso requería un nuevo esfuerzo y, cuando venció, lo trajo a una fase más elevada de perfección y a un círculo más amplio de obediencia. Nosotros vemos el progreso de este esfuerzo con gran claridad en Getsemaní, donde en la primera crisis de sufrimiento él dice: «Padre, si es posible, pase de mí esta copa»; pero al final puede decir con profunda serenidad: «Padre, si esta copa no puede pasar de mí sin beberla, sea hecha tu voluntad».

Esta fue la perfección que él alcanzó a través del sufrimiento. Fue la completa comprensión de la voluntad de Dios y la absoluta armonía

con ella. Esta es también nuestra perfección; y el sufrimiento es el gran medio de producirla. Muchos de nosotros jamás habríamos pensado en la voluntad de Dios a menos que primero la hubiéramos sentido como una violenta contradicción de nuestra propia voluntad. Nos maravillamos con ella, y nos rebelamos ante ella; pero, cuando aprendimos, como Jesús, a decir, «No se haga mi voluntad, sino la tuya», descubrimos que éste es el secreto de la vida, y la paz que sobrepasa todo entendimiento entra en nuestra alma. O, al menos, hemos visto el proceso en otros.

Me atrevo a decir que para algunos de nosotros el más precioso de todos los recuerdos es el de uno de los hijos o hijas de la aflicción hechos hermosos por la sumisión a la voluntad de Dios. Tal vez haya habido un conflicto antes, pero éste terminó; y la voluntad de Dios fue aceptada, no sólo con sumisión, sino con un gozo santo que glorifica el ser entero. Y, cuando observamos el rostro puro y paciente sobre la almohada, sentimos que estamos ante alguien que alcanzó la victoria a través de la rendición, y confesamos que nuestra propia vida, con toda su tormenta y tensión de actividad, puede ser mucho menos valiosa, tanto para Dios como para el hombre, que la de éste que yace amarrado e inmóvil. *«También sirven los que sólo quedan quietos y esperan.»*

2. El apóstol Pablo, en uno de los pasajes más confidenciales de sus escritos, nos habla de una lección que

aprendió a través del sufrimiento. Dice: *«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios»* (2ª Cor.1:3-4). Él se alegraba de haber sufrido, porque así había aprendido a tratar con los que están atribulados. ¡Cuán semejante a su gran corazón era ese sentimiento! Y él es profundamente verdadero. El sufrimiento da el poder de alentar. En verdad, no existe ninguna otra manera de lograrlo.

Para aquel que pasa por aflicción profunda, hay una total diferencia entre las palabras de alguien cuyo corazón se mantiene intacto y que nunca pasó por el mismo fuego, y la tierna comprensión y la simpatía de aquellos que han sufrido personalmente. Por consiguiente, aquellos que están en el horno del desamparo o el dolor deben aceptar para sí mismos la sugerencia inspiradora: Quizás sea éste mi aprendizaje para el sagrado oficio de consolador. Fue de esta forma que Jesús aprendió ese arte; y los probados y tentados de todas las generaciones se acercan a él con toda confianza que nace de saber cómo él exploró personalmente todas las dimensiones de este tipo de experiencia. *«Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado».*

3. Los resultados de los padeci-

mientos de Cristo entran aún más profundamente en su obra como Salvador. Él los vio anticipadamente y habló a menudo sobre ellos: «*De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto ... Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo ... Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*».

Cuando él murió, su causa parecía estar perdida. No quedó ninguno de sus seguidores. Pero, cuando este eclipse hubo terminado y él emergió de la tumba, sus seguidores despertaron para descubrir que poseían en él cien veces más cosas de lo que antes tenían conciencia; y la nueva gloria en la cual él brilló era aquella del Salvador sufriente.

En cada época sus sufrimientos atraen a él los corazones de los hombres; porque ellos prueban la magnitud ilimitada de su amor, su absoluta generosidad, y su lealtad a la verdad y a sus principios aun hasta la muerte. Así ellos tienen poder para con los hombres. Pero también tienen poder para con Dios. «*Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo*». Porque él murió, nosotros no necesitamos morir. Dios ha puesto en Sus manos el perdón de pecados para darlo como un don gratuito a todos los que lo reciban. Porque él se humilló a sí mismo, Dios lo exaltó hasta lo sumo. Él ahora está sentado a la diestra de la Majestad, como Príncipe y Salvador, y tiene en su cinto las llaves de la muerte y del Hades.

Tomado del libro Imago Christi.

* * *

En medio de las pruebas

Algunas personas cultivan la equivocada idea de que el convertirnos a Cristo significará un seguro de protección contra las tormentas personales de la vida. La letra de numerosos himnos echa por tierra semejante mito. Muchos de nuestros himnos favoritos y canciones espirituales fueron compuestos en momentos en que sus autores soportaban severas pruebas.

Podríamos anotar numerosas amonestaciones. Charlotte Elliot escribió "Tal como soy" cuando era una inválida. Frances Ridley Havergal, autor de "Toma mi Vida" y de muchos otros himnos, sufría de mala salud. Fanny Crosby era ciega y, sin embargo, de en medio de sus sufrimientos surgieron himnos tan hermosos como "Salvo en los fuertes brazos". El himno "Dios obra por senderos misteriosos" fue compuesto por el poeta William Cowper en momentos de una tremenda angustia mental.

Billy Graham, en Hasta el Armagedón

CITAS ESCOGIDAS

Sea que lo queramos o no, Dios se propone darnos lo que necesitamos, no lo que creemos necesitar.

C. S. Lewis

El problema con la vida cristiana es que es tan cotidiana.

Anónimo

Con Dios, lo menos es más.

Joni Eareckson

Muéstrame un gusano que pueda comprender al hombre y te mostraré un hombre que puede comprender a Dios.

John Wesley

Es mucho más fácil orar por las necesidades de un pobre amigo para que sean suplidas, que suplirlas.

A. W. Tozer

La oración es la práctica de recurrir a la gracia de Dios.

Oswald Chambers

Cuando bendecimos a Dios por sus misericordias, éstas se prolongan, y si lo hacemos por las aflicciones, dichas aflicciones, generalmente, terminan.

C. H. Spurgeon

Nuestro mayor problema es “traficar” con verdades no vividas.

Dwight L. Moody

La falta de amor es la mayor pobreza.

Teresa de Calcuta

Sólo hay dos clases de personas coherentes: los que gozan de Dios porque creen en él y los que sufren porque no le poseen.

Blas Pascal

Yo acostumbraba pedirle a Dios que me ayudara. Luego le pedí para que yo pudiera ayudarle a Él. Finalicé pidiéndole que Él hiciera su obra a través de mí.

James Hudson Taylor

La asombrosa historia de un hombre que lo dejó todo por Cristo.



El joven rico que se hizo pobre

Semblanza de Charles T. Studd

Charles T. Studd nació en el seno de una aristocrática familia inglesa en el año 1860. Su padre, Edward, era un entusiasta deportista, hasta que se convirtió a Cristo en una campaña del predicador norteamericano D. L. Moody. Desde entonces sus intereses cambiaron completamente, y se hizo un fervoroso testigo de Cristo entre sus amigos y conocidos. Intentó por todos los medios de que sus tres hijos, conocidos jugadores de críquet, se entregaran a Cristo también, pero ellos le rehuían.

Conversión y primeros pasos

Sin embargo, no pudieron escapar de la mano de Dios, que utilizó a un

amigo de su padre para conducirlos al Señor. Fue así como recibieron a Cristo el mismo día, aunque separadamente, sin que ninguno supiese de la conversión del otro.

Charles lo relata así: «Cuando estaba por salir a jugar críquet, el Sr. W. me tomó desprevenido y preguntó: «¿Eres cristiano?», yo contesté: «No soy lo que usted llama cristiano, pero he creído en Jesucristo desde que era pequeño, y por supuesto, creo en la Iglesia también». Pensé que al contestar tan de cerca lo que me pedía me libraría de él, pero se me pegó como un lacre, y dijo: «Mira, de tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se

pierda, mas tenga vida eterna.

¿Crees que Jesucristo murió?». «Sí».

«¿Crees que murió por ti?», «Sí».

«¿Crees la otra mitad del versículo: 'mas tenga vida eterna'?». «No», dije, «no creo eso». Pero él agregó: «¿No ves que tu afirmación contradice a Dios? O tú o Dios no están diciendo la verdad, pues se contradicen mutuamente. ¿Cuál es la verdad? ¿Crees que Dios miente?».

«No», dije. «Pues bien, ¿no te contradices creyendo sólo la mitad del versículo y no la otra?». «Supongo que sí». «Bueno», agregó, «¿vas a ser siempre contradictorio?». «No, supongo que no siempre». Entonces preguntó: «¿Quieres ser consistente ahora?». Vi que me había arrinconado y empecé a pensar: Si salgo de esta pieza acusado de voluble, no conservaré mucho de mi dignidad, de manera que dije: «Sí, seré consecuente». «Bueno, ¿no ves que la vida eterna es una dádiva? Cuando alguien te da un regalo para Navidad, ¿qué haces?». «Lo tomo y le doy gracias». Dijo: «¿Quieres dar gracias a Dios por este regalo?». Entonces me arrodillé, di gracias a Dios, y en ese mismo instante Su gozo y paz llenaron mi alma. Supe entonces lo que significaba «nacer de nuevo», y la Biblia, que me había resultado tan árida antes, vino a ser todo para mí.

Los hermanos Studd obtenían muchos logros deportivos, y al mismo tiempo testificaban con firmeza de su fe en el Señor Jesucristo. La única excepción era Charles. «*En lugar de ir a contar a otros del amor de Cristo, fui egoísta y mantuve ese conoci-*

Tres meses más tarde, sus propias madres no les hubieran reconocido. De oficiales y universitarios se transformaron en chinos, con trenzas, vestidos largos y túnicas de mangas largas.

miento para mí mismo. La consecuencia fue que mi amor empezó a enfriarse y el amor del mundo empezó a entrar. Pasé seis años en ese triste estado».

Mientras él cobraba fama en el mundo del críquet, dos cristianas ancianas empezaron a orar para que fuera traído de vuelta a Dios. La respuesta vino repentinamente. Uno de sus hermanos, George, enfermó gravemente. Charles estuvo continuamente a su cabecera, y mientras estaba allí, estos pensamientos vinieron a su mente: «¿De qué valen la fama y los halagos? ¿De qué vale poseer todas las riquezas del mundo cuando uno está frente a la eternidad?». Una voz parecía contestarle: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad».

Apenas tuvo oportunidad, fue a oír a D. L. Moody, que visitaba Inglaterra otra vez, y allí se reencontró con el Señor, volviéndole el gozo de su salvación. Comenzó a leer la Biblia, y a evangelizar a sus amigos, llevándolos a escuchar al famoso evangelista. Conoció también el gozo mayor, de conducir a otros a los pies del Señor.

Pronto debió enfrentar el dilema de qué haría con su vida. Intentó dedicarse a estudiar Derecho, pero sus inquietudes espirituales se lo impidieron. Leyó la Biblia, y buscó con ahínco toda bendición espiritual. Así, recibió la promesa del Espíritu Santo, y de la paz que excede todo entendimiento. Cayó a sus manos el libro «El secreto de una vida cristiana feliz», y se entregó enteramente al Señor, inspirado en los versos del conocido himno de Francis R. Havergal: «*Que mi vida entera esté/ consagrada a ti, Señor*». Comprendió que su vida había de ser una vida de fe, sencilla, infantil, y que su parte era la de confiar en Dios, no la de hacer. Dios obraría en él para hacer Su buena voluntad.

Misionero a la China

Por este tiempo, Charles se sintió guiado por el Señor para ir como misionero a China. Al escuchar a Mr. McCarthy, de la Misión al Interior de la China, en su despedida para viajar a ese país, su corazón ardió de entusiasmo. Mientras buscaba la voluntad de Dios, percibió que la única cosa que lo podría detener era el amor por su madre. Pero leyó el pasaje: «El que ama padre o madre más que a mí, no es digno de mí», el cual dispuso sus dudas.

Sin embargo, surgió una tenaz oposición de toda la familia. Incluso les pidieron a obreros cristianos que intentaran disuadirle. Una noche de grandes conflictos, recibió esta palabra del Señor: «Pídemelo, y te daré por herencia las naciones, y por posesión tuya los términos de la tierra»

(Salmo 2:8). Supo que era la voz de Dios. Muchos dijeron que estaba cometiendo un error muy grande al ir a «enterrarse» en el interior de la China. Pero nada pudo torcer el curso que Dios había trazado para su vida.

Otra noche de gran agonía espiritual, estaba de pie en el andén de una estación, debajo de la luz titilante de una lámpara, y, desesperado, pidió a Dios que le diera un mensaje. Sacó su Nuevo Testamento, lo abrió y leyó: «Los enemigos del hombre serán los de su casa». Desde ese instante jamás miró hacia atrás.

Habiendo hecho la decisión, Charles tuvo una entrevista con Hudson Taylor, Director de la Misión al Interior de la China, y fue aceptado como miembro.

Las consecuencias fueron imprevisibles. Su decisión causó un gran revuelo en la sociedad inglesa de la época, debido a que era muy conocido. Otros seis conocidos jóvenes deportistas y militares, entre ellos Stanley Smith, se unieron a él en esta misión. Llegaron a ser conocidos como «los siete de Cambridge». Tanta notoriedad alcanzó este asunto, que incluso la reina Victoria pidió ser informada sobre ellos.

Charles Studd y Stanley Smith fueron invitados a dar su testimonio a los estudiantes de la Universidad de Edimburgo. A la hora señalada, el salón estaba abarrotado. Fueron recibidos con grandes aplausos. A los jóvenes les impresionaba que la 'religión' no sólo fuera asunto de viejos *poco viriles*, sino que hubiese alcanzado a deportistas

exitosos. Durante las charlas, una y otra vez los candidatos a misioneros fueron aplaudidos. Al final de la reunión, muchos se acercaron para oír más de Cristo. Así comenzó un gran movimiento de fe entre los jóvenes universitarios.

Posteriormente tuvieron que volver otra vez a Cambridge, donde se reunieron con más de dos mil estudiantes para escucharles. Algo similar ocurrió en otras de las grandes ciudades. Los jóvenes conferencistas estaban tan ansiosos por la responsabilidad que recaía sobre ellos, que a veces pasaban toda la noche orando. Cierta vez, su huésped les dijo a la mañana: «¡Oh, no debían incomodarse en hacer las camas!», sin imaginar que esas camas nunca habían sido deshechas.

En Leicester se encontraron con el famoso predicador y escritor F. B. Meyer, el cual fue grandemente impactado por el testimonio de los jóvenes. Una mañana muy temprano, Meyer descubrió que había luz en el dormitorio de ellos, por lo cual le dijo a Studd: «Ha madrugado usted». «Sí», respondió él, «me levanté a las cuatro de la mañana. Cristo siempre sabe cuando he dormido bastante y me despierta para disfrutar de un buen tiempo con él».

Meyer le preguntó: «¿Qué ha estado haciendo todo este rato?». «Usted sabe, el Señor dice: 'Si me amáis, guardad mis mandamientos', así que estaba leyendo todos los mandamientos del Señor que pude hallar y marcando los que he guardado, porque en verdad le amo». «Bien», dijo, y volvió a preguntar: «¿Cómo puedo

ser semejante a usted?». Studd contestó: «¿Se ha entregado a Cristo, para que Cristo lo colme?». «Sí», dijo él, «lo he hecho de un modo general, pero no sé que lo haya hecho de manera particular». Studd respondió: «debe hacerlo de una manera particular también». Esa misma noche F. B. Meyer hizo una entrega específica y total a Cristo.

Las tres grandes reuniones de despedida para los siete jóvenes misioneros fueron arregladas por la Misión en Cambridge, Oxford y Londres. Ninguna descripción puede dar una idea adecuada del carácter extraordinario de estas reuniones. Por primera vez la sociedad londinense contemplaba un grupo de jóvenes selectos ofrendarse incondicionalmente al Maestro para su obra muy lejos de allí.

Partieron para China en febrero de 1885, cuando Charles tenía 25 años. Tres meses más tarde, sus propias madres no les hubieran reconocido. De oficiales y universitarios se transformaron en chinos, con trenzas, vestidos largos y túnicas de mangas largas, todo completo, pues de acuerdo con los principios de la Misión, creían que la única manera de alcanzar a los chinos del interior era haciéndose uno de ellos.

Con no poco humor, Charles cuenta la dificultad que tuvo cuando quiso conseguir zapatos para su medida, pues sus pies eran excesivamente grandes. «El primer zapatero que se hizo venir dijo que nunca había hecho un par como yo quería y huyó de la casa, rehusando terminantemente a emprender una

obra tan grande. Se consiguió otro; y cuando los trajo, dijo que había hechos muchos pares de zapatos durante su vida, pero que jamás había hecho un par como éstos. Mis pies causan mucha gracia a la gente; en las calles, a menudo, los chinos los señalan y se ríen de buena gana».

Contrariamente a lo que podía esperarse de un joven acostumbrado a la comodidad, Charles se adaptó muy bien a las sencillas costumbres del pueblo chino. «¿Dónde están las penalidades chinas?» –decía– «No las podemos hallar; son un mito. Esta es realmente la mejor vida, sana y buena: bastante para comer y beber, saludables camas duras, y hermoso aire fresco. ¿Qué más puede desear un hombre?». Sobre sus ejercicios espirituales decía: «El Señor es muy bueno y todas las mañanas me da una gran dosis de champaña espiritual que me tonifica para el día y la noche. Últimamente he tenido unos tiempos realmente gloriosos – escribía en febrero de 1886 –. Generalmente me despierto a eso de las 3.30 y me siento bien despejado; así, tengo un buen rato de lectura, etc., luego, antes de comenzar las tareas del día, vuelvo a dormir por una hora. Hallo que lo que leo entonces queda estampado indeleblemente en mi mente durante todo el día; es la hora más quieta; ningún movimiento ni ruido se oye, sólo Dios. Si pierdo esta hora me siento como Sansón rapado y perdiendo así su fuerza. Cada día veo mejor cuánto más tengo que aprender del Señor».

Entregando todo

Cuando Charles cumplió los 25 años de edad recibió en herencia de su padre más de 29.000 libras esterlinas. A la sazón él se encontraba en China. Decidió ser fiel a la Palabra, y dar ese dinero al Señor. Cuando acudió al Cónsul inglés para validar el poder que le permitiría hacerlo, éste se negó, por considerar disparatada la decisión. Le pidió que se tomara 15 días para pensarlo. Al cabo de ese tiempo, Charles volvió para firmar los documentos respectivos. Despachó 4 cheques de 5.000 libras cada uno, y cinco de 1.000, dejando una reserva de 4.000 para cubrir posibles errores. Los beneficiados con las 5.000 libras fueron D. L. Moody y su Instituto Bíblico en Chicago, George Müller, con sus Hogares para Huérfanos, de Bristol, Jorge Holland, que tenía un ministerio entre los pobres en Londres, y el Comisionado Booth Tucker, del Ejército de Salvación en la India. Otras cinco personas recibieron los cheques por 1.000 libras cada uno, entre ellos el general William Booth, del Ejército de Salvación. Poco después, cuando fue informado de que la herencia era aún mayor, agregó donaciones a la Misión al Interior de la China.

Poco antes de su matrimonio, entregó el dinero restante a su novia. Pero ella, para no ser menos, le dijo: «Charles, ¿qué dijo el Señor al joven rico?». «Vende todo». «Bueno, entonces empezaremos bien con el Señor en nuestro matrimonio». Y luego escribieron al general Booth para donarle las últimas 3.400 libras esterlinas que les quedaban.

Tan sólo la eternidad revelará cuántos fueron despertados a seguir el verdadero camino del discipulado por el ejemplo de este «joven rico» del siglo XIX que dejó todo y le siguió. En la biografía de Studd, publicada por su yerno Norman P. Grubb, hay un testimonio muy elocuente: una foto de la «Tedworth House», el hogar de Studd en su juventud, que era una fastuosa mansión en medio de la campiña inglesa, y en un recuadro de la misma, aparece un boceto de la miserable cabaña de Studd en África al final de su vida. Bien podría titularse: «Del palacio a la choza». ¡Un enorme testimonio sin palabras!

Una ayuda idónea

Priscilla Livingstone Stewart llegó a China en 1887, como parte de un equipo de obreros nuevos del Ejército de Salvación. Era irlandesa, de hermosos ojos azules y cabello rubio. Hacía sólo un año y medio que se había convertido, en forma milagrosa. Una noche en que había estado en una fiesta hasta la madrugada, tuvo un sueño que la habría de intranquilizar durante tres meses. Soñó que estaba jugando tenis, cuando súbitamente se vio rodeada de una multitud de personas. De pronto, se levantó entre esa multitud una Persona. Ella exclamó: «¡Pero si es el Hijo de Dios!». Entonces él, señalándola a ella, dijo: «Apártate de mí, pues nunca te conocí». La muchedumbre se disolvió, y quedó ella sola con sus amigos, que la miraban horrorizados. Después de resistir al Señor por tres meses, se rindió,

cuando vio al Señor decirle: «Por mi llaga fuiste curada».

Desde ese día decidió que Jesús sería su Señor y su Dios. Poco después, mientras buscaba dirección para su vida, abrió la Biblia y vio, al margen del libro, escrito en letras de luz: «China, India, África». Estas palabras proféticas habrían de cumplirse literalmente.

Priscilla y Charles se conocieron en Shangai, mientras éste desarrollaba reuniones para los marineros ingleses. Junto a otros misioneros, Priscilla colaboraba allí con mucho fervor. Las reuniones eran bastante informales, pero llenas de gozo. Un episodio de esas reuniones refleja muy bien el carácter de Charles. Habían recibido algunos testimonios, y querían expresar su gozo a través del canto. Charles pidió a la concurrencia que cantasen de pie el himno «Estad por Cristo firmes», pero al darse cuenta que ya estaban de pie, dijo: «¡Vamos, esto no es suficiente, debemos hacer algo más para Jesús: Paraos sobre vuestras sillas para Jesús!». Los marineros saltaron con agilidad sobre sus sillas y, con una amplia sonrisa dibujada en sus rostros, cantaron como nadie había cantado jamás ese himno.

A pesar de que debieron separarse por algún tiempo a causa de la obra, Charles y Priscilla se escribieron, y él le propuso matrimonio después de buscar al Señor intensamente. «No te ofrezco una vida fácil y cómoda -le escribía-, sino una vida de trabajo y dureza; realmente, si no te conociera como una mujer de Dios, ni soñaría en pedirte en matri-

monio. Lo hago para que seas camarada en Su ejército, para vivir una vida de fe en Dios, recordando que aquí no tenemos ciudad permanente, sólo un hogar eterno en la casa del Padre. Tal será la vida que te ofrezco. El Señor te dirija». En otra carta le abre su corazón de manera muy hermosa: «Te amo por amor a Jesús, te amo por tu celo hacia él, te amo por tu fe en él, te amo por tu amor a las almas, te amo por tu amor a mí, te amo por ti misma, te amo por siempre jamás. Te amo porque Jesús te ha usado para bendecirme y encender mi alma. Te amo porque siempre serás un atizador calentado al rojo que me haga correr más ligero. Señor Jesús, ¿cómo puedo jamás agradecerte por una dádiva semejante?».

Hubo un doble matrimonio: el religioso fue oficiado por el conocido evangelista chino Shi, y el civil, ante el cónsul británico. Al final de la ceremonia, ambos se arrodillaron e hicieron una solemne promesa ante Dios: «Jamás nos estorbaremos uno al otro de servirte a Ti». Fue una «boda de peregrinos», sin traje de bodas, con ropa china común, de algodón.

«No te ofrezco una vida fácil y cómoda, sino una vida de trabajo y dureza; realmente, si no te conociera como una mujer de Dios, ni soñaría en pedirte en matrimonio».

Comprobando la fidelidad de Dios

La joven pareja fue directamente de su boda a iniciar una obra hacia el interior de China, en la ciudad de Lungang-Fu. Cierta vez Studd predicó sobre el versículo «Puede salvar hasta lo sumo» (Heb. 7:25, Versión Moderna). Después de que la reunión hubo terminado, un chino quedó solo al fondo del salón. Cuando Studd se acercó a él, el chino le dijo que el sermón había sido una serie de disparates, y agregó: «Soy un asesino, un adúltero, he quebrantado todas las leyes de Dios y del hombre una y muchas veces. También soy un perdido fumador de opio. No puede salvarme a mí». Studd le expuso las maravillas de Jesús, su evangelio y su poder. El hombre era sincero y fue convertido.

Entonces el hombre dijo: «Debo ir a la ciudad donde he cometido toda esta iniquidad y pecado, y en ese mismo lugar contar las buenas nuevas». Lo hizo. Reunió a multitudes. Fue llevado ante el mandarín y le sentenciaron a dos mil golpes con el bambú, hasta que su espalda fue una masa de carne roja y se le creyó muerto. Fue traído de vuelta por algunos amigos, llevado al hospital y cuidado por manos cristianas, hasta que, al fin, pudo sentarse.

Entonces dijo: «Debo volver otra vez a mi ciudad y predicar el evangelio». Sus amigos cristianos trataron de disuadirle, pero se escapó y empezó a predicar en el mismo lugar. Fue llevado de nuevo ante el tribunal. Tuvieron vergüenza de aplicarle el bambú otra vez, así que le enviaron a la cárcel. Pero la cárcel

tenía pequeñas ventanas y agujeros en la pared. Se reunió el gentío y predicó a través de las ventanas y aberturas, hasta que, hallando las autoridades que predicaba más desde la cárcel que afuera, lo pusieron en libertad, desesperados de no poder doblegar a alguien tan porfiado y fiel.

Gran parte del tiempo, Studd estuvo ocupado en el Refugio para Fumadores de Opio, que abrió para atender a las víctimas de esta droga. Durante los siete años siguientes, unos ochocientos hombres y mujeres pasaron por allí, y algunos de ellos fueron, además de curados, salvados.

La llegada de los hijos significó para el matrimonio una dura prueba: no era posible contar con la asistencia de ningún médico. Buscar uno habría significado estar cinco meses lejos de su casa y abandonar su obra. «¿Por qué no llamar al Dr. Jesús?», se preguntó Priscilla, y así lo hizo. Nacieron cinco hijos, y no hubo problemas.

En China en ese tiempo acostumbraban sacrificar a las niñas recién nacidas, debido a que –pensaban– dan mucho trabajo al criarlas, y su dote cuando se casan no alcanza a cubrir los gastos. Dios dio al matrimonio cuatro hijas, para que diesen ejemplo de cuidado y amor hacia ellas, como si fuesen varones. El nombre chino que ellos dieron a sus hijas daba testimonio de esto: Gracia, Alabanza, Oración y Gozo.

Dios proveyó milagrosamente a las necesidades financieras de la familia. Cierta vez –sus cuatro hijas es-

taban pequeñitas– se quedaron sin provisiones ni dinero. No había esperanza aparente de que llegaran suministros de ninguna fuente humana. El correo llegaba una vez cada quince días. El cartero había salido recién esa tarde y en quince días traería el correo de vuelta. Las cinco pequeñas hijas ya se habían acostado esa noche, así que decidieron tener una noche de oración. Se pusieron de rodillas con ese propósito. Pero después de unos veinte minutos, se levantaron de nuevo. En esos veinte minutos habían dicho a Dios todo lo que tenían que decir. Sus corazones estaban aliviados; no les parecía ni reverente ni de sentido común continuar clamando.

El correo volvió el tiempo establecido. No tardaron en abrir la valija. Dieron una ojeada a las cartas; no había nada. Se miraron el uno al otro. Studd fue a la valija otra vez, la tomó de los ángulos inferiores y la sacudió boca abajo. Salió otra carta, pero la letra les era completamente desconocida. Otro desengaño. La abrió y empezó a leer.

Studd y Priscilla fueron totalmente diferentes después de la lectura de esa carta, y aún toda su vida fue diferente desde entonces. La firma les era totalmente desconocida. He aquí el contenido de la carta: «He recibido, por alguna razón u otra, el mandamiento de Dios de enviarle un cheque de 100 libras esterlinas. Nunca lo he visto, solamente he oído hablar de usted, y eso no hace mucho, pero Dios me ha privado del sueño esta noche con este mandamiento. Por qué me ha ordenado que le envíe

esto, no lo sé. Usted sabrá mejor que yo. De cualquier modo, aquí va y espero que le sea de provecho».

El nombre de ese hombre era Francisco Crossley. Nunca se habían visto ni escrito.

De regreso en Inglaterra

Tras 10 años en China, la familia regresó a Inglaterra, en 1894. Aunque Studd había estado aquejado de varias enfermedades que lo tuvieron al borde de la muerte, no se atrevió a moverse de China sino por clara dirección de Dios. La despedida de sus hermanos y sirvientes fue muy dolorosa. La larga travesía a través de la China con su esposa y sus cuatro pequeñas fue difícil, por cuanto había una gran hostilidad hacia los extranjeros. El pueblo chino, poco instruido, pensaba que todos los extranjeros eran aliados de Japón, que en esa época estaba en guerra con China.

Parte de la travesía la hicieron por el río, en una barcaza. Dondequiera que la embarcación tocaba la ribera, un gentío se reunía para ver a los «diablos extranjeros».

Cierta vez el ambiente se mostraba especialmente amenazante para ellos, pero Dios dispuso su liberación de una manera extraña. La mayor de las niñas hablaba el chino. Así que cuando la gente comenzó a hacerle preguntas: «¿Cuál es tu nombre? ¿Qué edad tienes? ¿Tienes algo que comer?», etc., para sorpresa de ellos, la niña les contestó en su propio idioma. El resultado fue que la turba amenazante se volvió en admiradora. Entonces hicieron arreglos para que grupos sucesivos de chinos se acerca-

ran a comprobar la maravilla: ¡una niña extranjera hablaba su mismo idioma! Cada vez que lo hacían, los chinos se explicaban el asunto de la siguiente manera: «¿Lo ven? Esta niña habla nuestro idioma, porque come nuestra comida».

En Shangai, se embarcaron en un vapor del Lloyd Alemán. Los camareros eran todos músicos, y formaban una banda que todas las tardes tocaba en el salón. Las cuatro niñas se sentaban entonces embelesadas a escuchar música. El tercer día, luego de la sesión diaria, las niñas entraron en el camarote de sus padres, muy excitadas, diciendo: «No podemos comprender a estos misioneros de ninguna manera, pues no hacen más que tocar música y nunca cantan himnos ni oran». ¡En su vida en el interior de la China nunca habían visto un hombre o una mujer blancos que no fueran misioneros!

Llegados a Inglaterra, con dificultad se estuvieron quietos algún tiempo, para recuperarse de su deteriorada salud, pues pronto llegaron las invitaciones a compartir sus experiencias. Cierta vez, Studd fue invitado a dar una charla en un colegio teológico de Gales. En parte de la disertación él dijo: «La verdadera religión es como la viruela: si uno se contagia, le da a otros y se extiende». Su prima y huésped en esa ocasión, Dorotea de Thomas, se escandalizó por la comparación, y de regreso a casa se lo representó. Eso condujo a una larga conversación, pero Dorotea permanecía cerrada a la fe.

De acuerdo a la promesa que

Dorotea le había hecho a su primo, asistió de nuevo a la charla la noche siguiente. Cuando llegaron de vuelta a casa, ella le preparó una taza de cacao, y se la alcanzó. Studd estaba sentado en el sofá y continuó hablando mientras ella tenía la mano estirada. Ella le habló, pero él no le hizo caso. Entonces, como es lógico, ella se impacientó. Sólo entonces él le dijo: «Bueno, así es exactamente como tú estás tratando a Dios, que te está ofreciendo la vida eterna». La saeta dio en el blanco.

Dos días después, cuando él estuvo de regreso en Londres, recibió el siguiente telegrama: «Tengo un fuerte ataque de viruela. Dorotea».

Dos años después, Studd fue invitado a Estados Unidos, donde se quedó 18 meses. Su horario estaba completamente colmado de reuniones, a veces hasta seis en el día. Su poco tiempo libre fue una sucesión de entrevistas con estudiantes. A veces echaba mano a recursos poco ortodoxos para enseñar verdades espirituales. Cierta vez que condujo a un joven a recibir el Espíritu Santo por fe. Le dijo que tenía que dejar que el Espíritu Santo obrara en él y a través de él. El joven parecía comprender, pero su rostro todavía estaba sombrío. Entonces le dijo: «Si un hombre tiene un perro, ¿lo guarda todo el tiempo y ladra él mismo?». Entonces el joven se rió, su rostro cambió en un instante, y prorrumpió en alabanzas a Dios. «Oh, lo veo todo ahora, lo veo todo ahora». Y se reía y alababa y oraba, todo al mismo tiempo».

Entre sus cartas enviadas a Ingla-

terra, envió un recorte de diario en que se le elogiaba. Al margen del artículo él escribió: «Esta es la clase de disparates que publican los diarios».

En cierta oportunidad en que fue invitado a una charla, poco antes de pasar Charles T. Studd al estrado, uno de los anfitriones dio algunos detalles elogiosos de su vida. Entonces Studd comenzó diciendo: «Si yo hubiera sabido que se diría esto, hubiera venido un cuarto de hora más tarde». Y en seguida agregó: «Vamos a borrarlo con algo de oración». Y se puso a orar.

Seis años en la India

Desde su conversión, Studd había sentido la responsabilidad que tenía la familia de llevar el evangelio a la India. Había sido el último deseo de su padre. Su hermano le había contado cómo la gente conocía el apellido Studd, pues su padre había hecho allí su fortuna. Él se propuso que el apellido Studd fuera también conocido como «embajador de Jesucristo». Viajó a Tirhhot, donde estuvo seis meses celebrando reuniones, y le fue ofrecido el cargo de pastor de la iglesia independiente de Octacamund.

Como siempre, Studd se dedicó a ganar almas, y pronto se decía de esa iglesia: «Esa iglesia es un lugar que se debe eludir si uno no quiere convertirse». Su esposa decía de él en este tiempo: «Creo que no pasa una semana sin que Charles tenga de una a tres conversiones». No perdía ocasión de usar métodos heterodoxos para compartir el evangelio. ¡Cierta vez tomó parte en una gira de críquet a fin de tener oportu-

nidad de compartir a los soldados que jugaban!

Pero toda esta obra se realizó penosamente, pues desde años antes había sido una víctima del asma. Por tiempo, sólo dormía dos horas en la noche, sentado en una silla luchando por respirar. Sin embargo, luego venían temporadas mejores.

Sus hijas crecían, y disfrutaban la vida en la India. Las cuatro se entregaron a Cristo durante su estada allí. Él mismo las bautizó en una piscina que mandó construir en su propio jardín.

En 1906 regresó a Inglaterra. Su llegada a casa dio oportunidad a pastores y obreros, los que le comenzaron a invitar con mucha frecuencia.

En los próximos dos años debe haber hablado a decenas de millares de hombres, muchos de los cuales nunca asistían a un culto, pero fueron atraídos por su fama deportiva. Su manera de hablar franca, sin ambages, empleando el lenguaje común del pueblo, junto con su humor, gustaba mucho a los hombres.

El desafío mayor

Cierto día del año 1908, mientras se hallaba en Liverpool, vio un aviso muy curioso que llamó en seguida su atención: «Canibales quieren misioneros». Studd entró al lugar para ver de qué se trataba.

Así comenzaría el mayor desafío de su vida.

(Continuará).

* * *

Le costó la vida de su hijo

Cuando estaba como pastor en el oeste norteamericano le testifiqué a un hombre en particular durante varios meses, pero no parecía interesarle. Una tarde, un policía conocido me llamó y me pidió que lo acompañara a una casa donde había habido un problema. Cuando llegamos, la reconocí. Era la residencia del individuo al cual había hablado del mensaje de Cristo varias veces.

Al ir acercándonos a la casa, el policía me preparó para lo que veríamos, diciéndome: "No le va a gustar lo que va a ver, pero necesito que me ayude". Adentro había un muchacho de doce años de edad tirado en el suelo en medio de un charco de sangre. Había conseguido una escopeta calibre doce y, colocándola a la altura del corazón, la había disparado valiéndose de una percha; de este modo se había dado muerte. Dejó una nota para sus padres que decía: "Queridos mamá y papá, los quiero. No sé si iré al cielo o al infierno. Me voy a matar y lo sabré".

Estaba presente cuando el padre entró en la casa. Cuando le dijimos lo que había pasado, su primera reacción fue: "¡Dios mío!". Dos semanas después acudió a nuestra iglesia y puso su confianza en Cristo como su Salvador personal; pero le había costado la vida de su hijo.

Charles Stanley, en Cómo escuchar la voz de Dios

La parte de la historia de la iglesia que no ha sido debidamente contada.



Los

Hermanos Unidos

Testigos de la unidad de la iglesia

Rodrigo Abarca

La historia de los hermanos olvidados tuvo en la antigua Bohemia (actual Checoslovaquia) una trayectoria trágica y heroica. Los nombres de Juan Huss y Jerónimo de Praga, entre otros, son recordados con amor por muchos creyentes de hoy. Sin embargo, pocos saben o recuerdan a aquellos fieles santos que junto a ellos y después de ellos combatieron ardientemente por la fe e influyeron poderosamente en los acontecimientos posteriores a la Reforma.

Precursores

Durante el siglo XV, Inglaterra fue el escenario de un importante intento

de retornar a una fe más bíblica y espiritual por parte de un notable grupo de creyentes, a quienes sus enemigos dieron el nombre de Lolardos. En un principio, la suya fue una reacción contra la corrupción y la escandalosa riqueza de una parte del clero. Pero, progresivamente, fue derivando hacia un interés mucho más profundo con respecto a los asuntos básicos de la fe.

En el centro de esta reacción se encontraba John Wycliff, quien era considerado el erudito más eminente de la Universidad de Oxford en su tiempo. Éste enseñó la libertad de todo hombre de relacionarse con Dios directamente y sin intermediarios.

También, que la Biblia era la única fuente de autoridad y verdad para los creyentes. No obstante, su contribución más importante fue su traducción de la Biblia al inglés común de su tiempo.

También organizó y preparó numerosos grupos de predicadores itinerantes, quienes esparcieron la semilla del evangelio por toda Inglaterra y aún más allá. Wycliff tuvo una vida larga y fructífera, y nunca pudo ser alcanzado por la mano de sus enemigos. No obstante, después de su muerte, la iglesia organizada obtuvo del rey Enrique IV la firma de varias leyes para perseguir a los Lolardos. Como consecuencia, muchos creyentes fueron capturados y ejecutados como herejes. Sin embargo, aunque exiliados y escondidos, los hermanos permanecieron activos por muchos años más.

La llama se enciende en Bohemia

Entre los estudiantes que escuchaban ávidamente a John Wicliff en Oxford, había un joven extranjero llamado Jerónimo de Praga, natural de Bohemia. Éste regresó a su patria encendido con el fuego de las enseñanzas del notable erudito inglés, y comenzó a enseñar osadamente que la cristiandad organizada se había alejado completamente del evangelio de Jesucristo, y que la salvación sólo se encontraba en las enseñanzas del mismo.

Otro joven, alto y delgado, y no obstante su juventud, también un gran erudito, lo escuchó con atención y pronto fue ganando para su causa. Se llamaba Jan Huss, y era doctor en

teología, predicador oficial de la ciudad de Praga y confesor de la reina de Bohemia.

Era, además, elocuente, de maneras amables y una profunda fe, por lo que muy pronto sus predicaciones atrajeron poderosamente la atención de sus conciudadanos. La verdad es que estaba trabajando sobre un terreno largamente abonado por los valdenses, quienes habían llegado hasta allí en los tiempos de Pedro de Valdo. Y también, hablaba y predicaba en lengua checa, lo que concordaba con el sentimiento patriótico antigermano que se respiraba en su tierra, sometida bajo el yugo alemán.

La rivalidad entre teutones y checos tomó entonces una forma religiosa, pues los primeros se alinearon con la iglesia organizada, mientras que los últimos con las enseñanzas de Wycliff. El Arzobispo de Praga excomulgó a Huss y quemó públicamente los escritos de Wycliff. Sin embargo, El rey de Bohemia, la nobleza y el pueblo, le dieron su apoyo. Entonces se realizó el Concilio de Constanza, y Huss fue llamado a comparecer amparado en un salvoconducto del Emperador, quien comprometía su palabra garantizán-

Los «Hermanos Unidos», alcanzaron una comprensión de la verdadera naturaleza de la iglesia muy superior a la de su tiempo.

dole protección. Sin embargo, los clérigos del concilio lo arrestaron de inmediato y lo arrojaron a un calabozo, después de recibir y promulgar la conveniente e infalible «revelación» de que la iglesia no está obligada a guardar la palabra dada a los herejes.

Huss resistió valientemente el escarnio, la burla, las amenazas y las torturas a las que fue sometido para que abjurara de su fe. Nada logró intimidarlo. Finalmente, fue condenado a ser quemado en la hoguera por «estar infectado con la lepra de los valdenses» y haber sostenido las doctrinas heréticas de John Wycliff. La sentencia se cumplió el 6 de Julio de 1415.

Pero las enseñanzas de Jan Huss no murieron con él. Jerónimo de Praga continuó predicando en su ciudad, y pronto lo siguió en el camino del martirio. Sus seguidores se dividieron en tres grandes corrientes: Aquellos que dispusieron a tomar las armas y luchar por «su fe y su patria»; aquellos que buscaron un entendimiento y arreglo con la iglesia organizada; y, finalmente, aquellos que dispusieron a afrontar valiente y pacíficamente el sufrimiento y la muerte, sin transar su fe.

Los primeros, llamados *taboritas*, iniciaron una larga guerra contra el emperador y la iglesia organizada, con desastrosas consecuencias para ambos lados, aunque por un tiempo consiguieron imponer sus términos tras ganar lagunas batallas importantes. Los segundos, conocidos como *utraquistas*, convinieron en formar una iglesia nacional checa, so-

metida al papado, pero con algunos privilegios «relativos». Los últimos, no obstante, siguiendo las antiguas enseñanzas valdenses, prefirieron poner su confianza en Cristo solamente y procuraron encontrar en la Escritura una expresión más pura y original de la iglesia, sin importar el precio que podrían pagar. Así se convirtieron en los «*Hermanos Unidos*».

Fe y crecimiento

Entre ellos se destacó Peter Cheltschizki, quien poseía una claro y poco común entendimiento de la iglesia, según las Escrituras. En su libro, *La Red de la Fe*, escribió: «En los tiempos de los apóstoles, las iglesias de los creyentes eran nombradas de acuerdo con las ciudades, villas y distritos, y eran asambleas e iglesias de creyentes, y de una fe. Estas iglesias fueron separadas de los incrédulos por los apóstoles. No pretendo que los creyentes puedan, en un sentido físico y local, estar todos separados en una calle particular de la ciudad, sino más bien, que estén unidos y asociados por la fe y se reúnan en reuniones locales, donde tengan comunión unos con otros en las cosas espirituales y en la Palabra de Dios. Y en acuerdo con tal asociación en fe y en las cosas espirituales sean llamados iglesias de creyentes».

En las palabras citadas más arriba, vemos que los «Hermanos Unidos», alcanzaron una comprensión de la verdadera naturaleza de la iglesia muy superior a la de su tiempo. Las asambleas de creyentes que men-

ciona Cheltschiziki, se esparcieron rápidamente por todo el país. Se oponían decididamente al uso de las armas en defensa de la fe y también a cualquier acuerdo con la iglesia organizada que comprometiera la esencia de la fe. Sin embargo, tenían un espíritu abierto e inclusivo, debido quizá a la influencia valdense, y tendían a considerar y recibir a todos los hijos de Dios como verdaderos hermanos, sin importar el contexto de donde procedieran.

En 1457, un hermano llamado Gregorio fundó una comunidad de hermanos al noreste de Bohemia, en la villa de Kunwald. Muchos creyentes confluieron allí, incluyendo seguidores de Cheltschiziki y valdenses. Aunque mantenían contacto con la iglesia utraquista, en muchos asuntos procuraron retornar a la fe y prácticas del Nuevo Testamento. Pronto, sin embargo la persecución se abatió sobre ellos desatada por la misma iglesia utraquista. Gregorio fue apresado y torturado; otro de sus líderes, Jacobo Hulava fue quemado, en tanto los hermanos se escondieron en bosques y montañas. A pesar de todo su número aumentó significativamente en todas partes.

En 1463 y luego en 1467 se realizaron conferencias generales de Hermanos donde volvieron a considerar los principios básicos de la iglesia. En esa oportunidad afirmaron nuevamente su separación de la Iglesia Oficial y se llamaron a sí mismos 'Jednota Bratrskâ', o 'Unitas Fratrum', vale decir, 'Los Hermanos Unidos'. No hicieron esto para mar-

car diferencias con otros hermanos de las otras muchas iglesias esparcidas en otras regiones, sino simplemente para dar un testimonio de unidad y alentar a otros creyentes que se estaban separando de la Iglesia Oficial.

En esa misma reunión fueron nombrados algunos ancianos que fueron enviados a Austria para ser confirmados por el obispo valdense, Esteban, estableciendo así una continuidad con los antiguos portadores de la antorcha del testimonio. No consideraban esto como esencial, pero deseaban expresar su unidad y continuidad con aquellos que desde los tiempos del papa Silvestre habían preservado un vínculo espiritual con la enseñanza apostólica.

Después de esto, informaron su decisión al obispo utraquista Rokycana, diciendo que en su acto de separación no estaban excluyendo a otros creyentes, pues reconocían que fuera de sus asambleas habían muchos hijos de Dios. Uno de ellos escribió: «Nadie puede decir que nosotros condenamos y excluimos a todos quienes permanecen obedientes a la iglesia Romana. Esta no es, de ningún modo, nuestra convicción.... tal como no excluimos a los elegidos en las iglesias India o Griega, tampoco condenamos a los elegidos en medio de los romanos». Este espíritu inclusivo y abierto a la unidad de todos los hijos de Dios, caracterizó siempre a los Hermanos Unidos.

Las comunidades de Hermanos florecieron en muchos lugares, especialmente en Holanda y Alemania.

Además de su notable desarrollo espiritual, hubo entre ellos muchos hombres de gran preparación y capacidad intelectual, así como de posición social y riqueza, quienes estuvieron siempre dispuestos a compartir lo que tenían con sus hermanos más pobres, de modo que se puede decir también de ellos, como se escribió de los santos del Nuevo Testamento, que «no había entre ellos ningún necesitado».

Uno de sus avances más significativos fue hecho en el campo de la educación. Su meta era tener una educación basada en el Evangelio de Cristo. Sus escuelas fueron muy apreciadas y respetadas en Holanda y Alemania. Erasmo, el famoso erudito renacentista, fue alumno en una de ellas, en Deventer, Holanda. De hecho, hasta el día de hoy se estudian sus métodos y aportes al campo de la educación en muchos campus universitarios del mundo, especialmente en los escritos de uno de sus líderes más prominentes, Nicolás Comenius.

Guerras y persecuciones

En 1507, sus perseguidores de la iglesia oficial lograron persuadir al rey de Bohemia de que el poder creciente de los Hermanos era una amenaza. Este publicó entonces el edicto de Saint James, ordenando que todos ellos se unieran a la iglesia oficial o abandonarían el país. Como consecuencia, sus reuniones fueron cerradas, sus libros quemados y ellos mismo encarcelados, exiliados o cruelmente martirizados.

Con el advenimiento de la Reforma, los hermanos entraron en con-

tacto con los líderes protestantes y sus príncipes. Cuando estalló la guerra entre católicos y protestantes, los nobles bohemios que pertenecían a los Hermanos Unidos decidieron apoyar el bando protestante. Las consecuencias fueron, una vez más, desastrosas. Pues tras ser derrotados en la batalla de Mühlberg (1547), los nobles fueron encarcelados y ejecutados por el rey de Bohemia, Ferdinand. Una vez más sus posesiones fueron confiscadas y sus reuniones clausuradas. Pero además se les ordenó dejar el país en un plazo de seis meses.

Comenzó entonces una masiva emigración, en la que grandes caravanas de hermanos se dirigieron a Polonia, y luego a Alemania buscando refugio. Allí fueron recibidos después de muchos esfuerzos y sufrimientos. Sin embargo su peregrinaje no acabó aún. Lograron regresar a su país, pero, por casi 70 años, su suerte varió de acuerdo con los vaivenes de las guerras entre protestantes y católicos, que devastaron Europa por 30 años. Pero en aquellos años realizaron la gran obra de traducir la Biblia desde las lenguas originales a su idioma nativo, el checo (1579 a 1593). Esta traducción ha sido la base de la Biblia checa hasta hoy, y además puso el fundamento para el desarrollo de la literatura checa.

La última batalla entre protestantes y católicos en Bohemia se libró en White Mountain (1620). La derrota protestante fue completa y como consecuencia 36.000 familias de creyentes fueron nuevamente obligadas a dejar Bohemia. Y esto supuso el fin

de la llamada 'religión Hussita' que desapareció junto con la independencia de Bohemia.

Un testimonio imperecedero

No obstante, a pesar de todo, un pequeño remanente siempre se mantuvo fiel, negándose a participar de las guerras y tomar la espada. En ellos pervivió el espíritu y la visión original de los Hermanos. Estos vivieron perseguidos, errantes y ocultos, en diferentes lugares de Europa central, incluso en bosques remotos y oscuros, por muchos años. Y después de una larga peregrinación e indecibles sufrimientos, arribaron en una época posterior a una pequeña aldea en Moravia, donde el Conde Zinzendorf había construido una ciudad de refugio para los hermanos perseguidos. Y allí contribuyeron a encender una vez más la llama del testimonio de Jesucristo, proveyendo la base del futuro movimiento moravo. Sin embargo ese es otro capítulo de la historia, que será narrado más tarde.

Quizá la mejor conclusión para esta historia, que resume la visión y testimonio que por largos años levantaron los Hermanos Unidos, se encuentre en las proféticas palabras de Jan Comenius (1592-1670), referidas a las dos grandes fuerzas religiosas en pugna: «...Cada iglesia se reconoce a sí misma como la verdadera, o al menos, la más pura, mientras se persiguen entre sí con el odio más amargo. Ninguna reconciliación se puede esperar entre ellas, pues

responden a la enemistad con más irreconciliable enemistad. A partir de la Biblia forjan sus diferentes credos; estos son fortalezas y baluartes detrás de las cuales se atrincheran y resisten todos los ataques. No diría que estás confesiones de fe... son malas en sí mismas. Pero se convierten, no obstante, en aquello que alimenta el fuego de la enemistad... ¿Qué se logra con esto? ¿Alguna vez ha tenido éxito una disputa erudita? Nunca. El número de ellas simplemente ha crecido... Los sacramentos, dados como símbolos de unidad, de amor y de nuestra vida en Cristo, han sido ocasión del más amargo conflicto, la causa del odio mutuo, el centro del sectarismo...».

«De esta suerte, la Cristiandad se ha convertido en un laberinto. La fe ha sido separada en miles de pequeñas partes y usted es considerado un hereje si no acepta una de ellas... ¿Qué nos ayudará? Sólo, *la única cosa necesaria*: Retornar a Cristo, mirar a Cristo como al único Líder, y caminar en sus pisadas, dejando de lado todo otro camino, hasta que alcancemos la meta, y vengamos a la unidad de la fe (Ef. 4:13)... Así que tú sabes, oh Cristiandad, cual es la única cosa necesaria. O bien regresas a Cristo, a vas hacia la perdición como el Anticristo. Si eres sabia y anhelas la vida, sigue al Líder, Jesucristo».

«Pero ustedes, cristianos, regocíjense en su exaltación,... escuchen las palabras del Líder Celestial: «*Venid a Mí*»... y respondan a una voz: «*Así sea, venimos*».

Claves para el estudio de la Palabra

Salmos

A. T. Pierson

Palabra clave: Adoración**Versículo clave: 29:2.**

El Salterio es un libro de devoción para todas las edades. Aquí cada cuerda del corazón es tocada y afinada para santa melodía. Dios puede ser visto en sus atributos naturales y morales. Cristo está presente en su divinidad y humanidad, humillación y exaltación. El evangelio está aquí, revelación sublime de perdón y gracia purificadora. La vida cristiana está aquí en fe, esperanza, amor e incluso, la historia de la iglesia esbozada.

Esta es una colección de 150 poemas de adoración pública y privada. El título griego «Salmos» significa «canciones». El título hebreo es «alabanzas», las cuales forman la mayor parte del libro y emanan de casi todos los salmos.

El libro comienza y termina con alabanza. Penitencia, oración y perplejidad se unen, resultando en alabanza que contempla la creación, la providencia y la gracia, creciendo en abundancia en la medida en que avanzamos hasta llegar al clímax en los Salmos de Aleluya.

Los *autores y épocas* no son los mismos. Un tercio son anónimos, 73 son de David, 12 de Asaf, 11 para los hijos de Coré, 2 de Salomón, 1 de Moisés, etc. El intervalo de tiempo va de la peregrinación en el desierto al retorno del cautiverio. Los salmos más antiguos generalmente están más al comienzo del libro. Las inscripciones deben ser estudiadas, ellas muestran cuáles son Salmos de amor, peregrinación, memoriales, o si son de alabanza, oración o instrucción.

Aquí hay *perlas*, preciosas y en abundancia. Los tres primeros Salmos son claves para toda la colección; sus temas son las Escrituras, el Mesías y la experiencia de los creyentes; el 14 y el 53 son virtualmente iguales; el 19 y el 119 son monumentos a la ley de Dios; 22, 23 y 24 corresponden a la pasión, crucifixión, muerte y sepultura, resurrección y ascensión del Mesías; el 45, salmo-cántico, es clave para el libro de los Cantares; el 51 es el Salmo de la penitencia; el 32, del perdón; el 45, de salvación; el 46, de fe; el 37, de seguridad; el 50, de sacrificio; el 72, de misiones; el 73 es el Salmo del escéptico; 85, el Salmo del mendigo; 90 y 91, los Salmos de la muerte y la vida; 106 y 107, los Salmos de la ingratitud y la gratitud; 113 y 118, los Salmos de Aleluya; 120 a 133, los Salmos graduales; cantados mientras el pueblo iba a las fiestas en el Templo.

Los creyentes siempre han tenido a los salmos como herencia preciosa. Atanasio los llamó «un epítome de toda la Escritura»; Lutero «la pequeña

Biblia»; Basilio «el tesoro común de todos los buenos preceptos»; y el obispo Alexander trazó en ellos un maravilloso «testimonio para Cristo y para el cristianismo».

DIVISIONES:

Cinco libros marcados por su fin específico:

1) Salmos 1-41 Terminando con la

doxología y el doble Amén.

2) Salmos 42-72. El mismo fin, con la sentencia: «Aquí terminan las oraciones de David, hijo de Isaí».

3) Salmos 73 al 89. El mismo término del libro 1.

4) Salmos 90-106. El mismo, con Aleluya.

5) Salmos 107 al 150. Terminando con muchos Aleluyas.

* * *

Él no me permite

Durante una guerra, un soldado se presentó ante el oficial del batallón, diciendo: "Hice un prisionero". El superior le dijo: "Tráigalo aquí". "Él no quiere venir", se quejó el soldado. "Bien, entonces venga usted", replicó el oficial. "No puedo. Él no lo permite", fue la admisión final.

De hecho, muchas de las victorias cristianas son así de superficiales. Todos los cristianos fueron realmente libertos del castigo del pecado. Pero, ¿y de su poder? ¿Debemos quedarnos para siempre detenidos en la verdad de nuestra justificación, que "donde abundó el pecado sobreabundó la gracia"? ¿Fuimos justificados para tornarnos legalmente salvos, o para ser moral y espiritualmente saludables? ¿No fuimos declarados justos en Cristo para ser santos en esta vida?

Muchos hijos de Dios parecen haber asumido la posición de que, habiendo sido justificados, es perfectamente opcional vivir o no para nosotros mismos. Nuestra conciencia inquieta e insatisfecha con frecuencia nos lleva a convencernos de nuestra impiedad. Pero nos contentamos con nuestra posición judicial en Cristo. Usamos mal y abusamos de la bendita verdad de que "si alguno pecare, abogados tenemos para con el Padre a Jesucristo el justo".

Es muy probable que, sin darnos cuenta, nos estemos acomodando a una vida cristiana derrotada, una pecaminosidad de costumbre. Cuando el Señor nos da su salvación espera que nosotros seamos más que vencedores, que triunfemos en todo lugar y que tengamos cautiva la cautividad, pero no conseguimos enrielar nuestra vida pecaminosa por los caminos de la obediencia. "Bien, venga entonces usted mismo", exclama nuestro Capitán. Pero el "yo" interior, lleno de pecado, dice: "Yo no lo permito".

À Maturidade

Aunque las Sagradas Escrituras son un relato literal e histórico, con todo, por debajo de la narración, hay un significado espiritual más profundo.

Símbolos y tipos del Antiguo Testamento (II)



A. B. Simpson

La creación de la mujer

La historia del nacimiento de Eva es de una belleza exquisita, superior a cualquier sueño de la poesía antigua o concepción de arte o imaginación. Lo que más se acerca es la famosa descripción de Sócrates en la literatura griega, en que se representa la forma humana como originalmente doble, mirando en dos direcciones, y después dividida por los dioses en sexos, de modo que todo hombre y toda mujer forma una unidad de su antiguo ser, y por ello está constantemente buscando la otra parte.

Pero esto es burdo en comparación con el idilio sagrado del hermoso nacimiento de la mujer, que se representa como originalmente en el hombre y sacada de él, suavemente, mientras dormía, creada en hermosura apropiada para su compañía, y entonces devuelta a él como su compañera y ayuda para toda la vida.

La significación exquisita de esto en conexión con las relaciones humanas y sociales del hombre y la mujer —la tierna unidad, la perfecta igualdad, la mutua independencia, el sagrado afecto que debería enlazarlos—

nada de esto pertenece a nuestra era presente. Pero su hermosura y enseñanza espiritual son aún más hermosas y maravillosas, porque aquí tenemos la parábola del Señor Jesucristo mismo y sus relaciones con la iglesia, su Esposa celestial, que contiene en germen el misterio entero de la redención.

Primero, vemos a Eva en su creación original en Adán. Lo mismo, la Iglesia estaba en Cristo. Adán era un ser individual, pero bien un hombre en el sentido general, que contenía en sí mismo, en su formación original, tanto a la mujer como al hombre. Así el Señor Jesús, no sólo era uno de los hijos de los hombres, sino el Hijo del Hombre, la humanidad subsumida en una personalidad completa, que contenía en sí mismo el germen y sustancia de todas las vidas espirituales que habían de nacer de él. Por tanto, estamos identificados realmente con él, y por ello su vida, su muerte, sus sufrimientos y obediencia son realmente nuestros, para nosotros, así como para él.

En segundo lugar, Eva fue sacada de Adán mientras éste dormía, y realmente formaba parte de su sustancia física; y también, mientras Jesús dormía en el sepulcro, en la muerte, la Iglesia fue sacada de su sustancia, y todo creyente es creado de nuevo en Cristo Jesús. Nuestra vida es parte de su mismo ser. Somos «participantes de la naturaleza divina». Cristo es formado realmente en nosotros, y nosotros somos parte de su vida de resurrección, de un modo tan cierto como Eva estaba en Adán.

Se nos describe, como «resucitados con Cristo», y se dice que nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cristo es nuestra vida. Éste es el gran misterio de la vida espiritual; es un milagro de vida; no es meramente vida, sino la vida de Cristo. La expresión hebrea que describe la formación de Eva es la palabra «edificada». Dios edificó a una mujer de la costilla. De qué modo tan perfecto describe esto todo el proceso de la perfección y formación plena del cuerpo de Cristo. La misma palabra es usada por el apóstol al describirlo: «En quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu». El lenguaje que usa Adán acerca de su compañera: «Esto es ahora huesos de mis huesos y carne de mi carne» era literalmente verdad, pero no menos cierto es ahora que nosotros «somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos».

Tercero, Eva devuelta a Adán para que fuera su compañera, esposa y ayudadora. Su misma vida, en lo que se refiere a su origen y su inten-

Vemos a Eva en su creación original en Adán. Lo mismo, la Iglesia estaba en Cristo. Adán era un ser individual, que contenía en sí mismo, en su formación original, tanto a la mujer como al hombre.

ción, fue para él, y no para ella; por tanto, la mujer, por su misma constitución, no ha sido hecha para el egoísmo, sino para el servicio y el amor.

La mujer encuentra su verdadero destino al vivir para el hombre, perdiendo su vida y personalidad en aquel a quien ama. Lo mismo el alma nacida de Cristo pertenece a Cristo; lo mismo la Iglesia sacada de su vida le es devuelta como la Esposa de su amor y su compañera en el trono. El alma nacida de Dios tiene que elevarse a Dios y vivir para Dios, y todo impulso y elemento de su vida y consagración espiritual halla su punto de reposo al perderse en Dios y vivir sólo para su gloria.

Esta maravillosa verdad circula como una guirnalda nupcial por todas las Sagradas Escrituras. Lo vemos no sólo en las bodas del Edén, sino en las bodas de Rebeca, en el amor de Jacob y Raquel, en el Cantar de los Cantares de Salomón, en la visión de Oseas, en la fiesta de las bodas de Caná, en la parábola de las diez vírgenes, en el extraño lenguaje figurado que Pablo usa de Cristo y de la Iglesia, y, finalmente, en la majestuosa visión de la cena de las bodas del Cordero.

No sólo es verdad esto de la Iglesia como un todo, sino que ha de ser de modo también real en la experiencia de aquellos que somos miembros de este cuerpo místico. De cada uno de nosotros, como individuos, él dice: «Tu Hacedor es tu marido». «Tú serás llamado Ishi» (mi marido). «Oye, hija, y mira, e inclina tu oído; olvida tu pueblo, y la casa de tu pa-

dre; y deseará el rey tu hermosura; e inclínate a él, porque él es tu señor». «El cuerpo es ... para el Señor, y el Señor para el cuerpo». «Somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos». Preguntémosnos si hemos aprendido este secreto tierno, inefable y santo del Señor y del corazón, y dentro del recinto de su presencia ha sido verdadero para nosotros:

*Jesús, tierno, dulce, amante,
bendito esposo de mi corazón,
en tu cámara secreta
me has susurrado lo que eres.*

El día de reposo o sábado

La creación del mundo y de la familia va seguida por la designación del sábado, que, con el hogar, forma las dos únicas reliquias que quedan del Edén al hombre. Aunque, indudablemente, ha de entenderse de modo literal y observarse como un día de reposo santo, y aunque la creación es realmente la base de toda legislación subsiguiente con referencia a este día, y aun la institución mosaica no fue sino una reactivación del sábado de la Creación, y las palabras de Cristo con respecto al mismo vuelven al mismo principio; aunque todo esto es verdad, con todo, y más allá del día natural y de sus obligaciones, en él se encuentra escondido un profundo simbolismo espiritual.

En el cuarto capítulo de los Hebreos, el apóstol implica que ha sido designado para ser la figura del descanso espiritual más profundo, al cual él va a conducir a su pueblo. La fuente y naturaleza de

ese descanso se expresan delicadamente por las palabras sugeridas por el significado del día: «Porque el que ha entrado en el reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas». Es el verdadero secreto de entrar en el descanso de Cristo. En tanto que luchamos para nuestra propia justicia, y nos esforzamos con nuestra propia voluntad, nunca lo alcanzaremos. «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados», dice Cristo, «y yo os haré descansar».

Cuando cesamos en nuestros esfuerzos por justificarnos a nosotros mismos y aceptamos su justicia, tenemos el reposo del perdón. Cuando cesamos en nuestros esfuerzos de santificarnos a nosotros mismos, y aceptamos su revestimiento de vida y santidad, tenemos el reposo de la santidad. Cuando cesamos en los esfuerzos de nuestra propia voluntad y aceptamos la suya, y tomamos su yugo sobre nosotros, tenemos la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento. Una vez más es verdad:

*Luché y me esforcé para ganar
la bendición que me dejara libre,
pero sólo cuando cesé en mis esfuerzos,
Jesús me dio su paz.*

Es notable y hermoso que, aunque después, en cuanto a la medición del tiempo, hasta la resurrección de Cristo, el sábado o día de reposo fue el séptimo día de la semana, en realidad era el primer día de la vida de Adán. La primera aurora que contempló Adán fue la del sol del día de reposo, porque fue

creado la tarde del día sexto; de modo que el día de reposo de Adán fue en este aspecto una prefiguración del día de reposo cristiano. La hermosa enseñanza de este hecho es que necesitamos empezar con el reposo, y no esperar, para terminar con él. No somos aptos para el servicio hasta que hemos descansado primero en la paz de Dios.

Cristo no va a poner su carga sobre un corazón cargado, como una persona no sobrecargaría a su propio animal de carga; por tanto, el día de reposo cristiano da comienzo a la semana, enseñándonos que hemos de entrar en el reposo para poder estar preparados para el servicio.

El cielo que contemplan muchos para cuando mueran debe venir tan pronto como han empezado a vivir y prepararlos para todas las labores y cargas de la vida. Por tanto, nuestro querido Señor dijo: «Venid a mí», primero, y «os haré descansar». Luego: «Tomad mi yugo sobre vosotros» y «con el corazón descansado, id, servidme». ¿Hemos entrado en su descanso, su glorioso descanso? ¿Tenemos ya no sólo la paz, sino la «paz, paz» en la cual él va a guardar el corazón que permanece en él? ¡Oh, escuchemos la voz dulce que viene a nosotros en la serena mañana del Edén, y del otro huerto y mañana, junto a la tumba vacía de José de Arimatea, donde la inquietud y la ansiedad hallan reposo en su seno, suficiente en todo.

En la puerta de una catedral inglesa, en la isla de Wight, está la fi-

gura de mármol de una mujer echada, con la cabeza reposando en una Biblia abierta, y las palabras: «Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar». Es un recuerdo de una princesa real, cuya vida se consumió durante muchos años en una prisión cercana, y que al fin fue hallada una mañana con su hermosa cabeza descansando

sobre este versículo, la página todavía humedecida por las lágrimas. Su cansancio había hallado como almohada el pecho de Jesús. Así que descansemos, antes que la mano fría de la muerte destruya nuestro agitado pulso, y apoyándonos en su fuerza hallaremos que:

*Su plenitud circunda nuestra insuficiencia,
nuestra inquietud se aquieta en su descanso.*

* * *

Comenzando a servir

Los jóvenes de hoy, cuando piensan en salir para servir al Señor, ¿saben lo que ellos quieren? Ellos quieren salir a predicar, quieren subir al púlpito porque piensan que esa es la mejor manera de servir al Señor. Pero, hermano, si usted ama a su Señor, sólo procure servirlo. Usted nunca soñará en ser el número uno, usted nunca deseará pelear con las otras personas, nunca tendrá celos de sus hermanos porque usted sabe que lo que usted quiere es servir a su Señor. Usted quiere hacer un servicio humilde, usted quiere ser un siervo.

Yo recuerdo cierta vez cuando yo era bien joven y fui tocado por el Señor para servirle. Entonces, yo y otros jóvenes hablamos con los ancianos de la iglesia, diciéndoles que queríamos servir al Señor; les preguntamos lo que necesitábamos hacer.

Entonces uno de los ancianos nos dijo: "Hermanos, ¿ustedes quieren realmente servir al Señor?". Todos respondimos: "Sí". Entonces ellos nos dijeron: "Bien, si ustedes quieren realmente servir al Señor, mañana es el día de la Cena del Señor. Levántense temprano y vengan al lugar de reuniones y hagan una limpieza en los baños".

En Taiwán, en aquella época, los baños no eran como los baños occidentales. Todavía es así en la China continental. Hoy en día, la cosa más embarazosa en China continental es ir al baño. Hermanos, ¿ustedes saben lo que significaba limpiar un lugar como aquel cuarenta años atrás? Bien, entonces usted tiene que tener mucha certeza si usted realmente ama al Señor. Si usted realmente ama al Señor, es ahí donde debe comenzar a servirle.

Christian Chen, en Transformados en la imagen de Cristo, el siervo de Dios

Segunda Epístola a Timoteo.



Viendo a Cristo en la Crisis de la iglesia

Stephen Kaung

Lectura: 2ª Timoteo 2: 1-6; 2: 20-22; 4: 6-8.

Esta segunda carta a Timoteo es la última carta escrita por el apóstol Pablo. Se puede decir que ella expresa el último deseo de Pablo; es su testamento.

Consideremos brevemente la situación en que la iglesia se hallaba en aquella época. Es necesario tener en mente no sólo a la iglesia en Éfeso, sino a la iglesia de Dios en todo el mundo. El imperio romano era un imperio poderosísimo, que había decidido aplastar, aniquilar y raer al cristianismo de la faz de la tierra. Ellos tenían los medios para lograrlo,

ya lo habían decidido, y estaban trabajando a fin de cumplir su propósito.

¿Sería la iglesia capaz de resistir, de proseguir, o desaparecería de la tierra? Sin duda, tales pensamientos se agolpaban en la mente de Pablo, de Timoteo y de muchos otros. La iglesia estaba en crisis. ¿Se mantendría el testimonio del Señor? ¿Sería llevado adelante, se fortalecería, o desaparecería? ¿Tendría el Señor una instrucción para su pueblo en un momento como ése? Por eso fue escrita esta carta: 1) para dar un último testi-

monio acerca de su fe en Jesucristo; 2) para alentar a Timoteo en su tarea de llevar adelante la antorcha del testimonio de Jesús, y 3) para mostrar a la iglesia cómo debe comportarse en tiempos de adversidad y crisis.

Creemos que esta carta es de enorme relevancia para nosotros hoy. Esto no significa que sea el único libro importante de la Biblia. Todos ellos son importantes, porque todos fueron escritos para nuestra amonestación. Pero esta carta está, de un modo muy especial, realmente próxima a nuestros corazones, porque estamos viviendo en los últimos días, como lo menciona Pablo.

Estamos en una crisis. El mundo está presionando a la iglesia a hacer concesiones, a ceder, a rendirse, y lamentablemente el mundo parece estar teniendo mucho éxito en su intento. En el interior de la iglesia, el pueblo está dividido, esparcido, las herejías surgen de modo amenazante, la corrupción moral reina por doquier. Aun a veces nos preguntamos: ¿Dónde está el testimonio de Jesús? ¿Podrá Dios mantener su testimonio sobre la tierra en una época como ésta? ¿Dios muestra, de hecho, la dirección que debemos tomar a fin de saber cómo actuar o reaccionar, cómo debemos comportarnos o enfrenarnos con tal situación? Creo que esta última carta del apóstol Pablo responde a esas preguntas.

De todo corazón, tenemos que apropiarnos del mensaje de esta carta y encontrar en ella la dirección de Dios para saber cómo podemos permanecer firmes y cómo hemos de comportarnos cuando la iglesia está en crisis.

La casa grande

En la primera carta a Timoteo, el apóstol dice: «...*la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad*» (1ª Timoteo 3:15). Sin embargo, en la segunda carta él dice: «*Pero en una casa grande, no solamente hay utensilios de oro y de plata, sino también de madera y de barro; y unos son para usos honrosos, y otros para usos viles*» (2ª Timoteo 2:20).

Porque, cuando él escribió la primera carta a Timoteo, la iglesia aún estaba en la normalidad. Normalmente la iglesia es la casa de Dios, la casa donde Dios habita. Es la asamblea del Dios vivo, la reunión de aquellos que tienen vida, en torno al Dios vivo. La iglesia es el pilar que sostiene el testimonio de la verdad; es aquella que guarda la verdad, es el depósito de la verdad.

Eso es lo que la iglesia debe ser en su estado normal; pero había ocurrido un cambio. Ya no era más llamada casa de Dios. Pablo se refiere a la iglesia como una casa grande. Externamente, ella parecía ser grande, porque en aquella época el evangelio había sido predicado en todo el mundo. A pesar de ello, en verdad, ella se había vuelto una casa grande con vasos de honra y vasos de deshonra, es decir, había una gran mezcla al interior de la iglesia.

¿Qué deberíamos hacer cuando nos encontramos en una situación anormal como ésta?

La promesa de la vida

Cuando Pablo escribió 1ª a Timoteo, él dijo: «*Pablo, apóstol de Je-*

sucristo por mandato de Dios nuestro Salvador, y del Señor Jesucristo nuestra esperanza» (1ª Tim. 1:1). Pero en 2ª a Timoteo, él dice: «*Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, según la promesa de la vida que es en Cristo Jesús»* (2ª Tim. 1:1).

Hay algo en estos versículos que merece nuestra atención, pues en la primera carta Pablo dice «...*por mandato de Dios nuestro Salvador...*», mas en la segunda carta dice: «...*según la promesa de vida que es en Cristo Jesús*». Cuando estamos en épocas de normalidad, el mandato de Dios es suficiente – Dios da la palabra, y eso basta. En cambio, en épocas de anormalidad, el énfasis pasa del mandato a la vida, porque a menos que la vida sea concedida, aquel mandato nunca será llevado a efecto. Por lo tanto, ya en el inicio de esta carta el apóstol dice: ‘Ha llegado la hora de enfatizar la vida’.

Para que en los últimos días el testimonio del Señor sea sostenido o para que en tiempos difíciles el testimonio de Dios sobre la tierra sea res-

Cuando las cosas empiezan a ponerse difíciles, cuando la iglesia está fuera de orden, ¿qué haces tú? ¿Cómo podrás resistir la corriente y mantener el testimonio de Jesús? Sólo hay una respuesta: tenemos que regresar a la fuente.

taurado, el secreto está en la vida.

«...*que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio»* (2ª Tim. 1:10). ¿Qué es el evangelio? ¿Cuáles son las buenas nuevas? ¿Cuál es la naturaleza del evangelio? La naturaleza del evangelio es traer a luz la vida y la incorrupción. Lo que Cristo hizo cuando estuvo aquí en la tierra, lo que Cristo realizó allí en la cruz del Calvario fue destruir la muerte y traer a luz la vida y la inmortalidad.

Una vez que la muerte pasó a tener efecto, el único modo de destruirla es a través de la vida, la vida de resurrección de nuestro Señor Jesús. La vida que recibimos del Señor Jesús, la vida que es liberada en el evangelio de Jesucristo es la vida de resurrección. Es la vida que pasó por la muerte, sorbió a la muerte, derrotó a la muerte y salió victoriosa. Si nosotros tan sólo dependemos de esa vida, entonces recibiremos el espíritu de poder, de amor y de dominio propio. Si, por otra parte, ignoramos esta vida e intentamos enfrentar a la muerte con cualquier otro recurso, descubriremos que ningún otro recurso puede hacer frente a la muerte.

Sin embargo, gracias a Dios, la vida vence a la muerte, y la vida que nosotros recibimos en Cristo por medio del evangelio es aquella vida que vence a la muerte. Por tanto, basta que sigamos la vida y seremos liberados de toda confusión y engaño. Si cultivamos la vida, entonces seremos capaces de elevarnos por sobre todas

las otras cosas y llevar adelante el testimonio de Jesús. El secreto es la vida.

Descubrimos esa verdad especialmente al leer los escritos del apóstol Juan. Se dice con frecuencia que el apóstol Juan es el apóstol de la restauración. Pedro lanzó las redes y trajo a muchos a la iglesia. Pablo era un constructor de tiendas, y por tanto él comenzó a edificar a aquellos que iban siendo traídos a la iglesia. Pero después de un tiempo, habiendo pasado la iglesia por mucho sufrimiento, puede ser comparada a una red que estaba rota en varios puntos. Entonces vino Juan a fin de remendar la red.

En consecuencia, el ministerio de Juan es el ministerio de la restauración. Sus escritos son los últimos del Nuevo Testamento. Su evangelio es el último de los cuatro evangelios; sus epístolas son las últimas del Nuevo Testamento, y obviamente el libro de Apocalipsis es el último libro de toda la Biblia. Juan siempre viene al final, porque su ministerio es el ministerio de la restauración – cómo restaurar el testimonio de Jesús cuando éste ha sido dañado.

Vemos, entonces, que todo el énfasis de los escritos de Juan está en la vida. *«En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres»* (Juan 1:4). En su primera epístola, Juan dice: *«Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida...»* (1ª Juan 1:1). En el libro de Apocalipsis descubrimos cómo la vida sorbió a la muerte. En la nueva

Jerusalén hay vida por doquier. Allí está el río de vida y el árbol de vida alcanzando a toda la ciudad. Todo habla de vida.

Amados hermanos, estamos viviendo un periodo muy crucial no sólo para nuestra vida cristiana personal, sino también para nuestra vida corporativa como iglesia de Dios. Encontramos muerte por todos lados. La muerte está tratando de entrar en la iglesia a fin de corromperla y destruirla. ¿Cómo lucharemos contra esa muerte que se cierne sobre la iglesia y que se cierne sobre nuestras vidas?

Hermanos, busquen la vida, la vida eterna. Acuérdense de la vida que Dios les ha concedido. Confíen en esa vida, sigan esa vida, cultiven esa vida, desarrollen esa vida, dejen que esa vida crezca en ustedes. Cuando la vida aumenta, la muerte obligatoriamente disminuye. Esa es la promesa de la vida.

Estamos convencidos de que en los días que vivimos el énfasis debe ser puesto en la vida. No estamos en tiempo de enfatizar las leyes: 'Haz eso y no hagas aquello', porque eso no funcionará. Es tiempo de enfatizar la gloriosa vida de nuestro Señor Jesús. Conoce esa vida que está en ti. Si conoces esa vida, tú serás un vencedor.

No es tiempo de enfatizar el mero conocimiento, pues aunque el conocimiento sea bueno, él no puede luchar contra la muerte. La vida es el secreto. El motivo por el cual Pablo podía permanecer firme es porque él conocía la vida. *«Para mí el vivir es Cristo ... No yo, mas Cristo»*.

No hay duda de que Pablo, como ser humano, puede ser derrotado, pero es Cristo quien vive en él. Él conoce a Cristo como su vida. Cuánto necesitamos conocer a Cristo como nuestra vida. Él no es sólo nuestro Salvador, aquel que nos salva; él es nuestra vida misma. Y esa vida debe ser conocida y experimentada, esa vida tiene que crecer en nosotros. Ese es el único medio por el cual podremos permanecer firmes, el único medio por el cual podremos sostener el testimonio de Jesús en estos días críticos.

Seguir

«...*sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor*» (2ª Tim. 2:22). Cuando las situaciones se tornan difíciles, nuestra reacción natural es retroceder y no seguir o avanzar. Somos propensos a retroceder, porque esta es una forma de guardarnos a nosotros mismos. Pero el apóstol Pablo dice que no es tiempo de echar pie atrás. Es tiempo de seguir.

Como ya decíamos, la iglesia es ahora una casa grande. En una casa grande hay vasos de honra y vasos de deshonra, vasos de oro y de plata, y también vasos de madera y vasos de barro.

Los vasos para honra son de oro y plata. El oro representa la naturaleza divina. La plata, a su vez, representa la redención de Jesucristo, porque piezas de plata –monedas o siclos de plata– eran usadas como dinero de redención.

Todos nosotros somos vasos en esta casa grande. Los vasos existen

para ser utilizados por el dueño de la casa, evidentemente por Dios mismo. Nosotros somos sus vasos, y él quiere usarnos para su propósito. Pero algunos son vasos para honra; son utilizados para un fin honroso si son vasos de oro y de plata. Es decir, si nosotros vivimos por la vida de Dios, tenemos su vida en nosotros, y esa vida tiene una naturaleza divina. Si vivimos por medio de esa naturaleza divina que está en nosotros, y si vivimos por la obra redentora de Cristo Jesús, o sea, por su gracia, entonces nos tornamos vasos de honra. De lo contrario, seremos vasos de madera y de barro.

En las Escrituras, la madera representa siempre la naturaleza humana. Los humanos, como la madera, somos corruptibles. Somos también barro, pues fuimos hechos del polvo de la tierra. Si nosotros pertenecemos al Señor, es cierto que estamos en aquella casa grande; sin embargo, si continuamos viviendo por medio de nuestra vida terrena, si seguimos andando en la carne, de modo humano, seremos vasos de madera o de barro, vasos de deshonra.

Por supuesto, eso no significa que Dios haya predestinado a algunos creyentes para que fuesen vasos de honra y a otros de deshonra. En absoluto. Al leer este pasaje con cuidado, descubrimos que de hecho lo que determina si tú serás vaso para honra o vaso para deshonra es tu reacción. Depende de tu respuesta.

En otras palabras, si tú no estás dispuesto a ser un vaso para deshonra, si estás deseando purificarte a ti

mismo, permitiendo que el Espíritu Santo te discipline, si estás decidido a colaborar con Dios, a negarte a ti mismo, a tomar tu cruz y seguir al Señor, entonces serás purificado de aquello que es madera y barro y te transformarás en un vaso de oro y de plata. Te tornarás un vaso apropiado para uso del Maestro, santificado y honrado.

En una casa hay muchos vasos, mas yo diría que normalmente hay más vasos de madera y barro que vasos de oro y de plata. Es probable que los vasos de oro y de plata sean muy escasos, apenas unos pocos; por otro lado, hay muchos vasos de madera y de barro en la casa. Eso es una verdad espiritual.

Así en la época de Pablo, cuando él escribió esta carta, la iglesia en general estaba caída. Todos los que estaban en Asia habían desaparecido y habían abandonado a Pablo. Piensen en cuánto había trabajado Pablo en Asia, cuántas lágrimas había derramado día y noche, y cómo él había dado su propia vida por aquellos santos. Él no había retenido nada, sino que les había comunicado todo el consejo de Dios. Él se derramó a sí mismo a favor de aquellos hermanos, pero toda Asia lo abandonó.

No obstante, eso no significa que en Asia no hubiera nadie que fuese leal a Dios. La casa de Onesíforo es un ejemplo. Onesíforo era un hombre capaz de poner en riesgo su propia vida. Aun en Roma, él buscó a Pablo, y su presencia trajo gran consuelo al apóstol. También en Asia estaban Priscila, Aquila, Timoteo y varias otras personas, pero ellos eran una minoría.

Hermanos, a nosotros nos gusta ser populares, nos gusta estar con las multitudes, andar en la misma corriente. Nosotros no queremos estar entre la minoría. Pero es muy posible que la minoría esté constituida por aquellos que son vasos para honra, vasos de oro y de plata. Así fue en la época de Pablo, y es verdad hoy también.

¿Qué debemos hacer? ¿Debemos hacer concesiones? ¿Debemos dejarnos llevar por la multitud, o estamos dispuestos a purificarnos a nosotros mismos para seguir la justicia, la fe, el amor y la paz con los que de corazón puro invocan al Señor?

«Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo» (2ª Tim. 2:19).

El Señor no mira la apariencia externa. Él ve el corazón. Él está buscando a aquellos que tienen un corazón limpio. Un corazón limpio, sin embargo, es diferente de un buen corazón. Algunas personas pueden tener un buen corazón, mas un corazón limpio, es un corazón simple para con el Señor. *«Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios» (Mateo 5:8).*

El corazón limpio es un corazón que ve a Dios solamente. No es aquel que tiene una doble intención, es como los ojos de una paloma. Los ojos de una paloma pueden ver sólo una cosa cada vez. Cuando las dificultades surgen, es muy fácil tener una visión doble, pero el Señor está buscando un corazón limpio.

Dondequiera que encuentres per-

sonas con un corazón limpio, sigue con ellas, permanece con ellas, para que juntos puedan buscar la justicia, la fe, el amor y la paz.

Conciencia limpia

Cuando las cosas empiezan a ponerse difíciles, cuando la iglesia está fuera de orden, ¿qué haces tú?

¿Cómo podrás resistir la corriente y mantener el testimonio de Jesús? Sólo hay una respuesta: tenemos que regresar a la fuente. A medida que avanzamos en el estudio de esta carta, comprenderemos qué fuente es ésta.

Es muy interesante observar que en esta última carta de Pablo, que expresa su última voluntad y testamento, él hace memoria de su pasado y dice las siguientes palabras: «*Doy gracias a Dios, al cual sirvo desde mis mayores con limpia conciencia...*» (2ª Tim. 1:3).

Pablo siempre intentó mantener una conciencia limpia, una buena conciencia. Este era su testimonio. Al leer el libro de Hechos, descubrimos que en forma reiterada Pablo dice: «Por lo cual me esfuerzo por tener siempre una conciencia limpia delante de Dios y de los hombres ... he andado delante de Dios con toda buena conciencia hasta el día de hoy».

La conciencia, por tanto, es algo muy importante, especialmente para un cristiano. Se puede entender la importancia de la conciencia a través de la siguiente afirmación: La conciencia es el último lazo de unión entre Dios y el hombre caído. Después de la caída del hombre, el único vínculo con Dios era la conciencia, pues

de alguna manera la conciencia del hombre le da a entender que hay un Dios, de alguna manera la conciencia le dirá al hombre que las cosas que él hace están erradas.

¿Por qué se puede afirmar que algo está errado, aunque no existan modelos? Porque de alguna forma la conciencia del hombre le dice que si él hace lo incorrecto, él sufrirá por esto. Habrá recompensas, habrá castigos. Por ese motivo, cuando el evangelio es predicado y las personas son tocadas en su corazón, es como si una espina les hiriese el corazón, es como tener la conciencia herida por una espina. Es por medio de la conciencia que el evangelio de Jesucristo penetra en la vida de las personas. La conciencia es el último vínculo entre el hombre y Dios.

Es importante destacar, sin embargo, que no se puede confiar en la conciencia del hombre caído. O sea, tú no puedes decir: 'Yo vivo por medio de mi buena conciencia'. Incluso un ladrón podría decir que vive por medio de su buena conciencia. Todos pueden decir: 'Yo vivo por mi buena conciencia', pero ¿cuál es la condición de la conciencia de las personas? Es una conciencia cauterizada. Por tal razón, no se puede confiar de modo alguno en la conciencia del hombre caído. El incrédulo no puede vivir por su buena conciencia, porque ella está endurecida, no es digna de confianza.

Por otra parte, para el cristiano, la conciencia es muy importante, porque la sangre de Jesucristo limpió nuestra conciencia. Todas las acusaciones, todas las cosas malas

en la conciencia fueron lavadas y limpias por la preciosa sangre de nuestro Señor Jesucristo. Ahora nosotros podemos estar delante de Dios con una conciencia limpia, y debemos conservarla así. Cualquier cristiano que empiece a descuidarse de su conciencia fracasará en su fe de la misma forma como un navío zozobra en el mar.

Al final de su vida, Pablo dijo: *«Doy gracias a Dios, al cual sirvo desde mis mayores con limpia conciencia...»* (2ª Tim. 1:3). Los antepasados de Pablo servían a Dios con una conciencia limpia. Pablo dijo: *«Yo soy fariseo, hijo de fariseos»*. Él venía de una familia de fariseos. Normalmente, cuando pensamos en los fariseos, la primera cosa que nos viene a la mente es su hipocresía; pero tenemos que recordar que también había verdaderos fariseos.

Es evidente que los padres de Pablo, así como él mismo, eran verdaderos fariseos. Ellos servían a Dios con una conciencia limpia, de acuerdo con todo lo que ellos sabían, de acuerdo con el conocimiento y la tradición que ellos tenían. Servían al Señor de acuerdo con la luz que había en sus conciencias. Es claro que esta luz no era perfecta, mas gracias a Dios, en el camino a Damasco, Pablo recibió la revelación de Jesucristo, y ahora su conciencia podía vivir bajo una luz perfecta. Cristo se tornó su conciencia y él procuró siempre servir a Dios con su conciencia limpia, con una buena conciencia.

Pablo podía decir: *«No fui rebelde a la visión celestial»* (Hechos 26:19). Él

servía a Dios con una conciencia limpia, y eso es algo que sus padres ya hacían. Sus padres servían a Dios con una buena conciencia, aunque tuviesen una luz menor; pero ahora que Pablo tenía más luz, él servía a Dios con una conciencia limpia, de modo más excelente. La fe de Pablo tenía raíces.

Esto mismo es verdadero con respecto a Timoteo. Pablo dice: *«...trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice, y estoy seguro que en ti también»* (2ª Tim. 1:5). Nosotros no sabemos cómo Loida y Eunice vieron al Señor. Hay diferentes teorías sobre este tema. Lo importante es que en esta carta de Pablo se dice que la abuela y la madre de Timoteo tenían una fe sincera, y Timoteo también tenía esta misma fe. Esta es una realidad muy preciosa.

Sin duda, Pablo fue el instrumento a través del cual Timoteo fue traído al Señor, porque Pablo lo llamaba su hijo en la fe. Es evidente, sin embargo, que Loida y Eunice tuvieron gran influencia en la vida del joven. Él fue criado bajo el cuidado, la amonestación y la disciplina de ambas mujeres. Esto es algo maravilloso. La fe de Timoteo tenía un origen conocido. Pablo también dice: *«Tú, por lo tanto, persiste en aquello que aprendiste, y te persuadiste, sabiendo de quién lo aprendiste»*.

Timoteo creció espiritualmente bajo la tutela de Pablo, y Pablo debe haber invertido mucho tiempo a fin de que Timoteo fuese edificado en el Señor. Él dice: *«Tú, por tanto, has se-*

guido de cerca mi enseñanza, procedimiento, propósito, fe, longanimidad, amor y perseverancia, mis persecuciones y mis sufrimientos; Timoteo, tú conoces mis objetivos y sabes todo sobre mí, tú conoces todas esas cosas y también sabes de donde proviene todo». Timoteo conocía la fuente, y si tan sólo permaneciese en aquello que había aprendido, no se distraería ni sería engañado.

¿Cuál era la fuente de donde Timoteo había aprendido? La respuesta está en 2ª Timoteo 3:10-12. Y no solamente eso; Pablo también dice a Timoteo: *«...y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra»* (2ª Tim. 3:15-17). Timoteo conocía las Escrituras.

Hermanos, cuando las cosas empiezan a cambiar, cuando comienzan a propagarse las herejías, cuando las dudas comienzan a aparecer, es porque ha llegado la hora de volvernos a la fuente. La fuente es la Palabra de Dios. Si nosotros conocemos la palabra de Dios y la guardamos en el corazón, entonces no seremos engañados. Si sabemos de quién hemos recibido y si aquello que hemos recibido permanece, entonces nuestra atención no se desviará. Si conocemos la fe de nuestros antepasados, somos capaces de seguir adelante.

Hombres fieles

«Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encargo a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros» (2ª Tim. 2:2).

Es muy interesante observar que Pablo en su primera carta a Timoteo mencionó obispos y diáconos. Eso se refiere al orden en la iglesia. Pero en la segunda carta, Pablo no menciona a obispos y diáconos, sino que sólo hace referencia a hombres fieles.

Cuando la iglesia está en condiciones normales, es la casa del Dios vivo; hay por lo tanto un orden dado por Dios de acuerdo con el cual la iglesia debe funcionar, y según este orden, los obispos supervisan y los diáconos sirven.

Pero cuando la iglesia no está en su condición normal, descubrimos que Dios ya no está buscando un orden exterior; Dios está buscando calidad interior. El cargo no es lo que tiene importancia, pues todo lo que Dios está procurando es la realidad espiritual. No es una cuestión de establecer obispos y diáconos, el asunto ahora es quién es fiel. Y a aquellos que son fieles les es confiado el depósito que Dios puso en la iglesia.

De cierto modo, Pablo representa la primera generación, y Timoteo la segunda generación. La primera generación está pasando; en poco tiempo Pablo ya habrá pasado al Señor. De manera que Timoteo, que representa la segunda generación, está recibiendo el testimonio de Jesús y deberá transmitirlo a la segunda generación. Pero, ¿cómo va a ser transmitido ese testimonio?

Pablo nos dirá: *«...encarga a hom-*

bres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros». Ese mismo principio puede ser encontrado en el Nuevo Testamento como un todo. Cuando Dios usó a Pablo para escribir las siete cartas a las iglesias, estas fueron escritas en una situación normal. Por ejemplo, en Filipenses, él se refiere a obispos, diáconos y hermanos. Pero en el segundo grupo de cartas a las iglesias a través de Juan en Apocalipsis, esos cargos ya no son mencionados. Allí encontramos: «*Escribe al ángel (mensajero) de la iglesia en Éfeso*», y así sucesivamente.

¿Quiénes son los mensajeros? No son los que tienen un cargo oficial, sino los que son fieles al testimonio de Jesús. Son los vencedores. Por tanto, hermanos, cuando la iglesia está en crisis, el énfasis de Dios ya no está en la organización externa. Dios no está tratando de reorganizar. El énfasis de Dios está en la realidad interior. Dios está buscando fidelidad. Aquellos que son fieles llevarán adelante el testimonio de Jesús. No es algo que Timoteo deba hacer solo, sino que él deberá encontrar personas que son fieles para avanzar con él, porque eso es algo que un hombre solitario no puede hacer. Yo creo, hermanos, que eso es lo que Dios desea hoy de nosotros.

Llamados al sufrimiento

«*Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo*» (2ª Tim. 2:3).

El llamado del evangelio no significa sólo que somos llamados a la vida, a la incorruptibilidad y a la gloria; es también un llamado al sufri-

miento. Recordemos que nuestro Señor Jesús primero padeció y después entró en su gloria. Por tanto, todos aquellos que desean vivir una vida piadosa sobre esta tierra, tendrán que sufrir.

No te sorprendas por el sufrimiento. El sufrimiento es algo normal, es nuestro llamamiento. Somos llamados a sufrir, no por nuestros pecados, sino a padecer por el nombre de Cristo, a sufrir como cristianos. No te avergüences del sufrimiento. Pablo dice: «No te avergüences de mis sufrimientos. No te avergüences de mis prisiones, porque estoy en cadenas por amor a Cristo. Participa de mis sufrimientos».

Amados hermanos, si nosotros estamos preparados para sufrir, si sabemos que fuimos llamados al sufrimiento, entonces, cuando la prueba venga no seremos abatidos. Pues sabemos que es parte de nuestro llamamiento y es a través del sufrimiento que Dios nos perfecciona, nos madura y nos prepara para su gloria. «Si sufrimos con él, también reinaremos con él». ¿Estamos dispuestos a sufrir por amor a Cristo?

La última voluntad de Pablo y su testamento

Finalmente Pablo dice: «*Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe*» (2ª Tim. 4:6-7). Sabemos que Pablo puede hacer esta afirmación no por causa de sí mismo, sino por causa de aquel en el cual creía.

Él dice: «*He peleado la buena bata-*

lla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia» (v. 7-8). Y no sólo eso, sino que él continúa diciendo: «La corona de justicia no es sólo para mí, sino también para todos cuantos aman su venida, para todos los que aman el apocalipsis, la epifanía de nuestro Señor Jesús, la venida de nuestro Señor Jesús. El Señor viene pronto. No pasará mucho tiempo hasta que él venga».

Y Pablo está diciendo: «Dios me guardará. Él me guardará para su reino milenial». Paulo estaba cercano a perder su vida, y él sabía que esta-

ba siendo guardado para aquel reino celestial.

Amados hermanos, ¿sabemos en quién hemos creído? ¿Estamos plenamente convencidos de que él es capaz de guardar hasta aquel día aquello que se nos ha confiado? Si tenemos esa certeza, entonces no hay nada que temer. En lugar de retroceder o desistir, vamos a seguir. La causa de Dios debe avanzar hasta que su propósito esté completamente realizado.

Que el Señor nos ayude.

*Tomado de Vendo Cristo no
Novo Testamento, Tomo III.*

* * *

División

Cuando fui a África como misionero me sorprendieron dos características excepcionales del cristianismo africano. La primera fue el crecimiento de la iglesia durante el siglo XX. Las cifras que solían circular eran sencillamente asombrosas. Se estima que en 1900 había ocho millones de personas que profesaban ser cristianas en África, alrededor del 10% del continente. Para 1980, la cifra era de 250 millones, la mitad de la población de toda África. Nunca en la historia de la iglesia ha tenido lugar semejante crecimiento en un solo siglo.

Mi emoción al descubrir esta característica del cristianismo africano pronto se enfrió al descubrir una segunda característica. Me di cuenta de su enorme desunión. El estadístico David Barrett estimaba que había más de cinco mil iglesias independientes en África a finales de los setenta. Estos grupos sobrepasaban los siete millones de miembros de las 290 tribus de todo el continente. Más recientemente, el historiador de la iglesia John Baur estimaba que había cerca de diez mil grupos de este tipo. El fragmentado cuerpo de Cristo sigue dividiéndose.

Una cosa sería que éste fuera sólo un problema africano, pero no es así. A comienzos del siglo XX había aproximadamente 900 denominaciones en Occidente. A finales de los ochenta, la cifra estimada era de 22.000.

Mark Shaw, en 10 grandes ideas en la historia de la Iglesia

Los nombres de Cristo (14).



Maestro

Harry Foster

Esta palabra es dada como interpretación para varios títulos que sus contemporáneos aplicaron al Señor Jesús. La más común de ellas es la expresión que realmente significa Maestro, cuya contraparte hebrea es *Rabí* o *rabino* (Juan 1:38).

No hay nada excepcional acerca de la palabra misma. Se aplica a los 'doctores' con quienes el niño Jesús discutía en el templo; fue usada por Cristo para describir a Nicodemo, el 'maestro de Israel'; y es la palabra empleada para designar a aquéllos en las iglesias que tenían el don espiritual de enseñar (Efesios 4:11). Pero el Señor tomó el término genérico y le otorgó un significado único para aquéllos que estaban orgullosos de

reconocerse como sus discípulos. Para ellos habría sólo uno que podía ser su Maestro en las cosas de Dios.

Saulo de Tarso tuvo una vez al gran Gamaliel como su maestro, y él describió esa relación diciendo que había sido instruido «a los pies» de este gran rabino (Hechos 22:3). Las Escrituras hacen uso de esta misma frase para referirse a aquéllos que disfrutaban de sentarse a los pies de Jesús. María de Betania se destacó a este respecto, y es así como se la evoca hasta hoy.

Cuando Marta le envió el mensaje: «*El Maestro está aquí y te llama*», ella supo en seguida quién había llegado y salió para expresarle sus dudas y perplejidades en esta misma posición – a Sus pies (Juan 11:32).

Aun los más experimentados de entre nosotros, hacemos bien en mantener nuestro lugar a los pies de Jesús como sus discípulos.

Igualmente el jefe de familia en Jerusalén, cuando se le dijo que el Maestro solicitaba el aposento para comer la pascua, respondió al instante y con todo su corazón a esta demanda. No había necesidad de nombrarlo. Para él había sólo un Maestro.

Todos los maestros humanos tienen sus limitaciones. Parece que el Señor Jesús en el templo, aunque sólo tenía doce años de edad, tenía que proporcionar las respuestas a las preguntas que él mismo había planteado. Había cosas que los grandes doctores no conocían. Esto fue ciertamente verdad en el caso de Nicodemo, de modo que el Señor mismo tuvo que enseñar al gran maestro, que había llegado y había

abierto la conversación con las palabras: «Nosotros sabemos...». Es evidente que éste no conocía las cosas del Espíritu (Juan 3:10).

Sólo Jesús lo conoce todo. Él es verdaderamente nuestro Maestro. Por esta razón, aun los más experimentados de entre nosotros, hacemos bien en mantener nuestro lugar a los pies de Jesús como sus discípulos. El aspirante a maestro puede terminar a menudo no sólo exponiendo sus limitaciones sino sus contradicciones (Santiago 3:1).

El último uso del título es quizás el más conmovedor e inspirador. Cuando el Salvador no reconocido se reveló a María por la sencilla pronunciación del nombre de ella, María se volvió rápidamente a Él y exclamó: «¡Raboni!» (Juan 20.16).

Juan nos relata que ella dijo simplemente: «¡Maestro!», pero nosotros sabemos algo de la devoción ardiente que ella puso en esa única palabra. Lo que importa no es lo que nosotros decimos sino cómo lo decimos.

*Toward the Mark Vol. 3,
No. 4, Julio - Agosto 1974.*

* * *

Dos clases de personas

¿Qué diferencia hay entre una persona que nunca necesita ayuda y otra que ha aprendido a buscarla en Dios? No es que la primera actúe mal y la segunda bien. El ateo autosuficiente puede ser una persona buena y con principios. Pero es como un arbusto que crece en el desierto: si se basta a sí mismo, corre el riego de secarse y marchitarse cuando se le acabe lo que lleva dentro. En cambio, quien acude a Dios se asemeja a un árbol plantado junto a un arroyo, lo que comparte con el mundo proviene de una fuente inagotable, de modo que jamás se seca.

Harold Kushner, en revista "Gethsemani"

COSAS VIEJAS

DÁLET

"Abatida hasta el polvo está mi alma; vivifícame según tu palabra. Te he manifestado mis caminos, y me has respondido; enséñame tus estatutos. Hazme entender el camino de tus mandamientos, para que medite en tus maravillas. Se deshace mi alma de ansiedad; susténtame según tu palabra. Aparta de mí el camino de la mentira, y en tu misericordia concédeme tu ley. Escogí el camino de la verdad; he puesto tus juicios delante de mí. Me he apegado a tus testimonios; oh Jehová, no me avergüences. Por el camino de tus mandamientos correré, cuando ensanches mi corazón" (Salmo 119: 25-32).

En este precioso pasaje hallamos 5 veces la palabra "camino" o "caminos". Si seguimos este concepto a través del pasaje, nos podemos dar cuenta de que hay una progresión que va desde los caminos del hombre al camino de Dios.

"Te he manifestado mis caminos", dice el creyente, estando en gran abatimiento. Mientras siguió sus caminos estuvo abatido hasta el polvo. Luego de exponerlos delante de Dios, viene la respuesta: *"y me has respondido"*. y entonces viene el deseo de dejarlos para poder entender *"el camino de Dios"*.

Continúa la oración pidiendo que aparte de él el camino de la mentira, porque escogió el camino de la verdad. Sólo puede orar con esta fe y con esta decisión quien ha dado un paso de consagración. Él ya hizo una elección y ahora pide al Señor que aparte de él todo camino de mentira. Él pide no ser avergonzado. Hay aún tres pasos de consagración aquí: a) escogió el camino de la verdad; b) puso los juicios de Dios ante sí; y c) se apegó a los testimonios de Dios. Por tanto, espera no ser avergonzado.

Finalmente, expresa una oración en forma de deseo. Es una afirmación acerca del futuro, que está en directa relación con una obra que espera recibir de Dios.

Espera que, en cuanto el Señor ensanche su corazón, pueda él correr –no sólo andar– *por el camino de los mandamientos de Dios*. Aquí es Dios y no el creyente quien queda comprometido para actuar, para dar el próximo paso. Si Dios actúa, entonces el creyente podrá también hacerlo. Esto es fe y es conocimiento de Dios. Esto es apegar el corazón a Dios y atreverse a demandarle, porque sabe que Él lo hará.

EL BUEN SAMARITANO

Jesús dialoga con los judíos.

Un intérprete de la ley pregunta: “Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?” (Lucas 10:25). El Señor Jesús lo remite a la ley.

El Señor le habla en su propio idioma. El intérprete era un erudito en la ley, y el Señor le manda a amar a Dios con todo su ser y a su prójimo como a sí mismo.

El hombre, entonces, queriendo justificarse, pregunta: “*¿Y quién es mi prójimo?*”, es decir, ¿A quién debo amar como a mí mismo?

Entonces el Señor Jesús relata la historia del samaritano que cayó en manos de ladrones.

Al concluir, pregunta al hombre: “*¿Quién de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?*”, es decir, ¿quién fue el prójimo del herido?

El Señor aquí cambia la dirección de la pregunta del intérprete. No dice, ¿cuál es tu prójimo aquí?, sino cuál es el prójimo del herido. Como éste preguntaba acerca de su prójimo para amarle, el Señor asimila al intérprete con el herido, que más que amar, necesita ser amado.

El pensaba, en su presunción, que podía guardar la ley, y que estaba en condiciones de amar a su prójimo. Pero el Señor le dice que él ha sido despojado, herido y que ha quedado medio muerto. El necesita un samaritano misericordioso que vende sus heridas, lo lleve al mesón, y pague los gastos de su convalecencia.

¿Quién es el prójimo? No el que necesita mi compasión, sino Aquél que se compadeció de mí. A Él debo amar como a mí mismo.

¿CUÁNTO SABE DE LA BIBLIA?

El tema de esta ocasión es 'ángeles'. La palabra 'ángel' (griego 'aggelos') significa 'mensajero'. Como mensajeros de Dios, los ángeles son portadores de buenas nuevas, así como ejecutores de los juicios de Dios. Respecto a los creyentes, ellos guían (Gén. 24: 7, 40), protegen (Salmo 34: 7), y reconfortan (Hechos 27: 2, 24). Aunque son mayores que el hombre en fortaleza, no tuvieron acceso a los misterios de Dios, que al hombre le fueron revelados por el evangelio.

Hemos escogido 21 episodios bíblicos en que hay presencia de ángeles. Si usted es un lector atento de la Biblia, no tendrá dificultades en responder correctamente las preguntas que se plantean a continuación.

Responda sin buscar ayuda. Hallará las respuestas correctas en la página 119.

1. El ángel del Señor se le apareció a Agar y le comunicó el nombre que debía ponerle a su hijo. ¿Cuál fue el nombre?
 - a. Ismael
 - b. Mibsam
 - c. Nebaiot
 - d. Israel
2. ¿Cuántos ángeles salvaron a Lot y su familia de la fatídica ciudad de Sodoma?
 - a. Doce
 - b. Cuatro
 - c. Dos
 - d. Seis
3. ¿Qué apóstol fue liberado de la cárcel por un ángel?
 - a. Pablo
 - b. Jacobo
 - c. Juan
 - d. Pedro
4. Balaam no pudo ver al ángel del Señor, pero su asna sí. ¿Qué llevaba el ángel que hizo que el animal se saliera del camino?
 - a. Un látigo
 - b. Una espada
 - c. Una antorcha
 - d. Una vara
5. El ángel del Señor ordenó a Felipe ir a Gaza. ¿A quién encontró en seguida Felipe?
 - a. A un etiope
 - b. A Pedro
 - c. A Bernabé
 - d. A un fariseo
6. ¿Cómo se llamaba el ángel que se le apareció a María y a Zacarías?
 - a. Miguel
 - b. Rafael
 - c. Gabriel
 - d. No se registra
7. ¿La madre de qué hombre fue visitada por un ángel que le anunció que daría a luz un hijo que se consagraría como nazareo?
 - a. La de Samuel
 - b. La de Juan
 - c. La de Elías
 - d. La de Sansón
8. Elías fue alimentado por un ángel cuando estaba huyendo de una reina malvada. ¿Quién era ella?
 - a. Atalía
 - b. Débora
 - c. Vasti
 - d. Jezabel
9. Es la única persona de la cual se cuenta que luchó con un ángel:
 - a. Sansón
 - b. Jacob
 - c. Isaías
 - d. Goliat
10. ¿Qué funcionario romano fue visitado por un ángel que le comunicó que sus oraciones habían sido escuchadas?
 - a. Cornelio
 - b. Félix
 - c. Agabo
 - d. Blasto

11. ¿A quién le confió un ángel la tarea de salvar a los israelitas de las manos de Madián?
 a. A Caleb b. A Gedeón
 c. A Otoniel d. A Jefté
12. ¿Qué seres celestiales custodiaban la entrada del Edén?
 a. Querubines b. Serafines
 c. Ángeles d. Ancianos
13. ¿A quién le tocó los labios un ángel con un carbón encendido?
 a. A Jeremías b. A Isaías
 c. A Habacuc d. A Elías
14. ¿A qué ejército extranjero le mató un ángel 185.000 hombres?
 a. A los griegos b. A los egipcios
 c. A los cananeos d. A los asirios
15. ¿A quién detuvo un ángel cuando estaba a punto de sacrificar a su hijo?
 a. A Caín b. A Abraham
 c. A Moisés d. A José
16. ¿Quién fue llevado al seno de Abraham por los ángeles?
 a. Jacob b. Moisés
 c. Lázaro d. Malaquías
17. ¿Qué evangelio afirma que un ángel hizo rodar la piedra que tapaba la entrada del sepulcro de Jesús?
 a. Lucas b. Marcos
 c. Mateo d. Juan
18. ¿Quién soñó con un ángel que le mostraba una cantidad de ovejas?
 a. Amós b. Abraham
 c. David d. Jacob
19. ¿Cuántos ángeles habrá como guardianes ante las puertas de la nueva Jerusalén?
 a. Doce b. Veinticuatro
 c. Millones d. Miles
20. ¿Qué profeta vio al ángel del Señor cabalgando sobre un caballo rojo?
 a. Hageo b. Sofonías
 c. Joel d. Zacarías
21. ¿Qué nombre tiene el ángel de los abismos en el Apocalipsis?
 a. Luzbel b. Satanás
 c. Abadón d. Belcebú

* * *

Gente pequeña

A los ojos de Dios, no hay gente pequeña ni lugares pequeños. Los que piensan de sí mismos que son personas pequeñas que viven en lugares pequeños, si están comprometidos con Cristo y viven bajo su señorío en todas las áreas de su vida, pueden, por la gracia de Dios, cambiar el curso de nuestra generación.

Francis Schaeffer, en No hay gente pequeña

LA ESCUELA DE DIOS

Moisés vivió cuarenta años en el desierto, tal vez los mejores años de su existencia. El Señor, en su bondad, sabiduría y fidelidad, condujo a su siervo a un lugar aparte, lejos de la mirada y de los pensamientos de los hombres, para educarle bajo su dirección inmediata.

Es cierto que Moisés había pasado sus primeros cuarenta años en el palacio de Faraón; y si bien su estancia en la corte del rey no fue sin provecho, todo lo que había aprendido allí no era nada en comparación con lo que aprendió en el desierto. El tiempo pasado en la corte podía serle útil, pero la estancia en el desierto le era indispensable.

Nada puede reemplazar la comunión secreta con Dios, ni la educación que se recibe en su escuela y bajo su disciplina. "Toda la sabiduría de los egipcios" no le habría hecho apto para el servicio al cual debía ser llamado. Podría haber recibido títulos en las escuelas de los hombres sin haber aprendido siquiera el abecedario en la escuela de Dios.

Porque, por mucho valor que tengan, la sabiduría y la ciencia humanas no pueden hacer de un hombre un siervo de Dios, ni dar la aptitud necesaria para cumplir un deber cualquiera en el servicio divino. Los conocimientos humanos pueden capacitar al hombre no regenerado para llenar un papel importante delante del mundo; pero es necesario que aquel que Dios quiere emplear en su servicio esté dotado de cualidades muy diferentes, cualidades que sólo se adquieren en el santo retiro de la presencia de Dios.

Dios ha tenido a todos sus siervos mucho tiempo a solas con él, bien antes, bien después de su entrada al ministerio público. Sin esta disciplina, sin esta experiencia en secreto, nunca seremos más que unos teóricos estériles y superficiales. Aquel que se aventura en un ministerio público sin haberse pesado debidamente en la balanza del santuario, y sin medirse de antemano en la presencia de Dios, se parece a un navío dándose a la vela sin haberse equipado convenientemente, cuya suerte indudable es el naufragio al primer embaite del viento.

Por el contrario, aquel que ha pasado por las diferentes clases de la escuela de Dios posee una profundidad, una solidez y una constancia que forman la base esencial del carácter de un verdadero siervo..

C. H. Mackintosh

¿Cómo fueron los hogares de los grandes hombres y mujeres de Dios del pasado?



La vida hogareña de los Mártires

Dennis Kenaston

Todos los que viven piadosamente sufrirán persecución. Este sufrir produce más gracia, un amor más profundo y una carga mayor por los perdidos. Con el tiempo, todo esto resulta en una iglesia poderosa y dinámica, la que es el cuerpo de Cristo en la tierra. Los anales de la historia de la iglesia son adornados con los testimonios de tal avivamiento entre el pueblo de Dios, acto que arde con el combustible de los efectos de la persecución.

Había un precioso grupo de tales personas que vivía en Europa durante el siglo XVI. Sus perseguidores los llamaban 'Anabaptistas' o anabautistas (Estas palabras significan: 'Bautizar otra vez'); porque ellos creyeron en el bautismo del creyente y renunciaron a su bautismo

infantil, realizado por la Iglesia Romana. Oh, ¡cuánto amaban al Señor Jesucristo! Oh, ¡cuánto amaban la Palabra de Dios y querían obedecerla en cada aspecto! La persecución y el martirio les esperaban a esas preciosas personas por dondequiera que iban. Desde el año 1525 al año 1600, multitudes de ellos dieron sus vidas por la causa de Cristo. Estos años abarcaron tres generaciones. Hace tiempo pensaba: «*Esos pequeños rebaños eran gente poderosa*». Ellos debieron de tener hogares potentes. Pero hay un problemita. No hay escrito mucho acerca de ellos, tampoco hay mucho acerca de sus hogares. Hace tiempo se sugirió investigar la historia de los mártires de esa época, en cuanto a sus hogares. Hay un libro grande titulado, *The Martyr's Mirror*

La antorcha tiene que arder en el corazón y en la mano de una generación para que se pase a la siguiente.

(El Espejo de los Mártires) que está en las librerías de casi todos los hogares de la comunidad donde vivo. Tiene más o menos 1100 páginas con cartas e historias, hechos vívidos en los juicios, confesiones y muertes de esos mártires. Hemos devorado este libro, encontrando una inspirante e instructiva mina de oro. En el mismo, hay muchas cartas escritas en la prisión. Hay cartas de un padre o de una madre, escritas a sus hijos un poco antes que los quemaran en el poste. Hay cartas de un marido a su esposa o viceversa. También hay cartas de los jóvenes, escritas para sus padres. Yo tenía que leer entre líneas en mi búsqueda del tesoro, porque no hay enseñanza directa sobre el hogar. Sin embargo, el tesoro está allí.

Hace un tiempo había enseñado que una vida dedicada, que se vive real y a cada momento 'detrás de las puertas cerradas', producirá hijos piadosos. Este principio no se había revelado tan claramente antes, como en este estudio de los anabaptistas y sus hijos. A través de la persecución, la gracia fluía como un río desde los padres hacia sus hijos. Quiero hacer notar de varias maneras cómo esto pasó. Ya sea por la falta de historias e interesantes eventos escritos, actualmente no hay tales registros. Creo

que las autoridades de ese entonces quisieron destruir la memoria de esa gente que servía a Dios fielmente. Pero en lugar de esto, sus vidas produjeron otra generación de cristianos brillantes, que frustraron y confundieron a esas autoridades. Creo que nosotros y nuestros hijos vamos a enfrentar la persecución en el futuro. Es muy bueno que nosotros averigüemos si estamos en el mismo y correcto rumbo. El rumbo que dirigió a aquellos padres del siglo XVI a criar a otra generación de jóvenes preparados para morir por «la fe que ha sido una vez dada a los santos» (Judas 3). Vamos a leer 'entre líneas', para ver lo que se esconde allí.

El amor y la unidad en el matrimonio

Una de las piedras fundamentales de un hogar santo es el amor que fluye dentro del matrimonio. Es una de las influencias quietas y misteriosas que moldean las fuerzas y seguridades interiores de los hijos. Cuando el papá y la mamá se aman el uno al otro, los hijos pueden soportar muchas pruebas y tribulaciones. Así eran los anabaptistas. Fui inspirado y desafiado leyendo una y otra carta de, y para, los prisioneros. Hay unos principios que captaron mi atención, leyéndolas. Primero, noté que el compañerismo que tenían con el Padre y Su Hijo era dulce y los esposos se llamaban el uno al otro 'hermano' y 'hermana', aunque eran esposos. Segundo, a menudo encontré las palabras 'uno', 'unidad' y 'una carne' en las cartas. Sin duda, tenían ellos una potente unidad en sus matrimonios, la cual se menciona una y otra vez.

Creo que esto era a razón de vivir con la unción del Espíritu. Hay una unidad que proviene del Espíritu y ésta no es fabricada al hacer un acuerdo entre dos personas, sino es el fruto de dos vidas caminando juntas a Dios. Fíjate en el corazón de este matrimonio piadoso, en la carta citada a continuación:

«Yo, Martín van der Straten, tu querido esposo y hermano en el Señor, te deseo mucha gracia y misericordia de parte de Dios, nuestro Padre Celestial. De un corazón cariñoso y lleno de amor, mi querido amor, te saludo con fervor. Oh, mi amor queridísimo, a quien amo yo con todo mi corazón, de acuerdo con la Palabra de Dios, que un hombre debe dejar a su padre y a su madre y unirse a su esposa. Porque realmente, mi querida corderita, eres carne de mi carne y hueso de mis huesos. Mi querida amada, de quien tomé la mano con lágrimas de gozo, espero y confío que estés bien, en alma y cuerpo».

La verdadera fe

Oh, ¡cómo poder trasladar a los hijos una fe viva y vibrante, real, y con frutos en la actualidad! Este es el sincero anhelo de cada padre y madre. He notado que se necesita tal fe en los padres, para que los hijos tengan la misma. Una buena iglesia no es suficiente para esto. La buena predicación tampoco lo alcanzará. La antorcha tiene que arder en el corazón y en la mano de una generación para que se pase a la siguiente. Esos mártires morían por su fe; no era por la teología, nada más. La fe, para ellos, era en verdad una fe interior, pero a

la vez, práctica. Por esto, muchos sufrieron el martirio. 'Cual el cuervo, tal su huevo' se dice, y es muy veraz en cuanto al hogar. ¿Cómo es nuestra fe? ¿Están nuestros hijos listos a morir por ella? O, ¿es nuestra fe igual a la de millones que se dicen ser cristianos, pero cuya fe no trae nada de persecución? Fíjate en el corazón de este padre piadoso, en sus finales palabras a su hija:

«Mi queridísima hija, busca con diligencia las Santas Escrituras. Hallarás en ellas que tenemos que seguir a Cristo Jesús y obedecerle hasta el fin. También, hallarás al rebañito que Le sigue. Esta es la señal: viven una vida penitente (en el sentido de dolor por los pecados, con deseos por la santidad). No son conformes a este mundo. Evitan todo lo malo y se encantan en hacer lo bueno. Tienen hambre y sed de justicia. Crucifican su carne pecaminosa más y más cada día; hacen morir al pecado que hace guerra en sus miembros. Buscan y pelean por conseguir lo honesto y lo de buena reputación. No resisten a sus enemigos, y su palabra es fiel. Sienten tristeza por no vivir más santificadamente, por la que frecuentemente lloran y suspiran».

La palabra de Dios

No creo que nosotros, los cristianos americanos, entendamos el potente efecto que la Biblia puede tener en nuestros hijos. Algunos hasta piensan que leyendo demasiado la Biblia, se volverán locos. Así dijo un maestro al apóstol Pablo (Hechos 26:24). Algunos dicen que eso es el lavado de cerebro. Bueno, yo creo que

sería bueno, si nuestros cerebros fueran lavados de la sucia sociedad en que vivimos. Si llenamos la mente de un niño con la Palabra de Dios, pensará en ella durante todos los años en formación. Y, ¿qué pasará? «Todo lo que hace, prosperará» (Sal. 1:3)

Esos anabaptistas estuvieron enamorados de la Biblia. Tenían un Nuevo Testamento a su lado, siempre. Lo abrían y leían en cualquier momento que pudieran, sea en su trabajo o en la casa. En sus cartas, los padres animaban a sus hijos a leerlo en cada oportunidad. En el hogar, se leía y se enseñaba. Se alimentaban de la Biblia en la mañana, al desayuno y al almuerzo. Reverenciaban la Palabra de Dios de tal manera. Los niños fueron enseñados a leer y a escribir en el hogar. ¿Para qué? Sólo por una razón – leer y escribir con la Palabra de Dios.

leyendo las muchas cartas y discusiones que son registradas en *The Martyr's Mirror*, notarás algo inmediatamente: éstas se leen como la Biblia misma. Muchas de las oraciones que se escribieron en las cartas son citas directas de la Biblia. Las cartas fluyen como una carta normal, sin embargo, contienen uno y otros versos de las Escrituras. Unas mil páginas así, bastan para convencer a cualquier persona que aquella gente conoció la Biblia. Tenían que haber memorizado cientos de versos. Estoy seguro que no se permitían Biblias en la prisión, mientras escribían las cartas. Por esto, tenían que escribir de memoria tantos versos. ¿Cómo pasó esto? «...*que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación*» (2ª Tim. 3:15). Los padres tenían

que sembrar la preciosa semilla en los corazones de sus hijos. Tenían que llenar los tiempos vacíos con el agua de la Palabra, no con el diario ni la televisión. ¡Despiértense, cristianos, despiértense! Preparémonos y preparemos a nuestros hijos.

Se necesita padres humildes

Frecuentemente los padres vienen a mí con muchos fracasos por confesar. Y me preguntan, «¿Qué debo hacer?» y «¿Cómo puedo compartir mis fracasos a mis hijos?». Siempre les doy el mismo consejo. Les digo que deben reunir a la familia y humillarse por medio de la confesión. Muchos padres están opuestos a esto. Temen que perderán el respeto de sus hijos y luego los hijos no les obedecerán. Nada puede estar más lejos de la verdad. Cuando tú, padre o madre, te humillas ante tus hijos, realmente te respetarán mucho más, a causa de tu honestidad. Tus hijos saben cuándo te conduces mal. Si tú guardas silencio y no lo confiesas, actuando como hipócrita, vas a perder.

Examinando esas cartas, noté algo interesante en las palabras y pensamientos de los padres que estaban en la prisión. Hablaron de cómo fallaban en sus hogares, tantas veces. Bueno, yo podía discernir a través de su consejo, que realmente ellos eran cristianos poderosos, tanto los hombres como las mujeres. De hecho, se pudiera escribir de las muchas y buenas cosas que lograron, pero esto no está de acuerdo con el Sermón del Monte. Ellos eran pobres en espíritu y llenos de lloro hasta el día de sus muertes. Si los poderosos, que son ejemplos

para nosotros, pueden confesar sus fracasos, ¿cuánto más nosotros, que fallamos en muchas áreas? Quizá sea el tiempo para tener un avivamiento familiar a la forma antigua y luego andar humildemente, ante la familia.

Una vida de devoción

Enoc caminó con Dios, Noe caminó con Dios, Abraham caminó con Dios y los hijos les siguieron a ellos y a su Dios. Hay un secreto en esto; un secreto sencillo que no queremos perder. Ellos vieron al invisible y vivían para mostrar a la siguiente generación sobre esto. Hemos estudiado muchas historias de los hogares y encontrado esta importante llave en cada una de ellas. Los queridos mártires anabaptistas son ejemplos también. De hecho, es algo más destacado entre ellos, que cualquier otra historia estudiada anteriormente. Pues, hemos encontrado acá y por allá a unos cuantos padres que caminaban con Dios, entre los anabaptistas hallamos una multitud de los tales. Yo sé que no es correcto orar para que venga persecución, pero ¡qué grupo de cristianos débiles somos! Necesitamos una dosis de sufrimiento y purificación.

También, hallé oración por todos lados entre los anabaptistas. Oraban en la mañana, al levantarse. Oraban antes de comer y otra vez al terminar. Oraban antes de acostarse por la noche y oraban mientras andaban de un lugar a otro. Parece que oraban sin cesar. Tenían que orar, porque no sabían si las autoridades vendrían en cualquier momento para echarlos en la cárcel. Hermanos, tenemos que

orar igualmente, pero no comprendemos cuánto lo necesitamos.

Sus vidas manaban devoción a Cristo. Los padres exhortaban a sus hijos a leer y a meditar en cada momento y ponían en práctica lo que exhortaban. Esto promueve una completa devoción a Dios, no sólo por un momento apurado de la mañana. Muchos de nosotros hemos caído tanto, que ni siquiera tenemos este momento. ¿Esperamos convencer a nuestros hijos que Dios vive, sin tener comunión con Él? ¡No creo!

Odio al pecado y al mundo

A los mártires anabaptistas y a los que sobrevivieron la persecución, el pecado y el mundo eran cosas peligrosas. Parece que a cada mártir, padre o madre, tenía algo que decir en cuanto a esas hermanas gemelas de destrucción. El pecado te separa del Dios Viviente, y para los padres a punto de sufrir el martirio, esto era la tragedia mayor que pudiera pasarle a una persona. Entonces dieron aviso a cada hijo, una y otra vez, a fin de prepararles para aguantar el día malo. «El mundo es un lugar de donde vienen el sufrimiento y la persecución. No entres en él más de lo necesario». Se hizo muy claro, leyendo las historias: El mundo no es un campo de recreo, sino un gran campo de guerra, donde las fuerzas del bien y del mal pelean para ganar las almas de los hombres.

¿Qué estamos enseñando a nuestros hijos acerca del pecado y el mundo? A través de nuestras palabras y hechos, les enseñamos algo sobre estos dos. El mundo; ¿Cómo le parece a los ojos de nuestros hijos? ¿Un lugar

para ganar dinero? ¿Un lugar para jugar y divertirse? ¿Luces brillantes, movilizaciones rápidas, mucha música y películas? Y, el pecado: ¿qué tal? ¿Cómo les parece? ¿Piensen hijos como es el cristianismo moderno de hoy día, ‘Todos pecan casi todo el tiempo, aleluya por la sangre’? Queridos padres, «las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres» (1ª Cor. 15:33). Escuchen las palabras de un padre que iba a ser quemado en el poste en días postreros:

«Mi única y queridísima hija: Considera a la maldad del mundo, a los eruditos y a los maestros, observando cómo ellos derraman la sangre inocente y son llamados cristianos espirituales. Te ruego, hija queridísima, no los sigas. Lee las Escrituras y al llegar a ser adulta, ora a Dios, que te muestre cuál es lo bueno y cuál es lo malo; qué es la mentira y qué es la verdad; el camino de la perdición y el angosto, que lleva a la vida eterna. Cuando veas la pompa, la jactancia, el bailar, la mentira, el engaño, la maldición, el pelear y otras cosas malas, sepas hija mía, que esto no es el camino correcto. No sigas sus caminos, aunque te seduzcan con atracciones lindas y te prometan cosas finas. Por esto, mi querida hija, sigue a Cristo y cuídate del pecado, no lo cometas, porque siguiéndole a Él, te salvarás».

El amor prevaleciente

La ley del Reino de Dios es el amor – el amor poderoso y vencedor. Creo que a veces pasamos por alto esta palabra como si fuera un ‘el’, ‘a’, ‘de’ u otra palabra pequeña. No es. Es la palabra de más influencia en la Biblia. Yo sé que hoy se ha rebajado has-

ta una mera experiencia emocional nada más. Sin embargo, busquemos en las vidas de los mártires anabaptistas para saber cómo realmente debe ser. Se entiende hoy que la unción recibida durante la persecución los llenó de la naturaleza divina. El amor es el atributo sobresaliente de ésta. Esa querida gente tenía una doble porción del amor ‘ágape’ en sus hogares. Encontré este fuerte pegamento saliendo de todas sus cartas. ¿Cómo es que los despreciados y odiados son los que son bautizados en el amor? Esta es una de las paradojas que solamente realizan los sufridos.

Para mí es claro que el amor reinaba en sus hogares: el amor entre todos los miembros de la familia. Sabes qué, puede pasar uno cualquier prueba, si es amado y vive en un ambiente amoroso. En las cartas, este amor rebosaba en los destinatarios de las cartas. Rebosaba desde el esposo a la esposa y viceversa. Fluía de los padres a los hijos y de los hijos a los padres y, aun de un hijo al otro. Esta clase de amor se siente profundamente, pero a la vez es un amor que hace lo correcto y habla la verdad, en buen consejo. Esto es lo que necesitamos en nuestros actuales hogares, un amor profundo y sincero que no necesita la pretensión. Un amor que puede mirar al otro a los ojos y al corazón y decir: ‘Te amo’ y se entiende que es veraz por la sinceridad del corazón y los hechos de su vida. Escucha el corazón de un hijo que escribió a su madre, un poco antes de sufrir la muerte:

«Mi querida mamá: Deseo que el eterno y misericordioso Padre de gracia esté contigo, así como el amor de

Dios y el consuelo del Espíritu Santo. Mi muy querida mamá, a quien amo con ahínco, quien me llevó en su propio cuerpo y me trajo a este mundo con dolores. Sí, tus pechos me alimentaban, me diste de comer y me instruiste en toda verdad. Tú, querida madre, me has guardado de todas las pecaminosas compañías, sí, me has guardado de la ramera de Babilonia. Me has llevado a la iglesia del Dios Viviente. Me has guardado del pecado, según tu mejor capacidad».

La pobreza bendita

La última ayuda santa que quiero hacer notar es el efecto que la pobreza tuvo en la siguiente generación de los anabaptistas. Fueron perseguidos y cazados de un pueblecito a otro. Nunca sabían cuando tendrían que sufrir la pérdida de sus bienes otra vez. Nunca sabían cuando tendrían que levantarse en la noche, para huir con las pocas cosas que pudieran llevar en la mano. Muchos de los padres de ese entonces escribieron con tristeza a sus hijos, «No tengo nada de dinero para darte en la hora de mi muerte». Esto dejó a la madre con toda la carga de mantener a la familia. A menudo un hijo muy joven tenía que madurar aprisa para poder ayudar en suplir las necesidades. Esto trajo bendiciones a los hijos. Aprendieron a trabajar duro desde su niñez y trabajando fue su manera de vivir. No tomaron a mal esto. Era por la causa de Cristo. No tenían mucho tiempo para jugar.

Aprendieron también a vivir sin muchas cosas materiales. Esto los en-

señó en los ejercicios de la abnegación. No hicieron tesoros en la tierra. ¿Por qué? Los ladrones vendrían y se los robarían. Su pobreza material obró en ellos una pobreza espiritual en lo interior. Esto les provocó confiar en Dios de continuo.

Hay mucho más que pudiéramos aprender de esa querida gente. Sólo he tocado la superficie. Acuérdate, ¡ese libro tiene más de mil páginas! Te animo a que consigas una de las porciones traducidas al español y leerla, fijándote en lo que está entre líneas.

El reto que quiero poner delante de nosotros es este: ¿Qué tal de nuestras familias? ¿Estamos listos para soportar la persecución? ¿Hemos preparado a nuestros hijos para tales pruebas? Los anabaptistas entendieron que sus hijos probablemente enfrentarían el martirio, quemándose en el poste. Entrenaron a sus hijos para tales cosas. Hay una teología del martirio: era un honor para la iglesia primitiva sufrirlo. ¿Cómo lo miramos nosotros? No pasará sin dejarnos libres. Nosotros, la iglesia actual, no escaparemos del martirio. No te engañes. Si el arrebatamiento nos protegiera de todo, ¿por qué sufren muchas personas el martirio, hoy en día? Hay más mártires en el siglo pasado que en todos los 19 siglos anteriores.

Oh, querido Padre celestial, ¡despiértanos! Antes que sea tarde, ¡despiértanos! Danos la fuerza y la gracia para criar generaciones de hijos que se gocen en la oportunidad de morir para el Señor Jesucristo. Amén.

(Publicado con autorización)

<http://www.elcristianismoprimitivo.com>

UNA OBRA QUE HACER

Una linda joven en la India estaba para casarse. Todos observaban admirados a esa joven cristiana, tan capacitada, mientras se preparaba para el matrimonio.

Repentinamente, unas manchas aparecieron en sus manos. Todos quedaron choqueados al saber que se trataba de lepra. En vez de mudarse al hogar que tan cuidadosamente había planeado con su amado, se mudó a una colonia de leprosos. Ella caminó pausadamente con su hermano, no en una ceremonia de casamiento, sino en dirección a aquel terrible lugar que se tornaría en su nuevo hogar.

¡Cuán profunda decepción invadió su corazón! A su alrededor, todas eran mujeres infelices, sucias, amargadas y con la desesperanza dibujada en sus rostros. Al verlas, escondió su rostro en el hombro de su hermano y lloró. "Mi Dios", dijo sollozando, "¿llegaré a ser como una de ellas?".

Ella estaba deprimida hasta tal punto que los que estaban a su alrededor temían que ella se arrojase en un pozo para terminar con todo aquello.

Cierto día, unos misioneros que se compadecían de ella, le preguntaron si le gustaría ayudar a aquellas pobres mujeres. Era como si Dios le estuviese enviando a ella un rayo de luz. Ella entendió la visión. El propósito y su significado la cautivaron a medida que ella dejaba de lado su autocompasión.

Ella abrió entonces una escuela y enseñó a aquellas mujeres a leer, escribir y cantar. Por haber estudiado música, sus amigos misioneros le trajeron un órgano plegable. Gradualmente, una notoria transformación fue ocurriendo en el aquel lugar. Las casas de aquellas mujeres estaban ahora limpias, arregladas y agradables. Comenzaron a lavar sus ropas y a peinar su cabello. Aquel lugar, otrora terrible, se transformó en un lugar de bendición.

Pasados algunos años, ella dio el siguiente testimonio: "Cuando llegué al asilo, dudé de la existencia de Dios. Ahora comprendo que Dios tenía una obra para mí. Si no hubiese quedado leprosa, nunca habría descubierto mi obra. Cada día que vivo, agradezco a Dios por haberme concedido esta obra para hacer".

Tomado de "A janela mais ampla", de Devern Fromke

La valerosa fe de un niño.



El último tratado

Autor anónimo

Los domingos por la tarde, tras el servicio de la mañana en la iglesia, el pastor y su hijo de once años salían al pueblo a distribuir tratados del evangelio. Esa tarde de domingo en particular, cuando llegó el momento de salir, afuera hacía mucho frío y estaba lloviendo.

El niño se puso su ropa más abrigadora y dijo: «¡Papá, ya estoy listo!». El padre le preguntó: «¿Listo para qué?». «Pues, es tiempo de tomar nuestros tratados y salir». El papá respondió: «Hijo, afuera hace mucho frío y está lloviendo». El muchacho dijo, sorprendido: «Pero, ¿no va la gente todavía al infierno, aunque esté lloviendo?». El papá contes-

tó: «Hijo, yo no voy a salir con este tiempo». Pero el niño insistió: «Papá, ¿puedo ir yo, por favor?». Su padre calló por un momento, y luego dijo: «Bueno, anda. Aquí están los tratados; ten cuidado». «¡Gracias, papá!».

El muchacho salió bajo la lluvia, y caminó por las calles de puerta en puerta y dando un tratado del evangelio a todos aquellos que se encontró en el camino. Después de dos horas de caminar bajo la lluvia, estaba empapado y helado hasta los huesos y tenía en sus manos el último tratado. Se detuvo en una esquina buscando a alguien para dárselo, pero las calles estaban totalmente desiertas. Entonces se dirigió hacia la primera

casa que vio y tocó el timbre, pero nadie contestó. Tocó una y otra vez, pero no hubo respuesta.

Aún aguardó otro rato, y ya se disponía a irse, pero algo lo retuvo. De nuevo volvió, tocó el timbre y golpeó ruidosamente la puerta con su puño. Entonces la puerta se abrió con lentitud, y apareció una señora de edad, de aspecto muy triste. Ella le preguntó suavemente: «¿Qué puedo hacer yo por ti, hijo?». Con los ojos radiantes y una franca sonrisa, el pequeño dijo: «Señora, lo siento si la he perturbado, pero sólo quiero decirle que Jesús la ama de verdad. Aquí hay un tratado que le dirá todo sobre Jesús y su gran amor». Entonces, él le dio su último tratado, y volvió a salir, mientras ella le decía: «¡Gracias, hijo; que Dios te bendiga!».

El domingo siguiente en la iglesia, el pastor estaba en el púlpito, y cuando el servicio empezó, él preguntó: «¿Tiene alguien un testimonio o algo que decir?».

Despacio, en última fila, una señora se puso en pie. Su rostro tenía un aspecto radiante.

Ella dijo: «Ustedes no me conocen. Yo nunca he estado aquí antes. Veán, hace una semana yo no era creyente. Mi marido falleció hace un

tiempo, dejándome totalmente sola en el mundo. El domingo pasado, siendo un día particularmente frío y lluvioso, lo era aún más en mi corazón, pues yo había llegado al fin de todo y ya no tenía deseos de vivir. Así que ascendí al ático de mi casa, y puesta de pie en una silla, até firmemente una soga a una viga en el techo y até el otro extremo de la soga alrededor de mi cuello. Tan sola y con el corazón destrozado, estaba a punto de saltar, cuando de pronto el fuerte sonido del timbre me sobresaltó. Yo pensé: 'Esperaré un minuto, y quienquiera que sea se marchará'. Pero el timbre sonaba en forma más insistente. Pensé de nuevo: '¿Quién podrá ser? Nunca nadie toca a mi puerta'.

«Solté la soga de mi cuello y fui abajo, mientras el timbre seguía sonando. Al abrir la puerta, allí estaba el niño de sonrisa más radiante y angelical que yo había visto alguna vez en mi vida. Y las palabras que salieron de su boca causaron que mi corazón, que había estado mucho tiempo muerto, volviese a la vida: «Señora, yo sólo vine a decirle que Jesús la ama de verdad». Entonces él me dio este tratado del evangelio que tengo mi mano. Cuando el pequeño ángel se fue, yo cerré mi puerta y leí cada palabra. Entonces subí al ático a retirar la soga y la silla. Ya no los necesitaba. Ahora soy una dichosa hija del Rey, y como la dirección de su iglesia estaba en el tratado, he venido para agradecer personalmente al pequeño ángel de Dios que llegó tan a tiempo para salvar mi alma de la eternidad en el infierno».

"He venido para agradecer personalmente al pequeño ángel de Dios que llegó tan a tiempo para salvar mi alma de la eternidad en el infierno».

Todos lloraban. Y mientras resonaban expresiones de alabanza y honra al Rey, el pastor descendió del púlpito al banco donde estaba sentado el pequeño ángel, lo tomó en sus brazos y lloró largamente. Probablemente ninguna iglesia ha tenido un momento más glorioso. Y tal vez este mundo nunca ha visto a un padre más lleno de amor hacia

su hijo – salvo uno: aquel Padre que también permitió a su Hijo entrar en un mundo frío y oscuro. Él recibió a su Hijo de retorno con gozo indecible, y cuando todo el cielo prorrumpió en alabanza y honra al Rey, el Padre sentó a su amado Hijo en un Trono sobre todo principado y autoridad, y sobre todo nombre que se nombra.

* * *

Una razón para envejecer

Una mujer que estaba pasando por la prueba de envejecer, preguntó al misionero J. Robertson McQuilkin: «¿Por qué Dios nos deja envejecer y debilitarnos?».

McQuilkin pensó un momento y luego contestó: «Creo que Dios ha planeado que la fortaleza y la belleza de la juventud sean físicas. Pero la fortaleza y la belleza de la vejez son espirituales. Poco a poco perdemos la fortaleza y la belleza que son temporales de manera que podamos concentrarnos en la fortaleza y la belleza que son eternas. Así estamos deseosos de dejar la parte temporal y deteriorada de nosotros, y anhelaremos nuestro hogar celestial. Si permaneciésemos jóvenes, fuertes y hermosos, tal vez nunca querríamos irnos».

Impaciencia

Un impaciente estudiante de una universidad cristiana fue a ver al Decano de la escuela y le preguntó si podía tomar un curso acelerado que le permitiese graduarse antes. "Sí" – contestó el Decano – "pero depende de lo que quieras ser. Cuando Dios quiere hacer un roble tarda cientos de años. Pero cuando desea hacer una calabaza, sólo tarda seis meses".

De Nuestro Pan Diario

* * *

Respuestas correctas a «¿Cuánto sabe de la Biblia?»

1A (Gn. 16:11), 2C (Gn. 19:1), 3D (Hch. 12:7), 4B (Nm. 22:23), 5A (Hch. 8:27), 6C (Lc. 1:11-27), 7D (Jue. 13:3), 8D (1 R. 19:1-8), 9B (Gn. 32:24-30), 10A (Hch. 10:1-4), 11B (Jue. 6:11-23), 12A (Gn. 3:24), 13B (Is. 6:6-7), 14D (2 R. 19:35), 15B (Gn. 22:11-12), 16C (Lc. 16:22), 17C (Mt. 28:2), 18D (Gn. 31:11-12), 19A (Ap. 21:12), 20D (Zac. 1:8), 21C (Ap. 9:11).

CALIFICACIÓN: 13 a 15 = Suficiente; 16 a 18 = Bueno; 19 a 21 = Sobresaliente.

CARTAS

Luz

Hermanos, vosotros en Chile dais un testimonio fiel y verdadero de nuestro amado Señor y Salvador, y estáis llevando a cabo su obra diligentemente. Que esa luz que está en vosotros siga alumbrando delante de los hombres, «para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen al Padre que está en los cielos». Damos gracias al Señor porque estáis trabajando en Su obra y manifestando esa luz.

*Cecilia y María Cecilia Domínguez.
Massamagrell (Valencia), España.*

Solicitud

Les vuelvo a escribir como hace unos años atrás. La revista, gracias a Dios, está cada día mejor. Por ahora la sigo por Internet. Yo aquí siempre con el deseo de editar una revista para alcanzar a los perdidos en Las Vegas. Quisiera saber si me autorizan a usar alguno de sus tan buenos artículos. Me interesaría contar con su ayuda.

Carlos Darío Allietti, Las Vegas, USA.

Web

Les escribo para alentarlos por la dedicación que han puesto a su sitio web y todo su contenido. Es una bendición que ustedes tengan tan clara interpretación de la Palabra de Dios y que la puedan compartir libremente con los hermanos en Cristo.

Esta página ha sido de gran bendición para mí y estoy seguro que para mucha gente más. De hecho, los hermanos de la iglesia han apartado un día para revisar la revista que le llega a una de las hermanas de aquí.

Les queremos mucho en el amor del Señor.

Pablo Vela, San José, Costa Rica.

Reedificar

He estado leyendo la revista y encuentro temas tan ricos, que si todos los hermanos pudieran ver con un espíritu sencillo y humillado, podríamos entendernos mejor y a la vez reedificar las ruinas de la casa de Dios.

Germán Cárdenas Soler, Colombia.

Por razones de espacio, las cartas son resumidas.

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / AÑO 8 • N° 46 • JULIO - AGOSTO 2007

Equipo Redactor: Eliseo Apablaza, Roberto Sáez, Gonzalo Sepúlveda.

Además en esta edición: Stephen Kaung, Dana Congdon, Juvenal Santos de Moura, Rodrigo Abarca, Marcelo Díaz.

Diseño y diagramación: Mario Contreras.

Traducciones: Andrés Webb, Mario Contreras.

Distribución: Jorge Geisse Dumont.

Fono/Fax 45-642904. Cas. 3045, Temuco, Chile.

E-Mail: aguasvivas.cl@gmail.com

Contactos EE. UU, Canadá y Puerto Rico:
James Huskey · Spanish Publishing Mission
P. O. Box 1339, Guthrie, OK, (73044) USA.
Email: pieshermosos@yahoo.com

Contactos en México:
Samuel González E. · Apartado Postal N° 639
C. P. 80000, Culiacán, Sinaloa, México.
Email: sammyglez@yahoo.com